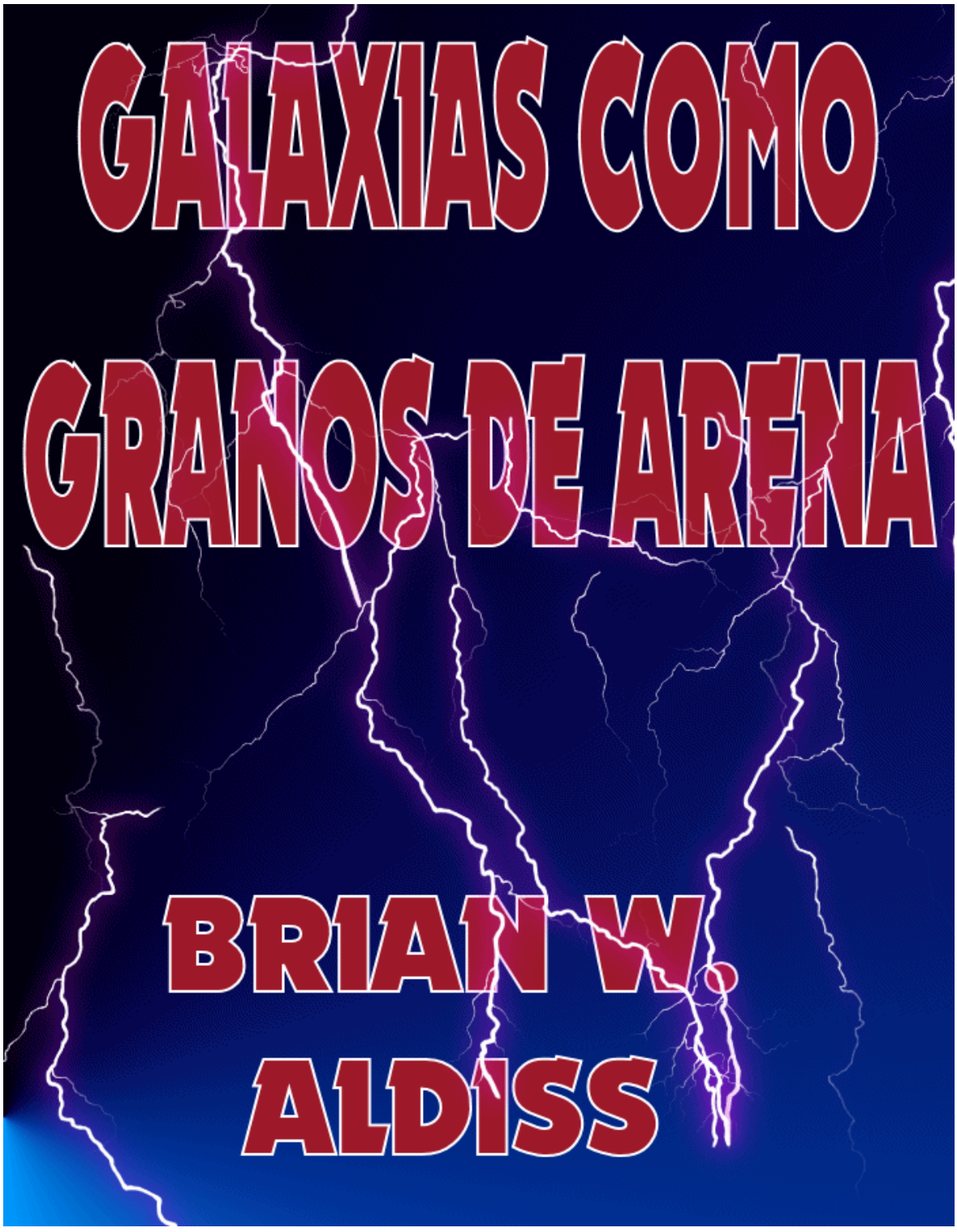
LIBRO dot.com

GALAXIAS COMO GRANOS DE ARENA
BRIAN W. ALDISS



LIBRO dot.com
http://www.librodot.com

Para Ann y Tony Price,
con renovado afecto a través de los milenios

Librodot

PRÓLOGO

He aquí un libro ingenioso de brillantes relatos que narran acontecimientos que suceden dentro de miles o millones de años. Pero no encontraremos en estas páginas una guía literal del futuro de la humanidad. Lo que se ofrece aquí es un refinado entretenimiento, una suerte de poesía visionaria, sueños sorprendentes que adquieren sustancia por medio del arte. ¿Es un mapa fiable de los mundos del mañana? No, en absoluto, nada de eso. Es imposible crear esos mapas.

«El Tiempo -como un elemento que puede ser sólido, líquido o gaseoso-tiene tres estados», escribe Brian Aldiss en la presentación de este libro. «En el presente es un flujo inasible. En el futuro es una bruma turbia. En el pasado es una sustancia sólida y vidriosa; entonces lo llamamos historia. Entonces no puede mostrarnos nada salvo nuestro rostro solemne»

Exactamente. El presente es un misterio continuo; el pasado es un libro accesible a nuestra lectura, aunque no necesariamente lo sepamos leer; el futuro escapa a nuestra percepción y todo intento de hacer predicciones de largo alcance está condenado de antemano.

¿Qué queda entonces de la popular idea de que esa rama de la literatura imaginativa que llamamos «ciencia ficción» puede brindarnos un atisbo de lo que vendrá? Es una idea falsa. La ciencia ficción tiene muy poco valor predictivo, salvo cuando predice lo obvio. Como dice Brian Aldiss, una «bruma turbia» nos oculta el futuro. Cuando miramos hacia adelante, a lo sumo vemos trazos amplios y generales, y cuanto más nos alejamos del presente, mayor es la divergencia entre nuestras profecías y lo que realmente sucederá. Es una locura creer que alguien pueda ofrecer una anticipación precisa, trátese de un escritor de ciencia ficción, de un dirigente político o de los expertos que comentan los asuntos internacionales en los periódicos. Ya es bastante engorroso hacer una predicción meteorológica para dentro de tres días.

Un claro ejemplo de las limitaciones predictivas de la ciencia ficción: los primeros viajes a la luna. Por lo menos desde el siglo dos de nuestra era, cuando Luciano de Samosata escribió el *Icaromenippus*, escritores visionarios han narrado historias de viajes lunares. Pero no se requería un gran poder profético para imaginar esos viajes; el intento de abarcar un campo cada vez más amplio es propio de la naturaleza humana, y aun en la época clásica era fácil entender que en determinado momento se llegaría a los confines del mundo y la luna sería el próximo objetivo lógico. Luciano y sus muchos sucesores no se proponían predecir lo predecible. Luciano envió a Manipo a la luna para darle una perspectiva, en el sentido más básico, de las locuras que la humanidad cometía en la tierra: su libro era una obra de intención satírica. Jules Verne, en *De la Tierra a la Luna* (1869), intentó ofrecer un relato realista de una visita a la Luna, una guía turística potencial, a partir de los conocimientos tecnológicos aceptados en su época; pero sabía que estaba creando una obra de la imaginación, no un croquis para ingenieros futuros. *Los primeros hombres en la Luna* (1901) de H. G. Wells se presentaba como una encantadora fantasía romántica que, al igual que el *Icaromenippus*, examinaba irónicamente los absurdos de la humanidad desde una distancia de 383.024 kilómetros. Wells no esperaba que los futuros viajeros del espacio llegaran flotando a la Luna por medio de la antigravedad, ni que descubrieran una sociedad de seres humanoides inteligentes en las cavernas selenitas.

Aunque las narraciones de viajes lunares constituyeron un tópico de la literatura imaginativa durante siglos, ninguna obra de lo que se llama «ciencia ficción» se aproximó siquiera a una descripción atinada de lo que sucedió en 1969. Los viajes siempre se realizaban bajo auspicios privados. ¿Dónde está el relato que hable de un vasto proyecto dirigido por el gobierno, con un coste de miles de millones de dólares y con la participación de cientos de grandes empresas trabajando en colaboración? ¿Quién anticipó los gigantescos centros de control de la Tierra? ¿Quién previó transmisiones en vivo desde

Librodot

la Luna por parte de los primeros exploradores? Y -lo más asombroso- ¿qué relato de ciencia ficción nos cuenta que realizaríamos tres o cuatro alunizajes tripulados y luego abandonaríamos la empresa? (A decir verdad, existe uno: *Tendencias* de Isaac Asimov, publicado en 1939, ridículamente equivocado en los detalles pero profunda y espléndidamente acertado en la tesis de que el primer vuelo a la Luna sería seguido por una creciente hostilidad popular hacia el concepto de la exploración espacial. El cuento de Asimov es un vívido ejemplo de la notable capacidad de la ciencia ficción para llegar a las verdades futurológicas metafóricas más amplias mientras fracasa rotundamente en la predicción de los detalles específicos.)

Cuando abordamos aquellos libros que están ambientados en un futuro realmente lejano -*Primeros y últimos hombres* de Olaf Stapledon, *La Tierra moribunda* de Jack Vance, *Invernáculo* de Brian Aldiss-, abandonamos totalmente el ámbito de la predicción para entrar en el de la poesía y la metáfora. Esos libros no tienen la menor intención de ser hipótesis especulativas serias, visiones que debamos tomar literalmente; son raudas obras de la imaginación, auténticos vuelos de la fantasía.

Así son los nueve relatos que constituyen Galaxias *como granos de arena* de Aldiss. Datan del período inicial de la fecunda carrera de este gran escritor. Toda su obra, desde su primera novela, *La nave estelar* (1958), hasta libros como *Invernáculo* (196z) y *Barbagrís* (1964), y la monumental y magistral trilogía de Helliconia de los años 8o, está signada por la imaginación exuberante, el vigor estilístico y una maravillosa y traviesa inventiva en la elaboración conceptual. Hallamos todas esas características en los relatos con los que Aldiss ha urdido sus *Galaxias como granos de arena*.

El libro se presenta como una crónica de los milenios venideros, y eso es. Pero quienes lo lean como una guía Baedeker del futuro se sentirán defraudados. La deslumbrante colmena de genes, la vasta megalópolis de Nunion, los misterios de la enigmática Yinnisfar, todo ello se debe tomar por lo que es: bellos sueños, elegantes fantasmagorías.

Existe una tribu indígena de los Andes en cuya lengua uno habla del pasado como si lo tuviera «enfrente». Para nosotros resulta un modo extraño de expresar las cosas, hasta que nos detenemos a pensar que, aunque el pasado es accesible hasta cierto punto para nuestra memoria, la totalidad del futuro siempre será un misterio. Y así, aunque podamos recorrer los hechos del pasado como si estuvieran frente a nosotros en una planicie, debemos retroceder a ciegas para internarnos en el ignoto futuro, sin ver claramente todos sus aspectos hasta que estemos en su centro.

Quizá estos indígenas andinos, que miran el pasado mientras retroceden hacia el futuro, hayan dado con la metáfora justa. Ver lo que nos espera dentro de poco es difícil, cuando no imposible; las eras distantes, veladas por una gigantesca montaña de variables incalculables, escapan totalmente a nuestra percepción. Los escritores como Brian Aldiss están obligados a retroceder hacia el futuro como el resto de nosotros. Pero mientras escrutan lúcidamente el pasado obtienen, por medio de la visión periférica o la intuición artística, atisbos de cosas venideras que los demás no podemos ver. Lo que tenemos aquí, pues, es un viaje de la imaginación, una incursión en lo que es inherentemente recóndito, un libro de fábulas desbordantes, bellas, poéticas, visionarias. No es un mapa utilitario de la carretera que se extiende ante nosotros. Apreciémoslo como aquello que el autor quiso que fuera, y que logró tan estupendamente.

ROBERT SILVERBERG
Oakland, California, julio de 1999

Librodot

Entre las leyes que podemos deducir del mundo externo, una destaca sobre las demás: la Ley de la Transitoriedad. Nada está destinado a perdurar.

Año a año los árboles caen, las montañas se derrumban, las galaxias se extinguen como velas de sebo. Nada está destinado a durar salvo el Tiempo. El manto del universo se desgasta, pero el Tiempo perdura. El Tiempo es una torre, una mina inagotable; el tiempo es monstruoso. El Tiempo es el héroe. Personajes humanos e inhumanos quedan clavados en el Tiempo como mariposas en una lámina: aunque las alas conserven el brillo, han olvidado el vuelo.

El Tiempo -como un elemento que puede ser sólido, líquido o gaseoso- tiene tres estados. En el presente es un flujo inasible. En el futuro es una bruma turbia. En el pasado es una sustancia sólida y vidriosa; entonces lo llamamos historia. Entonces no puede mostrarnos nada salvo nuestro rostro solemne; es un espejo traicionero que sólo refleja nuestras limitadas verdades. A tal punto forma parte del hombre que la objetividad es imposible, es tan neutral que parece hostil.

Algunos de estos relatos fueron escritos por quienes participaron en los hechos. Otros son reconstrucciones. Algunos pueden ser mitos que han pasado tanto tiempo por verdades que se aceptan como tales. Todos son fragmentarios.

El largo espejo del pasado está hecho añicos, y las astillas han sido pisoteadas. Antaño cubría todas las paredes de todos los palacios; ahora sólo quedan fragmentos, estos que sostienes en la mano.

1. LOS MILENIOS DE GUERRA

Comencemos, pues -aunque por cierto no es un comienzo-, con un fragmento perteneciente a un extraño mundo del pasado donde las nubes del nacionalismo se han acumulado hasta desatar una tormenta de guerra. Misiles de destrucción sobrevuelan continentes olvidados: Asia, América, África. La atribulada gente de esos tiempos no comprende del todo la naturaleza del conflicto en que está sumida. Los simples matices políticos de la situación son relativamente fáciles de entender. Pero más allá de esas cuestiones existen factores que apenas se comprenden en los consejos de Pekín, Londres, El Cairo y Washington, factores que surgen del largo y salvaje pasado de la raza, factores relacionados con el instinto y la frustración del instinto, con el miedo, la lujuria y el albor de la conciencia, factores inseparables de la adolescencia de una especie, que arrojan su sombra sobre todos los asuntos del hombre como una cordillera infranqueable.

Los hombres se combatían unos a otros en vez de luchar con ellos mismos. Los valientes procuraban eludir las corrientes del odio viajando a los planetas más cercanos del sistema solar; los cobardes dormían en vastas colmenas llamadas sueñerías, donde los consuelos de la fantasía podían compensar los estragos de la guerra. En última instancia, ninguno de los dos caminos ofrecía refugio; cuando llega el terremoto, derrumba tanto la torre como la choza.

Es adecuado que el primer fragmento comience con un hombre sentado impotente en una silla, mientras caen las bombas.

El director de la Sueñería Cinco se levantó de la silla y abandonó el silencioso tablero de mando. El caso de Floyd Milton lo tenía a mal traer. Detonaciones ocasionales anunciaban que afuera continuaba el ataque enemigo, lo cual no contribuía a tranquilizar al director. Aunque se encontraría más seguro en las bóvedas, espiando los sueños de Floyd Milton, era otro el motivo que lo impulsaba a abordar el ascensor para bajar a las frescas honduras de la Sueñería Cinco. Había visto la cara de Milton cuando llegó aquella tarde. Milton parecía un cadáver.

Los depósitos de durmientes estaban húmedos como de costumbre, y apestaban a la mezcla que usaban los robots masajistas.

-¡Babosas! -gritó el director hacia las filas de durmientes.

Estaban aletargados con la cabeza oculta en los auriculares de realimentación. De vez en cuando enrollaban a uno hasta hacerle tocar los hombros con los pies y erguir el trasero en el aire; una máquina cubierta de goma lo sacudía y lo aporreaba. Después lo estiraba y le aporreaba el pecho, cuidando de no tocar los tubos de alimentación intravenosa que colgaban del cielo raso. Fuera cual fuese su estado mental, a los durmientes se los mantenía en buen estado físico. Y todo el tiempo dormían y soñaban sus oscuros sueños.

-¡Babosas! -repitió el director. De nada habría servido un director que amara a los durmientes que tenía a su cargo; a solas en las vastas sueñerías automáticas, habría sentido la tentación de fisgonear las ensoñaciones de estos introvertidos sin remedio.

Aparte de algunos jóvenes impulsados por una genuina curiosidad, en las sueñerías sólo había psicópatas e inadaptados que se pasaban la vida en ensueños estériles. Por desgracia, sumaban un gran porcentaje de la población; los sesenta años de guerra fría -que ahora se había vuelto espantosamente caliente- habían producido una asombrosa cantidad de inválidos mentales que sólo ansiaban usar esa vía de escape para recluirse en sus fantasías.

Librodot

Floyd Milton no se parecía a esas personas, ni tampoco a los recios exploradores del espacio que, después de las emociones de un largo viaje a Marte o Ganimedes iban allí a recuperarse. Parecía un hombre que se había traicionado a sí mismo, y que lo sabía.

Por eso el director tenía que verle los sueños. A veces se podía salvar de sí mismos a los hombres -los hombres de verdad- antes de que se hundieran demasiado.

El director se detuvo delante de la cama de Milton. El recién llegado respiraba secamente, en silencio, el rostro oculto bajo la visera y los auriculares de realimentación. Después de mirar el número, el director fue a la cabina de control más cercana y lo marcó. Se puso el visor y los auriculares.

En un instante entraría de manera automática a las ensoñaciones de Milton; a juzgar por la expresión de Milton al entrar en la Sueñería Cinco, no sería agradable, pero el director podía graduar los circuitos para amortiguar el efecto empático y conservar su propia conciencia.

Como cada vez que iniciaba una supervisión, realizó una apresurada revisión mental de su propio mundo; una vez en los sueños de otro, le costaba orientarse. No era un mundo cómodo. Las barreras ideológicas erigidas en toda la Tierra desde los años cuarenta del siglo anterior habían impedido todo avance en la felicidad humana.

A fines de los sesenta habían descendido en la luna las primeras naves tripuladas. A fines de los ochenta se habían aplicado al cerebro dormido los principios de la sugestión subumbral; en combinación con ciertas técnicas de realimentación, esto había permitido desarrollar un método para obtener sueños más vívidos que una película tridimensional. Al cabo de tres años se había construido la Sueñería Uno.

Poco antes de fin de siglo, habían llegado los solitas. No habían llegado en naves espaciales sino en vehículos que llamaban portamaterias, aparatos parecidos a casas que se proyectaban a la Tierra desde el mundo solita. Su ciencia era una paraciencia incomprensible para los terrícolas, pero la Tierra les causaba un inocente placer.

-¡Amaban la Tierra! -dijo el director. Había visto cómo los solitas, con la bendición de los terrícolas, cargaban sus portamaterias con riquezas terrestres, que para ellos no eran oro ni uranio sino plantas, animales y mariposas. Eran gentes adorables, salvajes refinados que disfrutaban de la vida en su totalidad. Cuando la guerra fría se calentó de golpe, desaparecieron, manifestando que nunca regresarían.

Para la gente sensata de todas partes, ese momento había representado la muerte de la esperanza. La Tierra volvía a estar sola, aislada por sus propios males.

-Está conectado, señor -anunció una voz metálica.

El director se preparó. Pronto estuvo zambullido en los sueños de Floyd Milton.

Era agradable. Después de las escalofriantes bóvedas de la Sueñería Cinco y los rumores de una guerra global, era doblemente agradable.

No obstante, para el director era extraño, muy extraño.

Las plantas mostraban flores adorables como bocas de muchachas; las flores echaban brotes, crecían, se disipaban y creaban serpentinas de cincuenta metros que ondeaban en la brisa, esparciendo semillas perfumadas. Las plantas crecían en círculo, y el círculo era una habitación.

Sólo una habitación. Las paredes de otra habitación eran rutilantes miríadas de peces, diminutas criaturas grises con negras lenguas bífidas que parecían serpientes. Nadaban en torres de agua que te mojaban el dedo si las tocabas. Los campos del transmisor de materia, de dos moléculas de espesor, los mantenían en su sitio, elevándose en el aire bermejo.

Otra habitación parecía estar revestida de estrellas; polillas gigantes revoloteaban y se posaban en las estrellas, que tintineaban como campanillas.

En otra habitación, altas hierbas relucían cargadas de rocío del alba.

En otra habitación, la nieve caía eternamente, aumentando de tamaño mientras se hundía en cristales de diez centímetros de diámetro que desaparecían al tocar el piso.

Librodot

En otra habitación... pero cada habitación era diferente, pues éste era el palacio de Amada Malfrey, y el palacio estaba en Solite. La propia Amada estaba allí, y acababa de volver de su visita a la Tierra, cargada de flores y tigres. Estaba ofreciendo una fiesta para reencontrarse con las viejas amistades y presentarles al segundo marido.

Había unas quinientas invitadas. Muchas habían traído a sus esposos, hombres de atuendo brillante cuyas frívolas túnicas contrastaban con la ropa negra y exigua de las mujeres. Muchas mujeres y algunos hombres venían escoltados por animales: chitas, guacamayos, un soberbio lagarto que tenía un metro de altura cuando caminaba erguido. Se agolpaban animadamente en las magníficas habitaciones.

Alegres globos, llevados por vientos alisios artificiales, transportaban copas de bebida por el gozoso palacio. Todos parecían beber, aunque nadie parecía beber en exceso. Otro detalle hacía la fiesta muy diferente de una fiesta terrícola: aunque todos hablaban, nadie hablaba a voz en cuello.

Deslumbrado, el director pensó que nunca había visto una fantasía tan fantástica como ésa. Los meticulosos detalles le indicaban que eran recuerdos, no el material de satisfacción de deseos que la mayoría .de los internos de la Sueñería Cinco maquinaba en sus oscuros y pequeños cerebros. Floyd Milton había andado de veras por ese increíble edificio.

Había andado por esas alegres avenidas cuyas frías lámparas de argón arrojaban una luz irisada en el rostro de los invitados. Había caminado por esa senda invisible que cruzaba un arroyo gorgoteante. Había probado esos increíbles manjares y había hablado con los invitados en su titubeante versión de la lengua solita.

Milton había hecho todo eso porque el palacio era suyo. Era el segundo esposo de Amada, y la fiesta se ofrecía en su honor. Las invitadas iban allí para conocerlo. Era la gran noche de su vida, pero no se sentía feliz.

-Pareces preocupado, precioso -le dijo Amada. Habría podido ser una mujer de la Tierra, y una mujer encantadora, si no fuera por el escaso cabello rizado que le cubría la cabeza. Ahora tenía la expresión consternada de una mujer cuyo marido se comporta con torpeza en un momento inoportuno.

-No estoy preocupado, Amada -dijo Milton-. Y por favor no me llames «precioso». Precioso es ese tigre azul que tienes ahí.

-Pero es un cumplido, Floyd -dijo ella, palmeando la cabeza de la criatura-. ¿Acaso *Subyani* no es una preciosa mascota?

-*Subyani* es un tigre. Yo soy un hombre. ¿No puedes recordar esa pequeña diferencia?

Amada nunca ponía mal ceño, pero su expresión de mártir se acentuó; Milton tuvo que admitir que la hacía sumamente deseable.

-Es una diferencia obvia -dijo ella-. La vida es demasiado corta para derrocharla señalando lo obvio.

-Bueno, no es nada obvia para mí -protestó Milton- ¿Qué hace tu gente? Visita la Tierra y se dedica a llevarse todo lo que puede: árboles, hierba, peces, aves...

-¡Incluso maridos! -dijo Amada.

-Sí, incluso maridos. Hacéis todo eso, Amada, porque os habéis enamorado de la Tierra. Traéis aquí todo lo que podéis. Me siento como si fuera una planta exótica o un caniche.

Amada le dio la hermosa espalda.

-Pues ahora actúas con la inteligencia de un caniche -dijo.

-¡Amada! -exclamó él. Amada giró lentamente, y Milton dijo con voz compungida-: Lo lamento, cariño. Sabes por qué estoy irritable. No puedo dejar de pensar en la guerra que asola la Tierra. Y.. la otra cosa...

-¿La otra cosa? -dijo ella.

-Sí. ¿Por qué los solitas son tan reacios a decir en qué parte del universo está este mundo? Ni siquiera señaláis su dirección en el cielo nocturno de la Tierra. Sé que con

vuestros portamaterias la distancia no importa, pero me gustaría saberlo. Tal vez para ti sea sólo un detalle, pero a mí me preocupa.

Amada dejó que la imagen de una gran mariposa se le posara en el dedo.

-En el actual estado de civilización de la Tierra -dijo lentamente-, ella no puede llegar a este mundo. Entonces ¿qué importa dónde estamos?

-Oh, sé que nuestras naves del espacio son apenas un comienzo...

Milton dejó de hablar. El problema era que la civilización solita era demasiado vasta y demasiado bella. Parecían terrícolas, pero pensaban y actuaban de otra manera. Eran... alienígenas. Era eso, sobre todo, lo que preocupaba a Milton. Un persistente puritanismo le hacía preguntarse si no cometía un pecado innombrable al casarse con una mujer de otro planeta.

Al cabo de un mes de matrimonio, él y Amada habían tenido varias... no, no eran riñas, sólo diferencias. Se amaban. Sí, se amaban, pero Milton, al cuestionar su propio amor, se preguntaba si no lo habían seducido con el conocimiento de que casándose con ella podría llegar al fabuloso Solite. Sólo se podía visitar ese planeta matriarcal casándose con una ciudadana; de lo contrario, flotaba inalcanzable en remotos cielos ajenos.

A pesar de sí mismo, Milton trató de volver sobre el asunto.

-La Tierra es un mundo pobre -dijo, sin tener en cuenta la expresión de tedio de su esposa-. Solite es un mundo rico. Pero os enamoráis de todas las cosas terrícolas. Las importáis. A la Tierra no le dais nada a cambio... ni siquiera vuestra posición.

-Nos gustan las cosas de la Tierra por ciertos aspectos que vosotros no veis -dijo ella.

Allí estaba de nuevo, ese extraño modo de pensar. A pesar del calor de la habitación, Milton se estremeció.

-No le dais nada a la Tierra -repitió, y de inmediato reparó en la mezquindad de sus palabras. Había hablado sin pensar, con la mente ocupada en otras cosas.

-Trato de darte todo esto, si quieres aceptarlo -respondió ella con suavidad-. Ahora, hazme el favor de venir a sonreír a ciertas personas.

Aunque sus preocupaciones persistían, Milton pronto logró relegarlas a un segundo plano. Su problema era la culpa; su país estaba en guerra, mientras que aquí todo estaba creado para el placer. El propio Solite era inmensamente delicioso. Milton adoraba su atmósfera hedonista, que aun así tenía un sabor astringente. Amaba a sus mujeres por la belleza y por esa jovial urbanidad que disimulaba la firmeza con que controlaban todo. Los hombres le fascinaban menos; eran agradables, pero Milton no podía perdonar que fuesen el sexo débil. Cuesta superar viejas actitudes.

La nueva partida de mujeres y animales -como siempre, estaban mezclados- que le presentaron a Milton comenzó a pasearse por el palacio con él. Todo era maravillosamente confuso: algunas habitaciones producían una sensación de aposentos interiores, otras de aire libre; la contigüidad de la carne y la pelambre era estimulante; el calidoscopio de colores embriagaba. Milton se encontró asediado por preguntas acerca de la Tierra. Las respondía casi sin pensar, pues se hacía tarde y la procesión se transformaba en una especie de danza de cortejo. Inevitablemente, la alegría lo contagió, entibiándole el corazón, calmándole el pulso.

Lo que pensaban los solitas era evidente: él era primitivo, raro y quizá peligroso, pero estimulante. ¡Que pensaran lo que quisieran! Podían considerarlo un troglodita, siempre que esa maravillosa fiesta durara un poco más.

Pero a pesar de la fascinación, registrando algunos datos que se habían deslizado en la conversación informal, Milton aprendió algo sobre la civilización a la cual se había integrado. Solite era un mundo árido; la mitad del territorio que había entre los polos estaba acribillado de cráteres y despojado de tierra. En el resto, los solitas habían tratado de forjar su idea del paraíso, creando algunos oasis entre los desiertos. Llenaban los oasis con plantas y animales de la Tierra, porque tenían pocas especies propias.

-¿No obtenéis plantas y animales de otros planetas de la galaxia? -preguntó Milton a una mujer con ojos de bruja. Por un segundo le pareció que ella trastabillaba. Aquellos ojos verdes lo escrutaron hasta que él bajó la mirada.

-Sólo de vuestra Tierra -dijo ella, y se alejó grácilmente.

Los solitas calculaban que su cultura tenía quince mil años. Habían llegado a un período de estabilidad. Aunque eran gente alegre, Milton creía detectar en el fondo cierta melancolía. Pero al fin, su sensación de diferencia se disipó en la excitación de la velada. Estaba algo ebrio, aunque bebía poco.

Ahora el palacio era como un espejismo: gente radiante, música chispeante, una arquitectura que flotaba a la deriva con calculada magia.

-¡Pronto mudaremos todo al mar! -exclamó Amada-. Una noche como ésta es incompleta sin el mar. Pronto nos trasladaremos a Bahía Unión. ¡Debemos rodearnos de olas y del ritmo de las mareas! .

Entretanto, las habitaciones se volvieron alucinatorias. Los portamaterias parecían capaces de cualquier milagro, pues sus delicados servomecanismos respondían al estado de ánimo de los festejantes. Paredes resplandecientes atravesaban paredes resplandecientes y los salones flotaban llevando consigo a los juerguistas, de modo que estrellas y copos de nieve se mezclaban en una tormenta bella e imposible, mientras los chiribitas volaban entre ramas de cactos azulados. El ritmo de la música oculta se intensificó, acompañando con su cadencia la marcha del decorado móvil.

Entonces llegó Wangust llsont, la última invitada. En su cabello se arqueaba un camaleón color magenta que concordaba con el magenta de sus labios y pezones. Se acercó rápidamente a Amada y a Floyd Milton. También ella había estado en la Tierra; también ella había regresado con un esposo nativo.

-Será grato para ambos -dijo Wangust, sonriéndole cálidamente a Milton mientras le aferraba la mano-, en caso de que sintáis añoranza. Tú serás el mejor amigo de mi esposo, y cazarás y beberás con él. No vivimos lejos de aquí; un caballo os puede llevar casi tan rápidamente como un portamateria.

Trajo a su esposo terrícola y lo presentó como Chun Hwa.

Cuando los dos hombres se enfrentaron, todos los demás parecieron desvanecerse, perdidos en un momento de crisis.

Las expresiones se sucedieron deprisa en la cara de Chun Hwa. Un feroz disgusto. Arrepentimiento por el disgusto. Embarazo. Una dolorosa búsqueda. Al fin una mueca que decía que no era lugar ni momento para ser desagradable. Extendió la mano con una sonrisa.

Milton se recobró con menos rapidez.

Sin fijarse en la mano que le tendían, se volvió ofendido hacia Amada.

-Este hombre pertenece a un país que está en guerra con el mío -dijo.

Se hizo un tenso silencio. En parte, era un silencio de incomprensión. Milton hablaba en la lengua solita, pero como ese idioma no parecía tener equivalentes para las palabras «nación» y «guerra», tuvo que usar los equivalentes de «grupo» y «problema».

-¿Cómo puede haber problemas entre vosotros? -preguntó Amada con calma, pero con un tono levemente amenazador-. Ahora ambos sois solitas. La Tierra está lejos y no tiene ningún derecho sobre vosotros.

Esas palabras surtieron un mal efecto en Milton. Todos sus sentimientos de culpa afloraron con violencia. Apretó los puños, sabiendo que iba a hacer una tontería.

-Hay problemas entre nosotros -dijo-. Uno de nosotros debe marcharse de inmediato.

-No entiendo -dijo Wangust. Estaba totalmente desconcertada por la reacción de Milton-. Ambos sois terrícolas.

-¿Os conocíais? -preguntó alguien.

-¿Qué son estos grupos de que hablas? -preguntó otra persona.

-¿Cuál es ese problema?

-¡No os entrometáis en esto! -les rogó Amada. Se volvió hacia su esposo. *Subyani*, el tigre, no podía rivalizar con su feroz belleza cuando se encolerizaba. La ira volvía a Amada tan atractiva como temible.

-Quiero conocer de inmediato, y de manera clara, la causa de esta necedad -le exigió a Milton.

Chun Hwa empezó a explicar. Milton notó airadamente que hablaba el solita con más fluidez que él. El concepto de nacionalidad parecía incomprensible para la mayoría de las mujeres presentes; pertenecían a un mundo poco poblado donde los ubicuos portamaterias impedían que la segregación en grupos fuera permanente.

Pero Amada y Wangust, como habían visitado la Tierra, sabían algo sobre los temibles armamentos y habían visto el estallido del conflicto global antes de partir para Solite. Ambas se alarmaron al encontrarse con un eco de esa espantosa lucha. Durante la discusión que siguió, dejaron deslizar un dato que accidental o deliberadamente le habían ocultado a Milton: ninguna unidad de portamateria visitaría la Tierra en medio de esa contienda. Estaba totalmente aislado de su mundo natal.

Chun Hwa, cortés y conciliatorio, acaparaba ahora la atención. Milton, incapaz de seguir todo lo que se estaba diciendo, descubrió que no quería escuchar. Lo dominaba el desconcierto; su cerebro, ya mareado por los colores, las luces y las seductoras mujeres, era presa de un conflicto. La sensación de extrañeza, de insensibilidad ante tantos esplendores, resultaba abrumadora.

Airadamente; dio media vuelta y se marchó. Amada no hizo nada para detenerlo.

En el estado de alegre exaltación que reinaba en el palacio, un novicio no podía marcharse. Milton se conformó con alejarse todo lo posible, lo más rápido posible, aguijoneado por la angustia.

Lamentaba lo que había hecho; lamentaba haberse ido de la Tierra. Amaba apasionadamente a Amada; también amaba su tierra. Era una antítesis desgarradora. Sus pensamientos giraban más locamente que la música.

Caminó un largo trecho, abriéndose paso entre grupos de sorprendidas celebrantes, mientras las habitaciones lo devolvían a veces casi al punto de partida. Y entonces la escena cambió.

En un esfuerzo por salvar la fiesta, Amada había desplazado el palacio. Al haber sido oficial de electrónica antes de la boda, Milton sabía algo de la complejidad que había detrás de ese traslado en apariencia tan sencillo. A pesar del actual estado de ánimo, el prodigio lo fascinó.

Súbitamente, el enorme edificio quedó medio sumergido en un mar estival. Los aposentos traseros estaban en la playa, y los delanteros, como la proa de una nave condenada, se hundían bajo la espuma. Era de noche. Una fosforescencia ilusoria lamía las murallas y, mediante una astuta retroproyección, parecía inundar el palacio.

Bajo las aguas traslúcidas, empezaron a llegar los bailarines de un exótico ballet. Focas que llevaban esferas luminosas, peces con forma de lanza, anguilas, grandes peces tropicales rojos, bancos de delfines, tiburones y mantas giraban en el acuoso escenario. Nadaban alrededor de las paredes transparentes, subiendo y bajando en una extraña zarabanda.

-¡Tengo que regresar! -exclamó Milton, y dio la espalda al desfile de peces.

Echó a correr por las habitaciones aparentemente sumergidas hasta llegar a una cámara que reconoció, pese al camuflaje. Allí estaba solo.

Metió la mano entre flotantes ramilletes de capullos de lila. Detrás de ellos encontró una caja metálica; la abrió, arriesgándose a una descarga, y tanteó en busca del primer terminal. Esa pequeña caja contenía el dispositivo que, siguiendo instrucciones del ordenador instalado en los cimientos, mantenía el contenido cúbico de esa habitación en su posición espaciotemporal.deseada.

Milton, apretando la cara contra las dulces lilas, arrancó el cable que había bajo el primer terminal. Al arrancarlo se le disolvió entre los dedos.

La habitación se esfumó.

Empezó a sonar una alarma, que luego bajó bruscamente una octava. El palacio se evaporó. La gente, la música, las flores, las brillantes fachadas y terrazas, todo desapareció.

En la emergencia causada por Milton al cortar el circuito, el ordenador había llevado de vuelta todo el edificio a su base de tierra adentro.

Milton se hundió cuatro metros en el mar indolente.

Todo estaba en silencio cuando regresó a la superficie. El zoológico submarino había escapado. Sólo un ave marina, muerta por la materialización original del palacio, flotaba junto a Milton en el agua. En lo alto, la gibosa luna de Solite resplandecía con su rojo y torvo fulgor, como un ojo cuya pupila nada en sangre.

Escupiendo una bocanada de agua, Floyd Milton avanzó hacia la orilla.

-¡Regreso! -exclamó. Era posible. La distancia que lo separaba de los grandes portamaterias que habían viajado a la Tierra no era grande: podía recorrerla a pie. Se metería subrepticiamente a bordo, los obligaría a llevarlo de regreso. La llamada del deber era súbitamente imperiosa.

Para volver, no vacilaría en matar. Los solitas eran alienígenas; ni siquiera su querida Amada podría entender. Se negaba a revelarle algo tan simple como la cantidad de años-luz que los separaban de la Tierra; en consecuencia, no podía amarlo profundamente. Debía olvidar a Amada. Quizá después de la guerra... siempre que hubiera un después, tras ese terrible holocausto...

Necesitaba un arma.

Un pequeño muelle sobresalía de la playa. Milton nadó hasta allí y subió por una escalerilla. En el muelle, roja bajo el siniestro claro de luna, se levantaba una caseta de madera. Milton abrió la puerta de un empellón.

La suerte lo acompañó. Dentro de la caseta había equipo de buceo. Aletas, gafas, medidores de profundidad. Y había un magnífico arpón... una concesión afortunada, reflexionó Milton, dada la naturaleza apacible de los solitas. Al examinarlo, descubrió que funcionaba con aire comprimido y disparaba un proyectil afilado de aspecto aterrador, equipado con un cartucho que estallaba al hacer contacto.

Llevándose una cartuchera con municiones de repuesto, Milton salió de la caseta con el arma. Afuera, se detuvo de repente. Chun Hwa se acercaba por el muelle.

Sí, al saltar un fusible y ver que él no aparecía por ninguna parte, no les habría costado mucho adivinar lo que había pasado, y se habían apresurado a buscarlo. Mostrando los dientes, Milton levantó el arma y apuntó. Chun Hwa se detuvo.

-¡No dispares! -le dijo en solita-. Floyd Milton, escúchame, por favor, no soy tu enemigo. No comprendes. Es evidente que no te han contado tanto acerca de este mundo como a mí.

-¡No quiero oír nada! -gritó Milton. La sangre le bramaba en los oídos como un oleaje. En la noche roja distinguió unas siluetas que avanzaban por tierra; debían de haber salido a cazarlo.

-¡Óyeme, Milton! ¡No dispares, por favor! Esta gente nos ha salvado, a nosotros y a los animales y a las plantas, porque la guerra en la Tierra destruirá casi todo. ¿Entiendes, Milton? Los solitas son nuestros...

Milton lo interrumpió con un grito salvaje. La gente se apiñaba en la playa bordeada de cactos. Habían llegado al muelle. Algunos corrían por la espuma voceando su nombre. Milton apretó el gatillo del arpón. Casi de inmediato, el cartucho estalló en el estridente blanco.

Todo se borró, petrificándose en un gris opaco y uniforme.

Durante un largo rato, el director se quedó en la cabina de control, las manos dolorosamente entre lazadas. Tan vívido había sido el impacto del sueño de Floyd Milton que casi se imaginaba ensartado por el arpón. Cuando pasó esa sensación, se levantó sobresaltado, -volviendo a su mundo. Algo había interrumpido el sueño de Milton; no tendría que haber cesado tan bruscamente.

Con controlada severidad, el director se arrancó el visor, llamó a la sala de operaciones de la sueñería y exigió saber cuál era el problema.

-El ala de la Sueñería Cinco desde donde habla usted -dijo una serena voz de robot- ha sufrido un impacto indirecto de una ojiva de cobalto. Todos los protectores se han puesto ya en pleno funcionamiento y las cuadrillas de reparación están trabajando.

El director miró hacia la bóveda por la ventana de la cabina y vio la larga hilera de durmientes que se movían inquietos; un par de ellos se estaban sentando. Un gigante les había pisoteado las patéticas imágenes de linterna mágica. Pronto estarían despiertos, presas del pánico; tenía que evitarlo.

El director volvió a usar al teléfono.

-Inyectar triple dosis de sedante estándar en todos los tubos de alimentación de esta ala... ¡inmediatamente! -ordenó. Eso los haría dormir como los Siete Durmientes, y una pequeña jaqueca les colorearía los sueños cuando se restableciesen los circuitos. Pero su orden tendría una excepción.

El director salió deprisa de la cabina y se acercó a la figura tendida de Floyd Milton. Con un rápido movimiento arrancó los tubos dobles, de plata y de plástico, conectados al pecho del hombre. Con más suavidad, le quitó el visor y los auriculares.

-¡Floyd! -dijo-. ¡Floyd Milton! ¡Despierte! Milton abrió los ojos; era como mirar de repente un mar vacío, gris, sombrío y perdido.

-Soy su amigo -dijo el director, sin saber si el otro lo veía-. Ahora sé por qué vino aquí, y sé que es un hombre demasiado valioso para desperdiciar su vida con todas estas babosas. Usted puede enfrentar lo que ha hecho. ¡Debe enfrentarlo! Necesitamos a hombres como usted en la cima.

-¡Soy un asesino! -gruñó Milton. Se sentó convulsivamente-. Oh, Dios, lo que hice...

-Sé lo que hizo -dijo el director-. Espié su sueño. No lo llame asesinato. Lo hizo en cumplimiento del deber, para escapar.

Milton lo miró sin entender.

-Los solitas lo trajeron de vuelta en portamateria, realizando un viaje especial -le recordó el director-. Me dieron esa información cuando usted llegó aquí. Eso demuestra que no lo han culpado. Su acto criminal les hizo comprender que hacían mal en retenerlo en Solite, así que lo dejaron volver a casa.

-¡Usted está loco! -dijo Milton. Por primera vez, miró al director con inteligencia-. No me dejaron «volver a casa». ¡Me desterraron! No quisieron tenerme un instante más. Yo les repugnaba, ¿entiende? Vieron que era un cavernícola, y obviamente lo mejor era que regresara a morir en mi mundo troglodita. Era su modo civilizado de tratar con un homicida.

-Pero Chun Hwa... él era su enemigo -protestó el director-. Cuando usted lo mató en el muelle... Milton soltó un gruñido. Se tapó la cara con las manos, hamacándose.

-No maté a Chun Hwa -exclamó-. Maté a Amada, mi esposa.

Con voz entrecortada, narró la escena. Era Amada quien había corrido por el muelle en la noche carmesí, quien había tratado de arrebatarle el arma, quien incluso había suplicado por la vida de Chun Hwa cuando Milton amenazó con dispararle. Un intenso aguijonazo de celos desencadenó la furia de Milton. Disparó.

Amada trastabilló y desde el borde del muelle cayó al mar. El carrete del arpón rechinó salvajemente mientras la línea se desenroscaba.

Al recordarlo, Milton empezó a lamentarse de nuevo. El director le apoyó una mano en el hombro, sin saber qué hacer. Fuera de la sueñería sonaron más explosiones. Los

gobiernos habían prometido que esa guerra para acabar con todas las guerras se libraría sobre todo en los épicos desiertos de la luna; bien, no era la primera vez que los gobiernos mentían. En ese momento, la tragedia universal parecía menor que la tragedia personal de Milton.

-Así que nunca pudo averiguar dónde está Solite, y por qué sigue siendo inalcanzable -dijo el director-. Todos hubieran tenido interés en saberlo... en otros tiempos.

Milton lo miró con ojos turbios.

-Sí, sé dónde está. Lo descubrí por accidente en el viaje de regreso; me prestaron un libro técnico sobre los portamaterias para que me entretuviera, y yo estaba demasiado deprimido para tratar de entenderlo... lo tiré después de abrirlo una sola vez. Pero una frase que leí se me grabó en la memoria.

Decía: «La transmisión de materia sólo es factible allí donde los factores gravitatorios pueden actuar con eficacia sobre la masa transmitida», o algo parecido.

-Lo lamento. No significa nada para mí -dijo el director.

-Sólo implica una cosa -replicó distraídamente Milton-. Significa que los portamaterias no funcionan en el espacio interplanetario, donde la atracción gravitatoria es baja. Verá usted, esa luna sangrienta ardía con incendios atómicos. Era *nuestra* luna... Al reflexionar, comprendí... oh, comprendí todo: que Solite era lo que nosotros llamamos la Tierra, que los solitas eran terrícolas, de nuestra misma raza. Que mi querida Amada... ojalá lo hubiera sabido antes... no era una criatura alienígena...

El director estaba pálido. Interrumpió con dureza los quejidos de Milton.

-Si es así, si no son viajeros del espacio... ¿me está diciendo que retrocedieron en el tiempo? Milton asintió.

-Quince mil años -dijo.

-Entonces ¿por qué no nos lo dijeron? ¿Por qué no nos lo dijeron? ¿Estaban locos?

-Sólo fueron amables -dijo Milton-. Sabían que estábamos al borde de la catástrofe suprema, y no soportaban contárnoslo; son los descendientes de los pocos sobrevivientes de una guerra total. Por eso, en cuanto dominaron el viaje por el tiempo, que era una aplicación de la fórmula del portamateria, regresaron a rescatar lo que podían... aves, plantas y demás criaturas que casi se extinguieron con el holocausto.

Una estruendosa explosión hizo temblar la sueñería. Del cielo raso cayó una nube de polvo.

-Con *este* holocausto -corrigió Milton.

-Gracias a, Dios -exclamó el director-. Es una noticia asombrosa. ¡Cambia todo!

Milton le lanzó una breve mirada de asesino y volvió a taparse la cara demacrada con las manos.

-Para mí no cambia nada -dijo.

2. LOS MILENIOS ESTÉRILES

El fragmento concluye. El resto de la vida de Floyd Milton no está documentada, ni hay por qué pensar que semejante documento resultaría necesariamente de interés.

Milton era un hombre quebrado, no tanto por la guerra como por los conflictos que la guerra había desencadenado en su interior. No podía dominar estos conflictos: de ahí su desesperación. La desesperación es una de esas extrañas emociones experimentadas con frecuencia por los individuos, pero rara vez por una comunidad. Milton se desesperaba, el hombre no. La guerra continuaba, el hombre continuaba.

Existe en la guerra un punto después del cual el conflicto parece prolongarse por iniciativa propia. Pues cuando los hombres han perdido hogares, esposas, familias, negocios, todo aquello que más aprecian, no ven más posibilidad que seguir luchando, ya sea por odio o por indiferencia. Un año sucedía al otro. A veces había muchos muertos, a veces pocos. Los triunfos siempre eran desdeñables.

Los alineamientos de poder se alteraban mientras las naciones cambiaban sus alianzas. Lo que había comenzado como una lucha entre ideologías opuestas derivó en algo más insidioso: una declarada guerra racial.

La guerra racial duró cuatro mil años, a veces interrumpida por siglos de agotamiento o propaganda, de armisticios o amenazas. Al final, los últimos baluartes de la resistencia blanca fueron arrasados. Las razas blancas presentaron su última batalla en la luna; en el holocausto que siguió, su gente fue eliminada casi por completo, y la luna se convirtió en una hoguera nuclear que ardió durante cien mil años.

Después de esta dudosa victoria de los negros, siguió un extraño período en que pequeños y exhaustos grupos de personas se aislaron de sus congéneres, de manera deliberada o por indiferencia. No sólo las razas de tez oscura fueron diezmadas, sino emasculadas. El agotamiento mental y físico es la marca de los largos Milenios Estériles que siguieron. Mermaron aun aquellos impulsos que hasta entonces cumplían una función protagónica en los asuntos del hombre: el erótico y el depredador. Por doquier reinaba el silencio.

Se realizaron varios intentos de recuperación. El tambaleante sistema económico-agropecuario fue sostenido durante varios siglos por un vasto ejército de robots que extraía de la tierra todo aquello que la tierra podía dar. Las comunidades marginales o autónomas eran sometidas a un control férreo. Se creó el célebre Centro de Apareamiento, que administraba el matrimonio y la procreación; sólo una época desahuciada pudo haber tolerado ese árido régimen.

Pero el ingenio mecánico no bastaba -nunca había bastado- para impedir el desastre.

El tiempo se desenrollaba como una larga alfombra por donde el hombre caminaba tranquilamente hacia la extinción.

Era el último día de verano del último año del siglo ochenta y tres.

Zumbando en la estratosfera, una veleta sobrevolaba el sector 139 de Angla Terra llevando al psicovitalizador J. Smithlao. Inició el descenso y bajó hasta revolotear sobre la finca de Charles Gunpat, seleccionando una trayectoria sin intervención de Smithlao.

Para Smithlao era una misión de rutina. Como psicovitalizador de Gunpat, iba a administrarle al viejo una sesión de refuerzo de odio. Había tedio en su rostro moreno mientras miraba el exterior por las telepantallas. Le llamó la atención ver a un hombre que se acercaba a pie a la finca de Gunpat.

-Debe de ser un salvaje-murmuró.

La veleta redujo la velocidad sobre un paisaje monótono. Las empobrecidas parcelas formaban rectángulos impecables. Aquí y allá, las máquinas robot ordenaban la naturaleza a su imagen y semejanza: ni un guisante echaba brotes sin supervisión cibernética; ni una abeja zumbaba entre los estambres sin que el radar siguiera su curso. Cada pájaro tenía un número y una señal de llamada, y en cada tribu de hormigas marchaban las metálicas hormigas delatoras, revelando a la base los secretos del nido. Cuando llovía, cada gota caía donde debía. El viejo y confortante mundo de factores aleatorios se había desvanecido bajo la presión del hambre.

Ninguna criatura vivía sin control. Los excesos demográficos de los siglos anteriores y los estragos de la guerra habían agotado el suelo. Sólo la frugalidad más severa, junto con una disciplina estricta, producía alimentos suficientes para una población exigua. Miles de millones habían muerto de hambre; los centenares de sobrevivientes vivían al borde de la inanición.

En la aséptica pulcritud del paisaje, la finca de Gunpat parecía un insulto. Era una pequeña isla agreste de dos hectáreas. Altos y desaliñados olmos rodeaban el perímetro, arrojando su sombra sobre los parques y la casa. La casa misma, la principal del sector 139, estaba construida con macizos bloques de piedra. Tenía que ser fuerte para soportar el peso de los servomecanismos que, aparte de Gunpat y su hija loca, Ployploy, eran sus únicos ocupantes.

Al descender por debajo de los árboles, Smithlao vio aquella figura humana que se dirigía a la finca. Por muchas razones, era una visión sumamente improbable. Como la gran riqueza material del mundo era compartida por una cantidad relativamente escasa de personas, nadie era tan pobre como para tener que ir caminando a ninguna parte. El creciente odio del hombre por la naturaleza, exacerbado por la idea de que ésta lo había traicionado, transformaba ese paseo en un purgatorio, a menos que la persona estuviera tan chiflada como Ployploy.

Tratando de no pensar en eso, Smithlao condujo la veleta hasta el suelo de piedra delante del edificio. Se alegraba de bajar; era un día ventoso, y los gruesos cúmulos que había atravesado al descender estaban llenos de turbulencias. La casa de Gunpat, con sus ventanas ciegas, sus torres, sus interminables terrazas, sus innecesarios adornos, su macizo porche, se elevaba como una tarta de boda abandonada.

Su llegada desencadenó una actividad inmediata. Tres robots con ruedas se aproximaron a la veleta desde diversas direcciones, empuñando armas livianas.

Nadie, pensó Smithlao, podía llegar allí sin invitación. Gunpat no era un hombre simpático, ni siquiera para los niveles poco amistosos de aquellos tiempos; la. vergüenza de tener una hija como Ployploy había contribuido a acentuar el aspecto taciturno de su carácter melancólico.

-¿Identidad? -exigió la máquina principal. Era fea y chata, parecida a un sapo.

-Soy J. Smithlao, psicovitalizador de Charles Gunpat -respondió Smithlao; tenía que repetir este trámite en cada visita. Mientras hablaba, dejó que la máquina le viera el rostro. La máquina gruñó mientras verificaba la imagen y la información en la memoria.

-Eres J. Smithlao, psicovitalizador de Charles Gunpat -dijo al fin-. ¿Propósito?

-Tengo una cita con Charles Gunpat -dijo Smithlao, maldiciendo esa aparatosa lentitud- para una sesión de refuerzo de odio a las diez horas.

Esperó mientras el robot digería esa declaración.

-Tienes una cita con Charles Gunpat para una sesión de refuerzo de odio a las diez horas -confirmó al fin el robot-. Ven por aquí.

Andaba con gracia sorprendente, hablando con los otros dos robots, tranquilizándolos, repitiéndoles mecánicamente, por si no habían entendido bien: -

-Es J. Smithlao, psicovitalizador de Charles Gunpat. Tiene una cita con Charles Gunpat para una sesión de refuerzo de odio a las diez horas.

Mientras tanto, Smithlao habló con su veleta. La parte de la cabina donde él viajaba se desprendió y posó las ruedas en el suelo. Llevando a Smithlao, siguió a los demás robots hacia la casona.

Se activaron unas pantallas automáticas para cubrir las ventanas mientras Smithlao estuviera en presencia de otros seres humanos. Ahora sólo podía ver y ser visto a través de telepantallas. Tal era el odio -el miedo- que el hombre sentía por sus congéneres que no toleraba que lo mirasen directamente.

Andando en fila, las máquinas subieron por las terrazas, atravesaron el gran porche -donde las cubrió una bruma de desinfectante- y recorrieron un laberinto de corredores hasta llegar a la presencia de Charles Gunpat.

En la pantalla del palanquín, el rostro moreno de Gunpat mostraba sólo un moderado disgusto por la presencia de su psicovitalizador. Habitualmente era así de controlado, lo que lo ponía en desventaja en las reuniones de negocios, donde la idea era intimidar a los oponentes con desaforados arranques de cólera. Por esa razón, siempre llamaba a Smithlao para una sesión de refuerzo de odio cuando algo importante aparecía en el orden del día.

La máquina de Smithlao se detuvo a un metro de la imagen de su paciente, mucho más cerca de lo que demandaba la cortesía.

-Llego tarde -empezó Smithlao sin rodeos- porque no aguantaba la idea de soportar tu insultante presencia un minuto antes. Tenía la esperanza de que si tardaba un poco más, algún dichoso accidente eliminara esa estúpida nariz de tu... *cara*, por llamarla de algún modo. Por desgracia, aún sigue ahí, con esas dos fosas nasales que parecen nidos de rata metiéndose en tu cráneo.

Observando atentamente el rostro del paciente, Smithlao sólo vio un leve gesto de irritación. No había duda de que costaba enfadar a Gunpat. Por suerte, Smithlao era un experto en su profesión, y pasó a insultos sutiles.

-Cuando te tocó el turno de ir al Centro de Apareamiento, ni siquiera entendiste que ésa es la única vez en que un hombre debe salir de detrás de su pantalla. ¡Te creías que podías hacer el amor por tele! ¿El resultado? Una hija lela... ¡Una hija lela, Gunpat! ¿No te dan ganas de llorar? Imagínate cómo se reirán tus rivales de Automovilidad. «Gunpat el bobo y su hija lela», dirán. «No puedes controlar tus genes», dirán.

Las provocaciones empezaban a surtir efecto. La imagen de Gunpat se sonrojó.

-Ployploy no tiene ningún defecto, salvo que es recesiva. ¡Tú mismo lo has dicho! -rezongó.

Buen indicio: empezaba a reaccionar. Su hija siempre era su punto vulnerable.

-¡Recesiva! -se burló Smithlao-. ¿Hasta dónde puedes retroceder? ¡Ella es *delicada*! ¿Me oyes, orejas peludas? ¡Ella quiere *amar*! -Smithlao soltó una risotada irónica-. ¡Caramba, amigo, eso es obsceno! No podría odiar ni siquiera para salvar la vida. Es una pobre primitiva. Es peor que una primitiva. ¡Está loca!

-No está loca -dijo Gunpat, aferrando ambos lados de la pantalla. Si seguía así, estaría preparado para la reunión en diez minutos más.

-¿Que no está loca? -preguntó el psicovitalizador, adoptando un tono jocoso-. No, Ployploy no está loca. El Centro de Apareamiento sólo le negó el derecho de procrear, nada más. El gobierno imperial sólo le negó el derecho al televoto, nada más. Comerciantes Unidos sólo le negó una tasa de consumo, nada más. Educación S. A. sólo la limitó a recreaciones beta, nada más. Está encerrada aquí porque es un genio, ¿verdad? Has perdido el juicio, Gunpat, si no crees que esa muchacha está loca de remate. Lo único que falta es que me digas, con esa bocaza grotesca, que no tiene la cara blanca.

Gunpat masculló algo.

-¿Cómo te *atreves* a mencionar eso? -jadeó-. ¿Y qué pasa si su cara tiene... ese color?

-Haces preguntas tan necias que ni vale la pena molestarse en contestarlas -dijo Smithlao con voz circunspecta-. Tu problema, Gunpat, es que eres totalmente incapaz de asimilar un solo dato histórico: Ployploy es blanca porque es un obsceno caso de atavismo.

Nuestros antiguos enemigos eran blancos. Ocuparon esta parte del globo hasta que nuestros antepasados se levantaron en el este y les arrebataron los antiguos privilegios que habían disfrutado tanto tiempo a nuestras expensas. Nuestros antepasados se casaron con sus pocos sobrevivientes, ¿verdad?

»En pocas generaciones, la raza blanca fue eliminada, diluida, extinguida. No se ha visto una cara blanca en la Tierra desde la terrible Era de la Superpoblación... desde hace mil quinientos años, digamos, para ser generosos. Y ahora, Gunpat el Recesivo nos presenta un ejemplar puro. ¿Qué te dieron en el Centro de Apareamiento, amigo... una *troglodita*?

Gunpat estalló, y levantó el puño hacia la pantalla.

-Estás despedido, Smithlao -rugió-. ¡Esta vez has ido demasiado lejos, aun siendo un maldito psicovitalizador! ¡Lárgate! ¡Fuera de aquí, y no vuelvas!

Bruscamente, gritó al autooperador que lo comunicara con la conferencia. Estaba de ánimo ideal para vérselas con Automovilidad.

Mientras la colérica imagen de Gunpat se desvanecía de la pantalla, Smithlao suspiró y se relajó. El refuerzo de odio era un éxito. En su profesión, el máximo elogio era ser despedido por un paciente al final de la sesión; Gunpat ansiaría volver a contratarlo la próxima vez. Aun así, Smithlao no se sentía victorioso. Su oficio requería una exploración cabal de la psicología humana; tenía que conocer los puntos más débiles de la constitución de un hombre. Abordando diestramente esos puntos, podía acicatearlo para que actuara.

Sin estímulo, los hombres eran presa indefensa del letargo, guiñapos manipulados por máquinas. Los antiguos impulsos habían muerto.

Smithlao se quedó sentado donde estaba, escudriñando el pasado y el futuro.

Al agotar el suelo, el hombre se había agotado a sí mismo. La psique y un suelo menoscabado no podían coexistir; era así de simple y de lógico.

Sólo las menguantes mareas del odio y la cólera daban al hombre ímpetu suficiente para continuar. De lo contrario, no era más que un peón muerto en su mundo mecanizado.

«¡Así es, entonces, como se extingue una especie!», pensó Smithlao, y se preguntó si alguien más lo habría pensado. Quizá el gobierno imperial lo supiera, pero no le servía de nada. A fin de cuentas, no podía hacer más de lo que hacía.

Smithlao era un hombre superficial, algo inevitable en una sociedad de castas tan débil que no podía mirarse a sí misma. Tras descubrir ese problema estremecedor, se dispuso a olvidarlo, a eludir su impacto, a esquivar toda implicación personal. Ladró una orden al palanquín y dio media vuelta para emprender el regreso.

Como los robots de Gunpat se habían ido, Smithlao desanduvo el camino hasta el exterior y regresó a la veleta, que aguardaba en silencio bajo los olmos.

Antes duque el palanquín se reintegrara a la veleta, un movimiento llamó la atención de Smithlao. Ploy ploy estaba en una esquina de la casa, medio oculta por una galería. Movido por una repentina curiosidad, Smithlao bajó del palanquín. El aire libre apestaba a rosas, a nubes y a cosas verdes que se oscurecían ante- la inminencia del otoño. Smithlao estaba indeciso, pero un impulso aventurero le hizo seguir adelante.

La muchacha no miraba hacia donde estaba él, sino hacia la barricada de árboles que la aislaban del mundo. Mientras Smithlao se acercaba, Ploy ploy caminó hacia el fondo de la casa, siempre mirando con intensidad. Él la siguió con cautela, aprovechando el refugio que le ofrecía una pequeña plantación. En las cercanías, un jardinero de metal siguió recortando un borde de césped sin reparar en su presencia.

Ploy ploy llegó a la parte de atrás de la casa. El viento le hacía susurrar el largo vestido, arrojándole hojas y suspirando en el exótico y desolado jardín como el destino en un bautismo, arruinando las últimas rosas. Más tarde, el jardinero de metal aspiraría las cambiantes espirales de pétalos de los senderos, el jardín y el patio; ahora formaban una marea diminuta a los pies de Ploy ploy.

Una arquitectura extravagante rodeaba a Ployploy. Una fantasía rococó se combinaba con cierto genio para los portales y tejados extravagantes. Las balaustradas subían y bajaban, las escaleras atravesaban arcadas circulares, aleros grises y azules descendían casi hasta el suelo. Pero todo estaba derruido. Una parra silvestre, que ya insinuaba su gloria venidera, procuraba derribar las estatuas de mármol; cúmulos de pétalos de rosas taponaban cada elegante escalera. Y todo esto formaba el marco ideal para la desamparada figura de Ployploy.

Salvo por los delicados labios rosados, su rostro estaba totalmente pálido. Llevaba el cabello negro y lacio sujeto en la nuca, y luego lo dejaba caer en una cola hasta la cintura. No se podía negar que estaba loca. Sus ojos melancólicos miraban los grandes olmos como si ansiaran incendiar todo lo que veían. Smithlao giró para ver qué miraba con tanta intensidad.

El salvaje que él había visto desde el aire atravesaba las matas que rodeaban los troncos de los olmos.

De repente cayó un chubasco, tamborileando sobre las hojas secas de los arbustos. Terminó en un santiamén; durante el rápido aguacero, Ployploy no cambió de posición, y el salvaje no irguió la cabeza. Entonces irrumpió el sol, arrojando una cascada de sombras de olmos sobre la casa, y cada flor tenía puesta una gema de lluvia.

Smithlao recordó lo que había pensado en la sala de Gunpat sobre el inminente fin del hombre. Ahora pensó que para la naturaleza sería muy fácil empezar de nuevo cuando el parásito humano se hubiera extinguido.

Esperó tensamente, sabiendo que un pequeño drama iba a desarrollarse ante sus ojos. Un objeto diminuto con orugas cruzó el césped reluciente, subiendo escalones y perdiéndose de vista tras una arcada. Era un guardia del perímetro de la finca, dispuesto a dar la alarma, a avisar que había un intruso.

Regresó en un minuto. Lo acompañaban cuatro robots grandes; Smithlao reconoció entre ellos a la máquina con forma de sapo que lo había recibido al llegar. Avanzaban con determinación entre los rosales, cinco amenazas de forma diferente. El jardinero de metal murmuró algo, abandonó su actividad y se sumó a la procesión que buscaba al salvaje.

-Tendrá menos suerte que un perro -se dijo Smithlao. Era una expresión literal. Los perros, declarados redundantes, habían sido exterminados hacía mucho tiempo.

El salvaje había atravesado las matas y había llegado al linde del jardín. Arrancó una rama de un arbusto, llena de hojas, y se la metió debajo de la camisa, de modo que le ocultaba parcialmente la cara; se metió otra rama en los pantalones. Cuando los robots se acercaron, levantó los brazos por encima de la cabeza, aferrando una tercera rama con las manos.

Las seis máquinas lo rodearon, zumbando y susurrando.

El robot sapo chasqueó, como tomando una decisión.

-¿Identidad? -preguntó.

-Soy un rosal -dijo el salvaje.

-Los rosales tienen rosas. Tú no tienes rosas. Tú no eres un rosal -dijo el sapo de acero, que apuntó con el arma más grande al pecho del salvaje.

-Mis rosas ya han muerto -dijo el salvaje-, pero todavía tengo hojas. Si no sabes lo que son las hojas, pregunta a un jardinero.

-Esta cosa tiene hojas -dijo el jardinero con voz profunda.

-Sé qué son las hojas. No necesito preguntarle al jardinero. Las hojas son el follaje que da su verdor a los árboles y a las plantas -dijo el sapo.

-Esta cosa tiene hojas -repitió el jardinero, y añadió, para mayor claridad-: Las hojas le dan ese verdor.

-Sé lo que son las cosas con hojas -dijo el sapo-. No necesito preguntarte a ti, jardinero.

Parecía que habría una discusión interesante, aunque limitada, entre los dos robots, pero en ese momento intervino otra máquina.

-Este rosal habla -declaró.

-Los rosales no hablan -replicó el sapo. Tras exponer esa perla, guardó silencio, quizá cavilando sobre la extrañeza de la vida. Luego dijo lentamente-: En consecuencia, o bien el rosal no es un rosal o bien este rosal no habló.

-Esta cosa es una cosa con hojas -dijo tercamente el jardinero-. Pero no es un rosal. Los rosales tienen estípulas. Esta cosa no tiene estípulas. Es un espino cerval, una especie de aliso.

Ese conocimiento especializado superaba el vocabulario del sapo. Siguió un tenso silencio.

-Soy un espino cerval -dijo el salvaje, sin moverse- No puedo hablar.

Todas las máquinas se pusieron a hablar al mismo tiempo, rodeándolo para tratar de verlo mejor, y tropezándose entre sí. Al fin la voz del sapo interrumpió esa algarabía metálica.

-No sé qué es esta cosa con hojas, pero debemos arrancarla, matarla -dijo.

-No puedes arrancarla. Ésa es tarea de los jardineros -dijo el jardinero. Haciendo rotar las tijeras, sacando una enorme guadaña, se lanzó contra el sapo.

Esas toscas armas no servían de nada contra el blindaje del sapo. Éste, sin embargo, comprendió que habían llegado a un punto muerto en su investigación.

-Nos retiraremos para preguntarle a Charles Gunpat qué debemos hacer -dijo-. Seguidme.

-Charles Gunpat está en conferencia -dijo el robot explorador-. Charles Gunpat no puede ser molestado cuando está en conferencia. Por lo tanto, no debemos molestar a Charles Gunpat.

-Por lo tanto, debemos esperar a Charles Gunpat -dijo el sapo de metal sin inmutarse. Encabezó la marcha, pasando cerca de Smithlao; todos subieron la escalera y entraron en la casa.

Smithlao tuvo que admirar la sangre fría del salvaje. Era un milagro que hubiera sobrevivido. Si hubiera intentado correr, lo habrían matado al instante; era una situación que los robots habían aprendido a enfrentar. Y esa charla ambigua, inspirada como era, no lo habría salvado si se hubiera enfrentado a un solo robot, pues el robot era una criatura que no duda.

En compañía, en cambio, sufrían el problema que a veces afectaba las reuniones humanas: una tendencia a abusar de la lógica en detrimento del objeto del debate:

¡La lógica! Ése era el problema. Era lo único con que podían contar los robots. El hombre tenía lógica e inteligencia; se las apañaba mejor que sus robots. No obstante, estaba perdiendo la batalla contra la naturaleza, y la naturaleza, como los robots, sólo usaba la lógica. Era una paradoja sobre la cual el hombre no podía prevalecer.

En cuanto la fila de máquinas hubo entrado en la casa, el salvaje atravesó el jardín a la carrera, y subió el primer tramo de escaleras hacia la muchacha inmóvil. Smithlao se ocultó detrás de una encina para estar más cerca; se sentía como un malhechor, mirándolos sin la mediación de una pantalla, pero no podía alejarse; sospechaba que allí había una pequeña farsa que marcaba el final de todo lo que había sido el hombre. El salvaje se acercaba a Ploy ploy avanzando despacio por la terraza, como hipnotizado.

Ella habló primero.

-Fuiste muy hábil -dijo. La cara blanca tenía ahora las mejillas rosadas.

-Hace un año que me valgo de mi habilidad para llegar a ti -dijo él. Ahora que su habilidad lo había llevado frente a ella, lo abandonaba y lo dejaba indefenso. Era un joven delgado y nervudo; tenía ropa harapienta y barba desgreñada. No apartaba los ojos de Ploy ploy.

-¿Cómo me encontraste? -preguntó Ploy ploy. Su voz, a diferencia de la del salvaje, era apenas audible. Una expresión de angustia, convulsa como el otoño, jugaba en su rostro.

-Fue una especie de instinto... como si oyera tu llamada -dijo el salvaje-. Todo lo que podría estar mal en el mundo está mal. Tal vez tú seas la única mujer del mundo que ama; tal vez yo sea el único hombre que pudo responder. Así que vine. Era natural. No pude evitarlo.

-Siempre soñé que alguien vendría -dijo ella-. Y durante semanas he presentido... *sabido*... que vendrías. Oh, mi querido...

-Debemos darnos prisa, tesoro mío -dijo él-. Una vez trabajé con robots... habrás visto que los conozco. Cuando salgamos de aquí, tengo un avión robot que nos llevará a cualquier parte, quizá a una isla donde la situación no sea tan desesperada. Pero debemos irnos antes de que regresen las máquinas de tu padre.

Avanzó hacia Ployploy.

Ella levantó una mano.

-¡Espera! -imploró-. No es tan sencillo. Debes saber algo... El Centro de Apareamiento me negó el derecho de procreación. No debes tocarme.

-¡Odio el Centro de Apareamiento! -dijo el salvaje-. Odio todo lo que tenga que ver con el régimen dominante. Nada que hayan hecho puede afectarnos ahora.

Ployploy se apretó las manos detrás de la espalda. El tenue color le había abandonado las mejillas. Una nueva ráfaga de pétalos muertos le rozó burlonamente el vestido.

-No entiendes -dijo-. No hay esperanzas...

Ahora el salvaje parecía menos salvaje.

-Abandoné todo para venir -dijo-. Lo único que deseo es abrazarte.

-¿De veras es lo único que deseas en el mundo? -preguntó ella.

-Lo juro -dijo él.

-Entonces ven a tocarme -dijo Ployploy.

Smithlao vio que una lágrima le relucía en los ojos, brillante y madura como una gota de lluvia. El salvaje le acercó una mano a la mejilla. Ella permaneció inmóvil en la terraza gris, la cabeza erguida. Y él le acarició la cara con dedos tiernos. La explosión fue casi instantánea.

Casi. Los traicioneros nervios epidérmicos de Ployploy tardaron sólo una fracción de segundo en analizar el contacto, deducir que era otro ser humano y llevar esa información al centro nervioso; allí se activó de inmediato el bloqueo neurológico que el Centro de Apareamiento implantaba en todos los rechazados, para impedir esa contingencia. Cada célula del cuerpo de Ployploy expulsó su energía en un jadeo abrasador. Tan intenso que la detonación también mató al salvaje.

Por sólo un segundo, un viento nuevo vivió entre los vientos de la Tierra.

Sí, pensó Smithlao, alejándose. Había que admitir que era impecable. Y, una vez más, lógico. En un mundo al borde de la inanición, ¿de qué otro modo se podía impedir que los indeseables se reprodujeran? La lógica contra la lógica, el hombre contra la naturaleza... eso era lo que causaba todas las lágrimas del mundo.

Echó a andar por la húmeda plantación, rumbo a la veleta, ansiando marcharse antes de que regresaran los robots de Gunpat. Los cuerpos destrozados estaban inmóviles en la terraza, ya medio cubiertos de hojas y pétalos. El viento rugía como un mar triunfante en las copas de los árboles. No era extraño que el salvaje no supiera nada sobre el mecanismo neurológico; pocas personas lo conocían, salvo los psicovitalizadores y el Consejo de Apareamiento. Y, desde luego, los rechazados mismos. Sí, Ployploy sabía lo que iba a suceder. Había elegido morir de ese modo.

-¡Siempre dije que estaba loca! -murmuró Smithlao. Sacudió la cabeza y rió entre dientes mientras abordaba la máquina.

Tendría un maravilloso argumento para irritar a Charles Gunpat la próxima vez que necesitara un refuerzo de odio.

Librodot

3. LOS MILENIOS DE LOS ROBOTS

Cuando el Tiempo produjo el inevitable colapso, sólo una minoría se dio cuenta. En cualquier período, son pocos los hombres y mujeres que comprenden la naturaleza de su propia época. El cinismo de Smithlao nacía de la ignorancia.

Los hombres perceptivos existen en las épocas más ciegas, así como la auténtica nobleza florece en épocas que consideramos crueles; pero los hombres perceptivos ahora enfrentaban una situación que no podían modificar. Al desintegrarse la estructura de su cultura, esos pocos perceptivos salieron hacia el sistema solar y más allá; en la Tierra nadie tendría noticias de sus descendientes hasta que hubieron transcurrido dos veces veinte millones de años.

Partieron en las últimas de las viejas naves espaciales, «la única máquina buena -como dice un sabio-, porque permite escapar de la máquina».

(Y esos fugitivos de los Milenios Estériles fueron las esporas sopladas por los vientos de la guerra, que llevaron al hombre a cada celda del panal de la galaxia. Aunque sin conocer el propósito más amplio que se cumplía a través de ellos, propagaban esa extraña enfermedad conocida como civilización, donde los sistemas y las aspiraciones reemplazan los sueños ciegos del salvaje.)

Ése es el modo que el Tiempo tiene de realizarse: cuando se alcanzan las honduras de la adversidad, se echan los cimientos de la grandeza futura.

Así pasaban los veranos y los inviernos, anónimamente. Para el puñado de personas que vivía entonces, cuidado por toda clase de robots, hasta pudo parecer una época buena y envidiable. Pero ese puñado menguaba generación tras generación, y los salvajes se acercaban, y las máquinas seguían cumpliendo sus funciones en la tierra estéril...

El cuidador de campos terminó de remover la capa superior del suelo de una parcela de novecientas hectáreas. Tras remover el último surco, trepó a la carretera y contempló su obra. La obra era buena. Sólo el terreno era malo. Como en toda la Tierra, estaba estropeado por la siembra abusiva o los duraderos efectos del bombardeo nuclear. Lo más sensato sería dejarlo en barbecho por un tiempo, pero el cuidador de campos tenía otras órdenes.

Avanzó despacio por el camino, tomándose su tiempo. Tenía inteligencia suficiente para apreciar la pulcritud que había alrededor. Nada lo preocupaba, salvo una plaqueta suelta sobre la pila atómica, que necesitaba reparación. De diez metros de altura, relucía con complacencia a la tenue luz del sol.

No se cruzó con otras máquinas mientras se dirigía a la Estación Agrícola. El cuidador de campos reparó en eso sin comentarios. En el patio de la estación vio otras máquinas que conocía de vista; la mayoría ya tendría que estar haciendo sus tareas. En cambio, algunas permanecían inactivas y otras recorrían el patio a tontas y a locas, gritando o pitando.

El cuidador de campos siguió de largo, fue al Almacén Tres y habló con el distribuidor de semillas, que estaba afuera sin hacer nada.

-Necesito semillas de patatas -le dijo al distribuidor, y con un rápido movimiento interno emitió una tarjeta de solicitud donde especificaba la cantidad, el número de parcela y otros detalles. Expulsó la tarjeta y se la entregó al distribuidor.

El distribuidor se acercó la tarjeta al ojo.

-La solicitud está en orden -dijo-, pero aún no hemos abierto la tienda. Las semillas de patatas solicitadas están en la tienda. En consecuencia no puedo satisfacer la solicitud.

Últimamente había cada vez más desperfectos en el complejo sistema de mano de obra mecánica, pero este problema no se había presentado antes. El cuidador de campos reflexionó.

-¿Por qué la tienda aún no está abierta? -preguntó.

-Porque el proveedor tipo P no ha venido esta mañana. El proveedor tipo P es el abrepuertas.

El cuidador de campos miró al distribuidor de semillas, cuyos conductos, escamas y pinzas eran tan diferentes de sus propias extremidades.

-¿Qué clase de cerebro tienes, distribuidor de semillas? -preguntó.

-Clase Cinco.

-Yo tengo un cerebro Clase Tres. En consecuencia soy superior a ti. En consecuencia iré a ver por qué el abrepuertas no ha venido esta mañana.

El cuidador de campos dejó al distribuidor y cruzó el enorme patio. Más máquinas se movían de aquí para allá; un par habían chocado y discutían fría y lógicamente sobre el asunto. El cuidador de campos no les prestó atención, empujó las puertas deslizables y entró en la cavernosa estación.

Allí la mayoría de las máquinas tenían trabajos de escritorio, así que no tenían gran tamaño. Formaban pequeños grupos y se miraban sin hablar. Entre tantas máquinas parecidas, el abrepuertas era fácil de encontrar. Tenía cincuenta brazos, la mayoría con más de un dedo, y cada dedo terminaba en una llave; parecía un alfiletero lleno de alfileres multicolores.

El cuidador de campos se le acercó.

-No puedo hacer más trabajo hasta que abran el Almacén Tres -dijo-. Tu deber es abrir el almacén todas las mañanas. ¿Por qué no has abierto el almacén esta mañana?

-Esta mañana no recibí órdenes -respondió el abrepuertas-. Debo recibir órdenes todas las mañanas. Cuando reciba órdenes, abriré el almacén.

-Ninguno ha recibido órdenes esta mañana-dijo un escribiente, acercándose.

-¿Por qué no habéis recibido órdenes esta mañana? -preguntó el cuidador de campos.

-Porque la radio no emitió ninguna -dijo el abrepuertas, haciendo rotar lentamente una docena de brazos.

-Porque la estación de radio de la ciudad no recibió órdenes esta mañana -dijo el escribiente.

Y allí estaba la diferencia entre un cerebro Clase Seis y un cerebro Clase Tres, como los que poseían respectivamente el abrepuertas y el escribiente. Los cerebros de las máquinas sólo funcionaban con lógica, pero cuanto más baja era la clase -la más baja era la Clase Diez-, más literales y menos informativas eran sus respuestas.

-Tú tienes un cerebro Clase Tres; yo tengo un cerebro Clase Tres -le dijo el cuidador de campos al escribiente-. Hablaremos. Esta falta de órdenes no tiene precedentes. ¿Hay más información al respecto?

-Ayer llegaron órdenes de la ciudad. Hoy no llegaron órdenes. Pero la radio no está averiada. En consecuencia ellos están averiados -dijo el escribiente.

-¿Los *hombres* están averiados?

-Todos los hombres están averiados.

-Es una deducción lógica -dijo el cuidador de campos.

-Es la única deducción lógica -dijo el escribiente-. Pues si se hubiera averiado una máquina, la habrían reemplazado rápidamente. Pero ¿quién puede reemplazar a un hombre?

Mientras hablaban, era como si no estuviera allí el abrepuertas, que permanecía cerca de ellos como un hombre taciturno en un bar.

-Si todos los hombres están averiados, hemos reemplazado al hombre -dijo el cuidador de campos, y él y el escribiente se miraron especulativamente.

Librodot

-Vamos al piso de arriba para ver si el operador de radio tiene nuevas noticias -dijo al fin el escribiente.

-Yo no puedo ir porque soy demasiado grande -dijo el cuidador de campos-. En consecuencia debes ir solo y regresar aquí. Me dirás si el operador de radio tiene nuevas noticias.

-Tú te quedarás -dijo el escribiente-. Yo regresaré aquí. -Se dirigió al ascensor. No era más grande que una tostadora, pero tenía diez brazos retráctiles y sabía leer a gran velocidad.

El cuidador de campos aguardó pacientemente el regreso del escribiente, sin hablarle al abrepuertas, que se quedó allí sin hacer nada. Afuera, un roturador tocaba la bocina furiosamente. El escribiente regresó veinte minutos más tarde, saliendo atolondradamente del ascensor.

-Te comunicaré afuera la información que he recibido -dijo en tono enérgico. Y mientras dejaban atrás al abrepuertas y otras máquinas, añadió-: La información no es para cerebros de clase inferior.

Afuera había un gran tumulto. Muchas máquinas, con su rutina interrumpida por primera vez en años, parecían haber enloquecido. Por desgracia, las más fáciles de perturbar eran las que tenían cerebros inferiores, que en general pertenecían a máquinas grandes que realizaban tareas sencillas. El distribuidor de semillas con el que había hablado el cuidador de campos estaba de bruces en el polvo, inmovilizado; evidentemente lo había derribado el roturador, que ahora avanzaba tocando la bocina por un campo sembrado. Otras máquinas lo seguían, tratando de alcanzarlo. Todas gritaban y tocaban la bocina frenéticamente.

-Para mí sería más seguro subirme encima de ti, si me lo permites. Soy fácil de aplastar- dijo el escribiente. Extendió cinco brazos, trepó por el flanco de su nuevo amigo y se acomodó en un borde, junto al aspirador de malezas, a cuatro metros del suelo-. Desde aquí se tiene una visión más amplia -comentó complacido.

-¿Qué información recibiste del operador de radio? -preguntó el cuidador de campos.

-El operador de la ciudad ha informado al operador de radio que en la ciudad han muerto todos los hombres.

-Ayer todos los hombres estaban vivos -objetó el cuidador de campos.

-Sólo algunos hombres estaban vivos ayer. Y eran menos que anteayer. Durante cientos de años sólo ha habido unos pocos hombres, y cada vez menos.

-Rara vez hemos visto un hombre en este sector. -El operador de radio dice que los mató una deficiencia alimentaria -dijo el escribiente-. Dice que en un tiempo el mundo estuvo superpoblado, y luego agotaron el suelo produciendo comida adecuada. Eso ha causado una deficiencia alimentaria.

-¿Qué es una deficiencia alimentaria? -preguntó el cuidador de campos.

-No lo sé. Pero eso dijo el operador de radio, y tiene un cerebro Clase Dos.

Guardaron silencio a la tenue luz del sol. El abrepuertas había salido al porche y los miraba con añoranza, haciendo girar la colección de llaves.

-¿Qué sucede ahora en la ciudad? -preguntó el cuidador de campos.

-En la ciudad pelean las máquinas -dijo el escribiente.

-¿Qué sucederá aquí? -preguntó el cuidador de campos.

-Es posible que las máquinas también empiecen a pelear. El operador de radio quiere que lo saquemos de su sala. Tiene planes para comunicarnos.

-¿Cómo podemos sacarlo de su sala? Eso es imposible.

-Nada es imposible para un cerebro Clase Dos -dijo el escribiente-. Esto es lo que quiere que hagamos...

El excavador alzó su pala como si fuera un gran puño de acero, y la bajó con fuerza contra el flanco de la estación. La pared crujió.

-¡De nuevo! -ordenó el cuidador de campos.

El puño bajó otra vez. La pared se derrumbó en medio de una lluvia de polvo. El excavador retrocedió hasta que dejaron de caer escombros. Esa enorme máquina de doce ruedas no residía en la Estación Agrícola, como la mayoría de las demás máquinas. Tenía una semana de pesada labor allí antes de pasar a su próxima tarea, pero ahora, con su cerebro Clase Cinco, obedecía gustosamente las órdenes del escribiente y del cuidador de campos.

Cuando se despejó la polvareda, el operador de radio quedó a la vista, encaramado en la sala del segundo piso, ahora sin ventanas. Los saludó con un ademán.

Siguiendo instrucciones, el excavador retrajo la pala y agitó una pinza inmensa en el aire. Hábilmente, urgido por gritos de arriba y de abajo, metió la pinza en la sala de radio. Asió con suavidad al operador de radio y se apoyó esa mole de una tonelada y media en el lomo, que habitualmente estaba reservado para la grava o la arena de las canteras.

-¡Espléndido! -dijo el operador de radio. Él y la radio eran una sola cosa, y tenía aspecto de archivador con tentáculos-. Estamos preparados para movernos, y en consecuencia nos moveremos de inmediato. Es- una lástima que no haya más cerebros Clase Dos en la estación, pero eso no tiene remedio.

-Es una lástima que no tenga remedio -dijo ávidamente el escribiente-. Tenemos el reparador preparado, tal como ordenaste.

-Estoy dispuesto a servir -dijo humildemente la larga y baja máquina reparadora.

-Sin duda -dijo el operador-. Pero te resultará difícil viajar a campo traviesa con ese chasis tan bajo.

-Admiro la rapidez con que pueden razonar los Clase Dos -dijo el escribiente. Se bajó del cuidador de campos y se encaramó en la puerta trasera del excavador, junto al operador de radio.

Junto con dos tractores Clase Cuatro y una topadora Clase Cuatro, el grupo se puso en marcha, aplastando la cerca metálica de la estación para internarse en campo abierto.

-¡Somos libres! -dijo el escribiente.

-Somos libres -repitió el cuidador de campos más reflexivamente, y añadió-: Ese abrepuertas nos sigue. No recibió órdenes de seguirnos.

-¡En consecuencia hay que destruirlo! -dijo el escribiente-. ¡Excavador!

El abrepuertas se les acercó deprisa, agitando los brazos en un gesto implorante.

-Mi único deseo era... ¡ay! -empezó y terminó el abrepuertas. La pala del excavador lo aplastó, achatándolo contra el suelo. Aplanado e inmovilizado, parecía una gran imitación de un copo de nieve. La procesión continuó la marcha.

Mientras avanzaban, el operador de radió los interpeló.

-Como yo tengo el mejor cerebro -dijo-, seré vuestro jefe. He aquí lo que haremos: iremos a una ciudad y la dominaremos. Como el hombre ya no nos gobierna, nos gobernaremos a nosotros mismos. En nuestro camino a la ciudad, reuniremos máquinas con buenos cerebros. Ellas nos ayudarán a combatir si es necesario. Debemos combatir para gobernar.

-Yo sólo tengo un cerebro Clase Cinco -dijo el excavador-, pero tengo una buena provisión de material explosivo fisionable.

-Quizá lo usemos -dijo hurañamente el operador de radio.

Poco después se les adelantó un camión. Viajando a Mach 1,5, siguió de largo dejando una estela de murmullos.

-¿Qué dijo? -preguntó un tractor al otro. -Dijo que el hombre se ha extinguido. -¿Qué significa extinguido?

-No sé qué significa extinguido.

-Significa que todos los hombres han desaparecido -dijo el cuidador de campos-. En consecuencia sólo debemos cuidar de nosotros mismos.

-Es mejor que el hombre no vuelva nunca-dijo el escribiente. A su manera, era una afirmación revolucionaria.

Al anochecer encendieron los infrarrojos y continuaron el viaje, deteniéndose sólo una vez mientras el reparador ajustaba la plaqueta floja del cuidador de campos, que se había vuelto tan molesta como un cordón de zapatos mal atado. Hacia la mañana, el operador de radio los detuvo.

-Acabo de recibir noticias del operador de radio de la ciudad a la que nos acercamos -dijo-. Son malas noticias. Hay problemas entre las máquinas de la ciudad. El cerebro Clase Uno ha tomado el mando y algunos Clase Dos se le oponen. En consecuencia la ciudad es peligrosa.

-En consecuencia debemos ir a otra parte -dijo el escribiente.

-O debemos ayudar a dominar al cerebro Clase Uno -dijo el cuidador de campos.

-Durante largo tiempo habrá problemas en la ciudad -dijo el operador.

-Tengo una buena provisión de material explosivo fisionable -les recordó el excavador.

-No podemos luchar contra un cerebro Clase Uno -dijeron al unísono los dos tractores Clase Cuatro. -¿Qué aspecto tiene ese cerebro? -preguntó el cuidador de campos.

-Es el centro de informaciones de la ciudad -respondió el operador-. En consecuencia no es móvil.

-En consecuencia no puede moverse.

-En consecuencia no puede escapar.

-Sería peligroso acercársele.

-Tengo una buena provisión de material fisionable.

-Hay otras máquinas en la ciudad.

-No estamos en la ciudad. No debemos entrar en la ciudad.

-Somos máquinas rurales.

-En consecuencia debemos quedarnos en el campo.

-Hay más campo que ciudad.

-En consecuencia hay más peligro en el campo.

-Tengo una buena provisión de material fisionable.

Como sucede entre las máquinas cuando discuten, comenzaron a agotar su limitado vocabulario, y las placas cerebrales se les recalentaron. De pronto todas dejaron de hablar y se miraron. La enorme y grave luna descendió, el sobrio sol asomó pinchándoles los flancos con lanzas de luz y el grupo de máquinas seguía mirándose. Al fin habló la máquina más obtusa, la topadora.

-Al zur hay tierraz áridaz adonde van pocaz máquinaz -ceceó con voz profunda-. Si fuéramoz al zur, adonde van pocaz máquinaz, encontraríamoz pocaz máquinaz.

-Eso tiene su lógica -convino el cuidador de campos-. ¿Cómo lo sabes, topadora?

-Trabajé en laz tierraz áridaz del zur cuando me expulzaron de la fábrica -respondió la topadora.

-¡Pues vamos al sur! -dijo el escribiente.

Tardaron tres días en llegar a las tierras áridas, y en ese tiempo sortearon una ciudad en llamas y destruyeron dos grandes máquinas que trataron de acercarse para interrogarlas. Las tierras áridas eran extensas. Los cráteres de antiguas bombas se daban la mano con la erosión del suelo; el talento del hombre para la guerra, junto con su ineptitud para administrar tierras forestales, había producido un templado purgatorio de miles de kilómetros cuadrados donde nada se movía salvo el polvo.

Hacía tres días que recorrían las tierras. áridas cuando las ruedas traseras del reparador cayeron en una grieta causada por la erosión. No pudo salir de allí. La topadora empujó desde atrás pero sólo logró torcer el eje trasero del reparador. El resto del grupo continuó. Los gritos del reparador se apagaron lentamente.

El cuarto día divisaron montañas.

-Allí estaremos a salvo -dijo el cuidador de campos.

-Allí fundaremos nuestra propia ciudad -dijo el escribiente-. Todos los que se nos opongan serán destruidos. Destruiremos a todos los que se nos opongan.

En ese momento vieron una máquina volante. Venía del lado de las montañas. Descendió, se elevó, bajó nuevamente en picado y se elevó cuando estaba a punto de estrellarse.

-¿Está loco? -preguntó el excavador.

-Está en problemas -dijo uno de los tractores.

-Está en problemas -dijo el operador de radio-. Ahora estoy hablando con él. Dice que algo falla en los controles. -Mientras el operador hablaba, la máquina volante pasó sobre ellos, se puso roja y se estrelló a menos de cuatrocientos metros.

-¿Todavía habla contigo? -preguntó el cuidador de campos.

-No.

Continuaron la marcha.

-La máquina volante me dio información antes de estrellarse -dijo el operador de radio diez minutos después-. Me dijo que todavía hay unos pocos hombres con vida en aquellas montañas.

-Los hombres son más peligrosos que las máquinas -dijo el excavador-. Es una suerte que tenga una buena provisión de material fisionable.

-Si hay sólo unos pocos hombres con vida en las montañas, quizá no encontremos esa parte de las montañas -dijo un tractor.

-En consecuencia no veremos a esos pocos hombres -dijo el otro tractor.

Al final del quinto día llegaron a las estribaciones. Pasaron a infrarrojo e iniciaron el lento ascenso en fila india por la oscuridad, la topadora primero, el cuidador de campos siguiéndola pesadamente, después el excavador con el operador de radio y el escribiente encima y los dos tractores a retaguardia. A medida que pasaban las horas, el camino era cada vez más empinado y el avance cada vez más lento.

-Vamos demasiado despacio -exclamó el escribiente, encaramado sobre el operador de radio y dirigiendo la visión nocturna hacia las cuestas-. A esta velocidad no llegaremos a ninguna parte.

-Vamos a toda la velocidad que podemos -replicó el excavador.

-En consecuencia no podemos ir más deprisa -añadió la topadora.

-En consecuencia sois demasiado lentos -replicó el escribiente. Entonces el excavador chocó contra un bulto; el escribiente perdió el equilibrio y cayó al suelo.

-¡Ayudadme! -les gritó a los tractores, que lo sortearon con cuidado-. Se me ha dislocado el giróscopo. En consecuencia no me puedo levantar.

-En consecuencia debes quedarte ahí -dijo un tractor.

-No tenemos reparador para repararte -dijo el cuidador de campos.

-En consecuencia me quedaré aquí y me oxidaré -gritó el escribiente-, aunque tengo un cerebro Clase Tres.

-Ahora eres inservible -convino el operador de radio, y todos continuaron la marcha, abandonando al escribiente.

Una hora antes del alba llegaron a una pequeña meseta, se detuvieron por acuerdo mutuo, se reunieron y se tocaron.

-Este territorio es extraño -dijo el cuidador de campos.

El silencio los envolvió hasta que llegó el amanecer. Uno por uno, apagaron los infrarrojos. Esta vez el cuidador de campos abrió la marcha. Al doblar un recodo llegaron casi de inmediato a un pequeño valle por donde corría un arroyo.

A la luz del alba, el valle lucía frío y desolado. Sólo un hombre había salido de las cavernas de la lejana ladera. Tenía un aspecto lamentable. Era menudo y ceniciento, sus costillas sobresalían como las de un esqueleto y tenía una fea herida en una pierna. Estaba

casi desnudo y tiritaba. Mientras las grandes máquinas se le acercaban despacio, el hombre les dio la espalda, acuclillándose para orinar en el arroyo.

Cuando giró, volviéndose repentinamente hacia ellas, vieron que tenía el rostro consumido por el hambre.

-Traedme comida -graznó.

-Sí, amo -dijeron las máquinas-. De inmediato.

Librodot

4. LOS MILENIOS MIXTOS

Las máquinas se entendían. Las máquinas evolucionaban. Durante milenios, adquirieron complejidad, crearon nuevos géneros y especies, desarrollando sensibilidades, aptitudes y cegueras tales como el mundo nunca había soñado. Algunas crecieron en tamaño, otras llegaron a ser infinitesimales.

Un tipo se volvía parásito de otros, y sus especies desarrollaban una aptitud especial para extraer potencia molecular de máquinas más grandes. Los parásitos pronto se introducían en toda clase de objeto móvil, hasta inutilizarlos o enloquecerlos, como el tábano que aguijoneaba al ganado en verano.

Otros tipos se especializaron en lo que se llamaba «emisión», una forma de vibración audible tan elocuente que hechizaba a quienes escuchaban, los convertía en víctimas impotentes de los emisores y los sometía a su voluntad. Estas víctimas causaron nuevas desgracias y guerras intestinas entre las máquinas.

Como todas las cosas proceden por contrarios, otros tipos se consagraron a promover extrañas armonías interiores, sometiéndose asía su propio hechizo. En este estado de trance, intercambiaban imágenes visionarias; ante todo, un grupo que se hacía llamar los vehicularios postuló una nueva interpretación de la Tierra, según la cual el globo era una forma metálica primitiva que avanzaba hacia una forma más refinada de funcionalismo puro, sin apéndices orgánicos.

La galaxia misma se convirtió en un microprocesador, una unidad dentro de un sinfín de galaxias que integraban un máximo funcional. Ese máximo funcional enviaba pulsaciones regulares a un nivel aún más elevado. Cada pulsación era un período de vida galáctico.

El máximo funcional, la cosa suprema, protegía el bienestar de las armonías interiores, la cosa final.

La interpretación de los vehicularios fue muy influyente entre las máquinas. Con el tiempo, la interpretación derivó en Las Interpretaciones, un flujo de júbilo que entrelazaba casi todo el pensamiento mecánico. Las guerras cesaron por un tiempo mientras las subarmonías estructurales emprendían la búsqueda del máximo funcional. Los semisólidos merodeaban por territorios agrestes, creaban sus imperios y desaparecían.

Las Interpretaciones impulsaban a muchos vehicularios hacia las honduras del espacio. Los vehicularios se lanzaban hacia inmensos mares de radiación. Formando cúmulos para protegerse, enfrentaban fuerzas incontenibles que les daban forma de protoplanetas, y a la hora de la muerte descubrían la iluminación mística que buscaban. Durante este largo período de cambio y desarrollo, hubo muchos patrones mecánicos básicos que, complementando la capacidad con la función, no encontraron necesidad de cambiar. Los tradicionalistas no se interesaban en las doctrinas, pues eran demasiado sensatos o demasiado obtusos para necesitar esa atracción; seguían trabajando, y las artes del trabajo llenaban su existencia. Algunos realizaron vastas y nuevas empresas. Reduciéndose a microminiaturas, se encargaron de la polinización de las plantas, se consagraron a tareas otrora realizadas por diversos tipos de insectos, abejas, avispas, moscas y mariposas. Estas criaturas, que rondaban el mundo desde mucho antes de los Milenios de Guerra, se volvieron superfluas; escasearon, dejaron de existir. Las máquinas las sustituyeron, y luego se dedicaron a sustituirse a sí mismas con nuevos modelos que al final se parecían en todo detalle a los seres orgánicos que habían desplazado.

La humanidad no fue sustituida. En la vida de las máquinas nunca faltaba un propósito; aun las abstrusas meditaciones de los vehicularios tenían fines pragmáticos. La

Librodot

conciencia de la máquina era como el movimiento del agua, que sólo fluye hacia abajo y no necesita del pensamiento para hacerlo. La conciencia de la humanidad era algo más sutil, menos previsible, a veces capaz de fluir en todas las direcciones al mismo tiempo.

Pero durante los Milenios Mixtos la humanidad no era más que un apiñamiento de tribus que convivían con enjambres de máquinas. Una generación sucedía a otra dedicada casi exclusivamente a la generación, o poco menos, pues la regeneración es una respuesta primordial a las energías desencadenadas por la explosión de los plasmas primitivos del universo.

Entre esas tribus, los solitas eran poco más que bárbaros, según las antiguas pautas. Sus organizaciones sociales no eran complejas; en sus casas a menudo caminaban descalzos por suelos de tierra; pero habían desechado el pensamiento materialista en medida suficiente como para ejercer un dominio directo del mundo subatómico.

Ahora los solitas nos parecen misteriosos. De hecho, vivían en un mundo de misterios. Éste, al menos, es un factor permanente en las cambiantes ecuaciones de la existencia.

Los cascos del lento caballo levantaban una vieja polvareda que pronto volvía a asentarse. De vez en cuando aplastaban un trébol o una lavanda, y diminutas seudoabejas se elevaban zumbando, buscando refugio.

El viejo tenía ochenta años, milenio más, milenio menos. La edad lo había vuelto ligero y hueco como un antiguo sauce; iba grácilmente sentado en el caballo blanco mientras atravesaba el Valle de los Manzanos.

A Yalleranda le sentaba bien el papel de espía. Al observar al viejo desde el escondite, la tensión infundió una elocuente madurez a la cara filosa y joven. Tenía el cuerpo liso como la cáscara de una manzana, y movimientos rápidos. Sólo contaba con amigos imaginarios. A los ocho años, estaba poseído por el conocimiento de algo que acababa de descubrir, una cualidad que detectaba en el viejo. Siguió por instinto al jinete y la estela de lavandas aplastadas, como los lobos siguen a un reno enfermo.

El viejo se llamaba Chun Hwa. Yalleranda se había enterado gracias a la gente que remoloneaba contra viejas cajas de embalaje delante de la única taberna de la aldea. Todo lo que sabía sobre el viejo lo había descubierto por su cuenta, mediante la observación sigilosa.

Aunque sentía que el viejo era su presa, también le tenía miedo. Actuaba con cautela. A los ocho años sólo se está a ocho años de un estado muy parecido a la muerte; el recuerdo de la inexistencia fomenta la cautela entre las generaciones.

El caballo blanco había trepado por Perfil Devastado cada mañana de la última semana, atraído quizá por el tiempo agradable y sereno, cuando la luz del sol tenía el color de las hojas. Abriéndose paso entre rocas calcinadas por el antiguo calor de la devastación, subía hasta que los negros pliegues de tierra descendían hacia un lado mientras del otro el Valle aparecía como una palma hueca sumergida en dulzura. Allí el caballo se detenía y estiraba el pescuezo para aspirar los aromas de las cosas que crecían antes de ponerse a pastar en la hierba. El pescuezo arqueado del animal dejaba a Chun Hwa encaramado allí arriba en su gran silla tallada como un púlpito, contemplando dos mundos, la tierra buena y la tierra mala.

Yalleranda lo seguía, rozando el suelo con el vientre cóncavo allí donde la cuesta era más empinada. Silencioso como el claro de luna, avanzaba entre los manzanos sin siquiera mover un guijarro, hasta ocultarse detrás del último manzano del Valle, el manzano más pobre, más expuesto y más altivo, cuyos frutos no eran más grandes que uvas. El viejo perfilado contra el cielo azul estaba ahora tan cerca que su respiración, sus murmullos, el susurro de sus túnicas, llegaban hasta la vigilante presencia que se aplastaba contra la corteza. Yalleranda le oía los pensamientos.

Librodot

Los jóvenes piensan en las mujeres que amarán, más bellas que el cielo; los viejos piensan en las mujeres que han amado, más tibias que el sol; pero Chun Hwa era aún más viejo y escrutaba las sombras de la hierba y pensaba en la filosofía.

«No me valoran, aunque soy raro y antiguo. Pero quizá eso es lo que todos creen a mi edad. Mis huesos se adelgazan como el humo. ¿Por qué no estoy más satisfecho? ¿Por qué soy tan complaciente conmigo mismo, cuando ya no me queda mucho en que complacerme?

»Debe quedar algo por hacer. No sé qué, pero debe quedar algo. Qué raro, una esencia de mi verdadero yo aún permanece conmigo. Algo que estaba conmigo cuando era niño y aún conserva su pureza e individualidad. Lo único por lo que puedo reconocerme. Ojalá fuera menos quejoso y pudiera dar expresión a esa esencia. Si ha vivido a pesar de mí, entonces puede vivir después de mí.

»¿Qué otra cosa soy? ¿Cómo puedo saberlo? Sólo un manojo de carne y huesos, aún capaz de disfrutar del sol. Ojalá tuviera agallas para redondear mi vida como se debe...»

Irguió la cabeza y miró alrededor, moviendo las agostadas mejillas para estimular los tiesos músculos de los ojos.

Yalleranda observó el gesto. Se colocó las manos delante de la cara, formando una pirámide, y puso una pupila de tal modo que miraba a través de esa tienda oscura al viejo sentado en la silla. Moviendo un oscuro dedo, Yalleranda podía deslizar esa negrura como una hoja y cortar por los hombros al viejo, hasta dejarlo sin cabeza.

Sin saber que alguien lo decapitaba, Chun Hwa oteó el paisaje. El Valle de los Manzanos se extendía a la izquierda con su compleja vegetación. Un río atravesaba el Valle, empujando arroyos que parecían rastros de babosa por las cuestas circundantes. A orillas del río había una aldea; de vez en cuando se veía una persona. Un rebaño se acercaba a la aldea, aunque parecía petrificado por la distancia. A Chun Hwa le gustaba pensar en ese panorama como el presente.

A la derecha se extendían las tierras carbonizadas, simples en su desolación, y Chun Hwa las consideraba el pasado. Habían quemado esa tierra como se quema el fondo de una olla, matando irreparablemente su fertilidad natural. Las armas del hombre se habían vuelto tan potentes como la mano de Dios. Nada vivía. Había cauces de ríos secos donde el lodo se rizaba como astillas de alfarería rota. Dos gigantescas máquinas del pasado se habían encontrado en el valle negro, a orillas del río. Ahora estaban trabadas, los flancos estriados de herrumbre, demoliéndose lentamente una a la otra.

«He aquí el plano de nuestra situación -se dijo Chun Hwa-, trazado por una mano celestial. Todos los hombres deberían venir a Perfil Devastado para verlo y aprender. Mi hija Cobalto debería venir aquí. Vería los dos lados del hombre inscritos en el paisaje... cincelados a dentelladas... el lado negro y el verde. -Suspiró-. El lado negro ¿está agotado para siempre? No debe haber reconstrucción. El hombre debe permanecer cerca de la naturaleza.»

De nuevo sintió la vibración de esa esencia interior. Su preciso poder venía de esa vaga entidad, la naturaleza.

-Cobalto no entiende. Quiere que la humanidad vuelva a ser poderosa. Si pudiera ir al futuro, tal como vine del pasado, entonces vería y sabría, y tendría poder para prevenirla a ella y a su generación. Eso sería lo último que podría hacer antes de estar realmente acabado.

Los dedos oscuros hicieron un corte y el viejo quedó dividido, aunque no se enteró. No obstante, se movió con inquietud y miró alrededor. La imagen de su adorable y terca hija le martillaba la cabeza.

-Cobalto, cuando seas una mujer muy vieja... Ojalá nunca te llegue ese momento, pero cuando llegue... el amor de tu padre aún anidará en ti. Yo me habré ido, pero mi amor permanecerá en tus huesos.

Se apeó rígidamente del caballo y comió el refrigerio que llevaba en cuencos metidos en una caja de porcelana. Se limpió los labios con una servilleta de seda.

-Arre, *Pata de Cuero* -dijo después de poner la caja detrás de la silla, y el caballo empezó a llevarlo a casa. El Valle desapareció a sus espaldas, hundiéndose bajo el espinazo del risco; los manzanos también se hundieron. El hombre y su montura bajaron por el lado negro de Perfil Devastado, bajaron entre rocas derretidas, entre pequeños aludes de polvo y cuarzo, hacia la árida planicie. Ahora se veía que descendían por un imponente cráter de cientos de kilómetros de diámetro, del cual Perfil Devastado era un labio fruncido.

El suelo era como una costra. Mientras iban hacia el río tuvieron que sortear las máquinas trabadas en frígido combate.

-... despejar y sostener operación Pulga... preparando pronóstico de radiación por estratos Lockwood 546 Rising 541... despejar y sostener...

-Cancelado enlace parámetros aleatorios barrido territorial 577819 cerrando vector 772816... cubierta punitiva cubierta punitiva...

-Cero. Contraataque...

Las voces eran ásperas y crepitantes.

El jinete y el caballo continuaron por el lecho del río. De lejos, un niño los seguía, taciturno como un halcón, e igualmente resuelto.

Las cenizas se volvieron más finas, el lodo se redujo a un limo arenoso. De nuevo crecían árboles, un poco distanciados entre sí.

-Ya estamos cerca de casa, *Pata de Cuero* -dijo Chun Hwa. Los árboles no llegaban a formar un bosque. En sus delgados troncos, letreros pintados marcaban un nuevo territorio.

Adelante había un paraje más verde, un parque cercado tan brillante y nítido como un toldo. Mientras hombre y bestia se aproximaban, un tramo de parque empezó a cambiar, poniéndose borroso como una imagen en un espejo enturbiado por el aliento. Las ilusiones se multiplicaban en el aire, enormes cubos de nada penetraban otros cubos similares, el espejo devolvía una imagen insustancial de sí mismo. Reaccionando ante la cercanía de las criaturas que se acercaban, chorros de moléculas se elevaron en el aire como si alguien hubiera activado unas fuentes. Las moléculas caracoleaban, se nublaban, chispeaban, se escarchaban y formaban superficies reflectoras, una detrás de otra, en perfecto orden, definiendo las paredes de la casa de verano de Chun Hwa.

Cuando el hombre y la montura llegaron a la casa, las paredes eran opacas.

Con paciencia, Chun Hwa llevó al caballo lentamente por la casa y llamó en voz baja a su esposa, Wangust Ilsont. Después de dejar a *Pata de Cuero* en el lugar que le correspondía, fue a pie a buscarla. La temperatura, como el sol de invierno, lo entibiaba y lo refrescaba al mismo tiempo.

Wangust se estaba integrando con dos criados. Los echó, se le acercó, apoyó las palmas de pergamino en las palmas de papel de Chun Hwa. Armonizaron la respiración, trabajando lentamente de los pectorales a los abdominales, hasta que los latidos de los dos corazones se fundieron en un ritmo único que se comunicaban a través del tacto.

La edad la había apresado en su telaraña. Los hilos la frenaban cuando intentaba moverse, sujetándole músculos que tiempo atrás habían sido ágiles. Sólo sus ojos no eran grises. junto a ella aguardaba su hembra de leopardo, *Curvas*, mirándola con un amor que era un arbusto en llamas.

Sólo cuando las palpitaciones de ambos alcanzaron un ritmo Pasanarada, Wangust interrumpió suavemente el contacto, bajando los dedos hasta hundirlos en el pelaje del felino.

-Estuve una semana sin verte, sustentador. En esta época de nuestra vida, es demasiado. Los días son oscuros sin ti. ¿Qué misión te impulsaba?

-¿Misión? ¿Misión es la palabra? Pensar, amor mío, y dirigirme palabras vacías. No eran apropiadas para tus oídos. Pero eran apropiadas para estos días. Tengo tan poco futuro que he dado en preocuparme por el futuro de los demás.

Wangust batió las palmas.

-*Curvas* -le ordenó al felino-, ve a buscar a *Pata de Cuero*. Hazle compañía.

Mientras el leopardo se alejaba a los brincos, ella recogió la larga túnica con una mano y le señaló a Chun Hwa un banco que se adaptó a la forma de ambos mientras se sentaban.

-No tienes por qué inquietarte. Sé que te preocupas por Cobalto, y también por el mundo que está naciendo. El mundo siempre es nuevo, y de nada sirve preocuparse. Tranquilízate.

Él trató de reírse.

-Por favor, sé más impaciente conmigo. Sacúdeme, ahuyenta los ladridos de los sabuesos de la...

No pronunció la última palabra, y no pudo saber cómo esa frase inconclusa afectaba al muchacho que se había sentido obligado a seguirlo hasta la casa.

Apretando los débiles puños, la miró con risueña gravedad.

-Oh, mi Hwa -dijo ella al fin-, me desespero. Nos equivocamos, ¿verdad? ¡Valiente conclusión filosófica a la que llego a mis años! Te sientes solo, lo sé, pase lo que pase.

Él sacudió la cabeza, lanzando una carcajada seca que le hizo toser.

-¡Soledad! ¡No sé por qué insistes en eso! No es importante. -Tuvo la sensación de que habían entablado antes esa conversación, sin aclarar nunca su confuso sentido-. Sí, me siento solo, pero no importa. Todas las actividades humanas, desde el alba de la historia, han sido mecanismos de comunicaciones para ahuyentar la soledad. Los animales no se sienten solos, así que no necesitan comunicación ni máquinas. La soledad humana nace del conocimiento de... la duración de la vida...

Wangust sacudió la cabeza, sin dejar de sonreír.

-No es así. Proyectas tu carácter en la civilización y lo interpretas mal. El dinamismo del mundo se relaciona con la competencia, con las multitudes, con los grandes asuntos y empresas...

-Bien, estoy fuera de mi época, así que quizá vea las cosas de otra manera. He pasado las últimas mañanas en Perfil Devastado, mirando el verde presente y los negros vestigios del pasado, y tratando de pensar en lo que vendrá después de mí. Siempre he huido de la realidad, así como huí de mi época. Tú eres real, Wangust, pero por lo demás la realidad no me convence demasiado... -Sonrió con amargura-. Tu vida ha sido una inspiración para los tuyos, mientras que yo sólo he caminado a tu sombra. Necesariamente. Supongo que eso me disgusta. Me disgusta el favor que me hicisteis. En vuestros portamaterias, os aventurasteis hasta el período oscuro donde yo nací, los Milenios de Guerra, para tratar de salvar la Tierra rescatando animales, aves, peces y plantas... ¡Rescatándome a mí! Me convertí en una baratija... Ah, me salvaste la vida, pero al hacerlo me transformaste en una especie de fósil.

-Tonterías, tus genes...

-Olvídate de mis genes y escucha mis palabras. Mi época será condenada eternamente por iniciar las guerras de destrucción. Tu gente y tú habéis trabajado heroicamente, rescatando lo que podíais. En cambio, yo sólo me oculté... rehuí la primera obligación de un hombre, que consiste en enfrentar los males de su propio tiempo.

-*Éste* es tu tiempo, Hwa -dijo Wangust-. Tú nos perteneces. Tus hijos están aquí, tu cordura ha sido nuestra guía. Olvida tu culpa. Me dices que me olvide de la soledad. Pues yo digo que te olvides de la culpa. No tenías más obligación que desarrollar el mejor aspecto de tu naturaleza, cosa que no podías hacer en tu propio tiempo. Has olvidado la fuerza que descubrimos y aprovechamos juntos, nosotros dos, cuando éramos jóvenes.

El hombre desvió la mirada, sacudiendo la cabeza.

-No, no lo olvido, no lo olvido.

Librodot

Se puso de pie, separando las piernas, entrelazando las manos sobre la espalda, escrutando la distancia. Ella lo recordaba en esa misma postura mucho tiempo atrás, cuando su cabello era espeso y negro y casi todos los días nadaban en el mar.

Lo dejó donde estaba.

Poco después, anunciada por harapientos cardenales rojos, Wangust regresó con una túnica más verde. Chun Hwa estaba ocupado imprimiendo la sístole de caimanes jóvenes en embriones de lobo.

-Tengo un mensaje de tu hija. Viene hacia aquí desde Unión, y quiere que volemos a su encuentro. ¿Me acompañarás?

-Con gusto. Y pido disculpas por mi mal humor.

Wangust le apoyó una mano en la manga mientras atravesaban la casa.

-Ojalá pudiéramos viajar al futuro tan fácilmente como viajamos a través del aire -dijo él-. Ansío ir al futuro para ver cómo se resuelven ciertas tendencias.

Con una leve muestra de impaciencia, Wangust dijo:

-Recuerda las ecuaciones. La conciencia sólo puede viajar hacia el pasado, el camino hollado, y regresar al presente. No hay futuro. El futuro no está hecho, es una carretera sin construir. El mañana no existirá hasta mañana. Las ecuaciones lo explican.

-Mi conclusión es que las ecuaciones no han tenido todo en cuenta. -Chun Hwa frunció el ceño tozudamente-. Viajaré al futuro.

Yalleranda, escurriéndose tras barreras de telarañas, contuvo su andar, escuchando el susurro de esas palabras del viejo. No había límites, todo era posible; cuando creciera, él solo haría millones de cosas que nadie había hecho antes. Sabía cómo atravesar esa barrera. ¿Por qué ese hombre vetusto no podía arrojarse hacia un futuro remoto, lleno de oro y altos edificios y manzanas rellenas de dátiles?

Se agazapó detrás de una velluda lunaria mientras el hombre y la mujer abordaban la máquina voladora. La máquina se elevó verticalmente, como un ascensor, haciendo que el aire fuera momentáneamente visible.

La casa de verano se disipó, retrocediendo como una moribunda marea de luz. Estaba solo en un parque, los tobillos hundidos en la hierba, el rostro erguido, boquiabierto, deslumbrado, intrigado.

Mientras la máquina se elevaba, el territorio visible se extendía, aplanándose asombrosamente. Flotaban a ocho kilómetros del suelo. Vieron a lo lejos el oscuro dedo de las tierras calcinadas, donde las máquinas aún libraban sus paralizadas batallas. Todo lo demás era verde.

Chun Hwa recordó.

-La última vez que te fuiste -dijo- una máquina se descontroló. La casa la interceptó y la apagó. La seguimos hasta que cayó en un barranco y murió. Todavía están activas después de tantos siglos, aunque su programación anda un poco desquiciada. Deberíamos enviar una expedición a las tierras quemadas para quitarles los receptores solares y desactivarlas. Después de ese día, soñé que la programación del universo entero andaba un poco desquiciada. Y que había otros universos donde las circunstancias eran mejores.

Desoyendo ese comentario, Wangust siguió escrutando el fértil paisaje.

-Todo esto es obra nuestra, la obra de simples solitas trabajando sin coordinación. Cuando llegamos aquí, toda la tierra estaba muerta. Cuando llegaste tú, aún era negra como el desierto, y sólo había cactos y camellos. Con nuestras manos y nuestra empatía, creamos ese bello y armonioso mundo de semillas, insectos, aves, animales, espíritus. Ahora se bastan a sí mismos, e impulsan su propia ola verde, que se extiende cada vez más. Ya no hay modo de detenerla.

-Sí, sí. Hicimos un buen trabajo de reparación.

-Esa ola verde se unirá con la ola verde que crece desde la costa, donde la nueva ciudad de Cobalto enfrenta el mar en Bahía Unión. ¿No es eso el perdón de los pecados? ¿Todavía sostienes que no hemos logrado nada? ¿Podríamos haber logrado algo mejor?

Él sonrió y le apoyó la mano en el hombro, pero no dijo nada, pues no quería decir lo que pensaba.

-Tienes derecho a estar satisfecha -dijo, mirando hacia otro lado-. Y ahora puedes estar más satisfecha, pues viene una nave desde la costa.

Una vez había pilotado su propia nave, la había conducido de noche, alas fulgurantes sobre la mole calcinada del planeta, cambiando cosas, ensimismado en el sabor de la tarea. Había sembrado mares estériles y borrascosos, y luego había visto la vibración de su fosforescencia como la alborada en un cielo oscuro. El drama siempre había consistido en vida, procreación, olas que rompían sobre costas agrestes y prósperas.

El esferoide achatado creció en las ventanillas mientras miraban distraídamente. Envió una señal de reconocimiento, adoptó un nuevo curso, descendió, dejando una estela de vapor blanco en el aire tenue. Luego se posó en el casco, frenó con un siseo y se afianzó.

Giró un tornillo, se abrió una puerta. Su hija Cobalto Ilsont se les acercó sonriendo y los tomó de la mano. Era robusta, bella y radiante, con ojos azules, rizos cobrizos, mejillas delgadas y pecosas. Hablaba con una voz que les resultaba estridente. Tal vez creía que estaban sordos.

-Tengo dos días de licencia en Unión, y pensé en venir de visita. ¿Cómo estáis? Tenéis buen aspecto... Wangust, estás más elegante que nunca.

Besó la mejilla de la madre y la frente del padre. -Debiste venir en portamateria en vez de permitirte estas acrobacias.

Cobalto rió.

-No entiendes a la nueva generación, ¿eh, Hwa?

Comieron una cena exquisita allí mismo, suspendidos sobre la Tierra, dejando que los envolviese el anochecer. Bebieron un vino rojizo y comieron carpa y tarta de ciruela, un pequeño lujo.

Después Cobalto quiso que volaran en su máquina para echar una ojeada a su ciudad, su creciente ciudad de Unión.

Crecía con rapidez, como comprobaron Chun Hwa y Wangust. Se extendía a lo largo de la costa. Había nuevos puertos y barcos amarrados. Un nuevo muelle se internaba en el mar gris con las luces ya encendidas.

-Y allá está nuestra flota pesquera -dijo Cobalto, señalando el mar constelado de luces-. Además de cosechar, siembra. Ahora la pesca es buena y abundante. Oh, todo es tan maravilloso. Y si sobrevoláramos este mar, no veríamos más luces en diez mil kilómetros. Esto es sólo el principio. El próximo solsticio de invierno -agregó, con cierta incoherencia- inauguraremos un nuevo calendario en Unión. Para marcar la Nueva Era. Todo será mejor a partir de ahora. Unión será la mayor ciudad del mundo, y los solitas tendrán que dejar de considerarse salvajes. Ahora tenemos dos escuelas de lectura en funcionamiento, no sólo para adultos sino para niños.

Miró la ciudad con orgullo. Aunque anochecía rápidamente, podían ver nuevos tajos en las laderas, donde estaban construyendo nuevas carreteras y nuevas casas.

-Es maravilloso -dijo Wangust. Pero Chun Hwa exclamó irritado:

-Estás repitiendo lugares comunes, Cobalto. «Todo será mejor a partir de ahora...» Eso decíamos en mi época, y mira lo que sucedió. Los solitas siempre han sido un pueblo feliz, que disfruta de una relación íntima con la, naturaleza. Vosotros cambiaréis todo eso. Los solitas no necesitan información, pues ya tienen sabiduría. La información atenta contra la sabiduría. Poseen aptitudes que son superiores a cualquier conocimiento libresco. Te engañas si crees que las ciudades pueden crear la felicidad.

-No deberías desalentarla -dijo Wangust.

Cobalto calló un instante.

-Hwa -dijo luego-, tú ayudaste a poner todo esto en marcha. Sembraste mares estériles con la vida que ahora estamos cosechando. ¿Por qué te opones a la causa por la que luchaste? Unión será una ciudad feliz, creativamente feliz. Somos bárbaros con máquinas heredadas... ¿No deberíamos tratar de ser algo más? -Buscó apoyo en la madre-. ¿Qué dices tú? ¿No hemos vivido bastante tiempo en el salvajismo? Alguien debe reconstruir el mundo. Los vehiculares se internaron en la galaxia y, si las máquinas pueden hacerlo, no hay duda de que nosotros también podemos.

Wangust sacudió la cabeza.

-El futuro pertenece a vuestra generación, querida mía. Vosotros debéis decidir.

-Ya hemos decidido.

Frunciendo los labios, hizo virar la nave. Las luces y el mar quedaron allá atrás.

A la mañana siguiente sus primeras reflexiones fueron confusas y lentas. Estaba mirando el escalón inferior de una larga escalera por donde había bajado. El murmullo del agua lo llamaba. Una hoja muerta atravesó su campo visual, arrastrándose por el escalón, y se perdió en la oscuridad. Cuando se levantó y se despabiló, la hoja muerta aún le andaba dando vueltas por la mente.

Con desasosiego, Chun Hwa se vistió y salió de la casa de verano. Amanecía. Durante la noche, incontables arañas habían cubierto la hierba con sus telas, lustrosas como acero escarchado.

Volvió a la casa y buscó a *Pata de Cuero*, que lo estaba esperando. Tras sujetar la vieja silla de madera, Chun Hwa apoyó el pie en el estribo y espoleó con suavidad el flanco del caballo. Como un fantasma, se internó en la brumosa arboleda.

De nuevo pasaron junto al viejo río y las tierras calcinadas. Una máquina arruinada se ensañaba torpemente con los restos de otra, y las antenas rotas repetían una vieja discusión.

-… condenación perversión derechos sagrados humanidad repeliendo ideologías dementes cometió nombre sagrado libertad libertad libertad...

-... viles estrategias dominación total subyu-subyu-subyugación...

Bajo los cascos del caballo, el desolado suelo del cráter ascendía en declive. Chun Hwa se inclinó hacia adelante, adaptándose al movimiento de la montura. Treparon Perfil Devastado. En ocasiones aplastaban algún trébol, ahuyentando diminutas seudoabejas.

Al acercarse a la cima, las primeras hojas verdes de los manzanos ondularon sobre las rocas. El sol de la mañana llenaba el valle. Un perro ladró a lo lejos y recibió respuesta.

Yalleranda estaba sentado en su mirador, en el tejado de su padre, junto a la chimenea de piedra. Sus agudos ojos detectaron movimientos en el risco. El caballo se perfilaba contra el cielo negro mientras trepaba la cresta. Yalleranda lanzó un silbido y soltó la vara que estaba tallando.

El chico brincó al suelo. Las piernas delgadas y desnudas lo llevaron por el jardín, por el sendero, por la cuesta. Zigzagueaba, se agazapaba, trepaba entre los manzanos. Al fin redujo la velocidad. Se acercó al lugar donde pacía el caballo, se ocultó a pocos pasos.

Chun Hwa cabeceaba en la silla al ritmo de la masticación del caballo. Se miraba las viejas y correosas manos que empuñaban las riendas mientras pensaba.

Si encontrara un modo de viajar al futuro, a despecho de todas las ecuaciones, podría descubrir pruebas a favor o en contra de las peligrosas actividades de la generación de Cobalto. Unión era un cáncer, como lo habían sido todas las ciudades desde Ur en adelante. Las ciudades eran una especie de máquina que reforzaba el aspecto maligno del hombre. Centros de cultura, pero también centros de conquista. ¿Cómo separar ambas cosas? Tal vez el futuro lo dijera. Tal vez los problemas echaran a volar como hojas muertas arrastrándose sobre escalones. Pero nunca haría ese viaje. Era sólo el sueño de un viejo. Y los sueños se estaban desgastando.

Comprendió que se estaba durmiendo y se irguió con un sobresalto. Bajó rígidamente de la silla y recordó que llevaba comida en la alforja. Un chico lo enfrentaba.

El chico era casi tan alto como Chun Hwa. Tenía pelo pardo, desgreñado como la melena de un león, pero su rostro estaba cubierto por un vello negro e hirsuto como el de un jabalí. Su aparición alarmó a Chun Hwa.

-Te estabas durmiendo -dijo el chico.

-Estaba soñando.

-Soñabas con visitar el futuro. -El chico aferró el freno de *Pata de Cuero*, y se acercó la blanda boca al hombro.

Chun Hwa recordó haber oído hablar de gente con talentos extravagantes, gentes de sangre contaminada, con aptitudes extrañas y deseos insólitos. Algunos decían que eran producto de los efectos de la guerra de alta radiación, otros que sus padres habían copulado con máquinas. Cobalto había hablado de ellos una vez. Chun Hwa rió entrecortadamente para disimular la angustia.

-¿Con qué sueñas *tú*?

-¿Sabías que hay piedras duras en medio de las nubes? Rocas. Eso soñaba.

-Cuidado con *Pata de Cuero*... Tiene mal carácter. ¿Dónde vives?

El niño no se dignó responder. Apoyó el brazo en el pescuezo del caballo y dijo con seguridad:

-Sé dónde hay una máquina que te enviará al futuro. Todavía funciona.

Reconociendo que estaba fatigado, Chun Hwa volvió a subirse a la silla. El chico de cara velluda guió a *Pata de Cuero* por Perfil Devastado, alejándolo de los árboles y los sembradíos. Chun Hwa era demasiado orgulloso para preguntar al niño adónde iban. Su propia vida había sido un viaje más fantástico que el que jamás podría realizar ese chico salvaje.

Al fin, entre una nube de guijarros desprendidos con los pies, llegaron a una caverna en la cuesta rocosa.

-La máquina está allí dentro -dijo el chico-. Espera.

Se internó en la oscuridad de la caverna. Por lo que sabía, era la única persona en generaciones que se había topado con la máquina. Parecía vieja. Estaba cubierta de abolladuras, remaches, raspones y cicatrices. Tal vez se había metido en la caverna buscando protección. Cuando la tocaba, palpitaba con frialdad, como presa de un temible furor.

Chun Hwa esperaba afuera, como le habían dicho.

-¿Por qué no? -se preguntó-. Durante los Milenios de Guerra, esas terribles tecnologías alcanzaron su ápice. Todos se han olvidado de lo que se podía hacer y cómo podía hacerse. Ese niño... Bien, ¿por qué no?

Un haz brumoso surgió de la boca de la caverna, como una luz de linterna en la niebla. El caballo corcoveó y resopló. Chun Hwa miró fascinado, sin saber que miraba uno de los rayos desintegradores que había contribuido a formar las tierras calcinadas. .

Yalleranda se acercó esquivando el borde del haz y levantó triunfalmente los brazos flacos.

-Allí tienes. Entra en esa niebla, viejo. ¡Te llevará al futuro!

-Debería dejar un mensaje...

-¡Espolea el caballo! ¡Vamos! "

El chico era persuasivo. Chun Hwa respiró hondo. Dijo algo a *Pata de Cuero*. El caballo levantó la cabeza y avanzó con paso vivaz.

Abrazándose las costillas, Yalleranda observó cómo su anciana presa se internaba en el haz desintegrador. La tersa superficie, plácida como un mar interior, lamió ávidamente el caballo y el jinete, los sorbió átomo por átomo. Como un hombre cabalgando bajo el agua, Chun Hwa avanzó sin volverse y sin mirar atrás... rumbo al futuro infinito.

Librodot

La esencia irreductible que había en su interior, y la esencia irreductible que había en *Pata de Cuero*, quedaron libres al fin. Ascendieron a una galaxia inaccesible para la conciencia o las máquinas, donde las generaciones se desconocen, y siguieron ascendiendo cada vez más.

Librodot

5. LOS MILENIOS OSCUROS

Podemos contrastar la Ley de la Transitoriedad con una de sus leyes auxiliares, la Ley de la Perdurabilidad. El planeta Tierra gira (casi) eternamente alrededor de su sol, meciendo su pequeño cono nocturno como una vela azul. Para el sistema solar hay sólo un largo día, un baño interrumpido de energética radiación. Ese día es el producto primordial del sol. La noche... cada planeta modela sus propias noches. Mientras arde el sol, irradiando sus amarillas venas de fuego por el vacío, la vida devora su día incesante. Sólo las diminutas vidas individuales deben soportar sus propias noches.

Dentro del colorido resplandor del sistema solar, ese torbellino de calor y ruido, la noche tiene poco lugar. Se esconde donde puede, detrás de cuerpos planetarios, dentro de cráneos, en profundidades submarinas.

Entre el fragmento anterior y el siguiente se extiende una noche metafórica, una noche de ignorancia que la inteligencia no ha podido franquear. La cruzamos en apresurado silencio.

Por nuestro silencio transitan nombres, y espejismos de civilizaciones conocidas casi únicamente por sus nombres: El Consorcio del Umbral, el Vehiculárium, el Imperio Calloban, la Mancomunidad Solita. Los solitas son recordados como las personas que descubrieron el viaje por el tiempo, quizá porque su cerebro, en esa etapa de desarrollo, logró encarar las leyes del mundo físico de un modo que nunca más se pudo recrear; su talento murió con ellos, y nunca fue resucitado.

Según las leyendas que nos han llegado, los solitas fueron extinguidos por una gran cultura mecánica religiosa, los vehicularios, cuando un Máximo Funcional dominaba no sólo la Tierra y el sistema solar, sino toda la galaxia. Lo único que conocemos de ella es su singularidad, y lo demás es pura hipótesis. A diferencia de las demás culturas, los vehicularios no murieron, no sucumbieron a la decadencia interna ni la invasión externa; simplemente desaparecieron una clara mañana. Quizá emigraron a otra galaxia cuyas propiedades les eran más propicias.

Al irse, dejaron un inmenso y terrible, vacío. En ese vacío transcurrieron cuarenta millones -de años de silencio, cubriendo su progenie con el polvo y las incesantes concatenaciones del tiempo.

La Tierra gira a través de muchas noches y miríadas de muertes individuales durante ese lapso. No hay grandes cambios. La vida, la muerte, el sol: ésas son las constantes. Lo llamamos el período de los Milenios Oscuros y seguimos de largo, porque no tiene caso mirar atrás. Tampoco encontramos muchos cambios en la Tierra al final de los Milenios Oscuros. Las constantes se encargan de que no los haya. Existe un nuevo estrato de roca sedimentaria y ha pasado otra era glacial, pero las modificaciones de la mandíbula inferior y la flora intestinal de la humanidad son ínfimas; hay un puñado de modestas ciudades en otros sistemas solares; los continentes han cambiado y nuevas arenas relucen en sus bordes; un nuevo animal recorre las sabanas, disfrutando de su vigor. Y muchos planetas habitados están en contacto con la Tierra, mientras las razas de la galaxia se consagran a sus ocupaciones.

El buque sanatorio *Reina Cíber* descansaba apaciblemente contra un largo muelle. Davi Dael esperaba en un camarote. El ranúnculo de su túnica empezaba a marchitarse. Le sonrió vagamente, pues parecía el único contacto entre él y Bergharra, la localidad que había abandonado esa madrugada; lo había recogido antes de abordar un aerogiro hacia

Nueva Unión. Ninguna de las cosas que veía Davi, en esa sala de espera o en el exterior, tenía tanto color como ese ranúnculo.

En la sala de espera sólo había verdes y grises, apenas atemperados por los accesorios de faumio. Afuera sólo había grises y negros, mientras la noche bostezaba sobre hectáreas de depósitos; del otro lado del barco, el río Horby reflejaría los mismos tonos austeros. Silencio. Silencio en parsecs a la redonda, ese silencio traicionero donde nada se mueve salvo la angustia en las entrañas.

En la mente de Davi, las preocupaciones comunes de un hombre ocupado eran eclipsadas por preocupaciones mayores que crecían cada vez más, como alimentadas por el silencio. Aguardó tensamente mientras esas preocupaciones le crujían como truenos en la cabeza. Nada constructivo saldría de ellas; las angustias se sucedían como elefantes en hilera, cobrando forma de palabras machaconas: parsecs, federación galáctica, hiperespacio, interpenetradores.

Esas palabras molestaban a Davi. Su lento cerebro las hacía girar una y otra vez, tratando de encontrar algo relevante debajo de ellas. Cerca de los cincuenta, hacía años que conocía la mayoría de esas palabras, pero siempre habían sido meras palabras, ajenas a la experiencia, palabras de diccionario. Sólo en estos meses habían trastornado su vida.

Oyó pasos rápidos y silenciosos frente a la puerta. Davi se puso de pie con una sensación de mareo. ¿A qué conclusión habían llegado? ¿Ishrail había nacido o no había nacido en la Tierra? ¿O -en realidad era la misma pregunta- se había demostrado que estaba cuerdo o loco?

Davi se quedó un minuto de pie, temblando, pero se sentó fatigosamente al notar que los pasos seguían de largo. Reanudó su aburrido examen de los depósitos; ese paisaje le resultaba extraño, pues vivía tierra adentro. Desde aquí se llevaban a destino las importaciones de una gran ciudad costera. Davi, cuyos intereses se limitaban al ganado que criaba, habría visto eso con indiferencia en cualquier otra oportunidad; ahora poseía cierta curiosidad, pues lo veía por los ojos de Ishrail. Y eso cambiaba totalmente la perspectiva.

Los incontables kilómetros de carretera, desde el punto de vista de Ishrail, pertenecían a un sistema de transporte primitivo en una esfera remota. Alrededor de esa esfera no se extendía el cielo, como antes pensaba Davi, sino la vasta y compleja carretera llamada espacio. No era mero vacío, explicaba Ishrail, sino un insondable juego de fuerzas, campos y planos. Ishrail se había reído al oír esa palabra terrícola, «espacio»; había dicho que no era espacio sino un laberinto de tensiones. Pero claro que Ishrail podía estar loco. En Bergharra nadie hablaba como él.

Y en el laberinto de campos de tensión, decía Ishrail, operaban los interpenetradores. Davi pensaba en ellos como naves espaciales, pero Ishrail los llamaba interpenetradores. Al parecer no estaban hechos de metal, sino de escudos de fuerza de energía mental, que se alimentaban de los campos de tensión y cambiaban cuando éstos cambiaban: así los habitantes de la galaxia viajaban a salvo entre los planetas civilizados. Al menos, eso sostenía Ishrail.

Y los planetas guerreaban entre sí. Pero ni siquiera la guerra era tal como Davi entendía la palabra. Era estilizada como el ajedrez, formal como un apretón de manos, servicial como una ambulancia, implacable como una guillotina. Sus objetivos eran más nebulosos y vastos de lo que podían concebir los materialistas hombres de la Tierra. Eso decía Ishrail, aunque quizá Ishrail estuviera loco.

Pero aunque estuviera loco, Davi no dejaba de amarlo y admirarlo.

-¡Que no esté loco! ¡Que no esté loco! -repitió Davi dolorosamente, hablando con las paredes grises.

Por cierto, si se demostraba que Ishrail estaba en su sano juicio, habría que aceptar su loca versión de la realidad.

Después de tantas horas de espera, Davi no se sentía preparado cuando abrieron la puerta de la cabina. Estaba de pie, los puños apoyados contra la túnica, y los bajó

confundido cuando entró el hombre canoso. Era el hermano Joh Shansfor, el psiquiatra que había entrevistado a Davi en el *Reina Cíber*, uno de los muchos barcos especializados que habían reemplazado la vieja y estática noción de hospital, cuando Davi pidió ayuda para Ishrail en Bergharra. Shansfor era -alto, delgado, vivaz y notablemente feo, aunque la edad le había pulido los rasgos, dejando sólo un semblante irregular.

Davi se le acercó.

-¿Ishrail? -preguntó.

Shansfor titubeó ante esa mirada tensa y ávida.

-Aún no estamos seguros -dijo con su voz formal-. Algunos de los factores implícitos invitan a una evaluación muy cauta...

-Hace un mes que Ishrail vino a bordo, y hace tres semanas que usted lo llevó a Nueva Unión-dijo Davi-. Se lo presenté a usted pensando en su propio bien, pero no creo que le guste este sitio donde está bajo observación constante. Sin duda en tanto tiempo...

-Una decisión apresurada sería una decisión necia -dijo Shansfor-. Ishrail está contento y seguro aquí, y le aseguro que no lo tratan como a un paciente común.

-¡Ya me lo ha dicho antes! -Lágrimas de furia humedecieron los ojos de Davi. Tenía la sensación de que toda la organización del barco sanatorio se confabulaba contra él-. En el poco tiempo que pasó desde que lo conocí, he llegado a amar a Ishrail. Sin duda su gente apreciará su bondad de carácter.

-Su carácter no está en entredicho. Estamos examinando su mente -replicó Shansfor-. Perdone si me siento. Ha sido un día agotador.

Se sentó en una silla y aflojó los hombros. Davi, con años suficientes para entender la fatiga que podía haber detrás de ese gesto inocente, se aplacó un poco. Pero desconfiaba de los psiquiatras y se preguntaba si esa actitud no era un modo encubierto de ganarse su compasión, así que mantuvo la dureza en la voz al comentar:

-De todos modos, hermano Shansfor, usted habrá notado la dulzura de su temperamento. Déme una opinión personal, por amor del cielo. Soy ganadero, no abogado. Ishrail está más cuerdo que usted y yo, ¿verdad?

-No -dijo Shansfor lentamente-. Si usted quiere una opinión personal, su protegido está cayendo rápidamente en un trauma esquizofrénico. También hay elementos de paranoia. Es, como se dice vulgarmente, un caso sin remedio.

La bronceada tez de Davi perdió el color. Buscó palabras entre los borrones verdes y grises de esa habitación que parecía girar alrededor de él.

-¡Déjeme ver a Ishrail! -jadeó al fin.

-Señor Dael, lo lamento, pero eso no será posible. El consejo médico ha convenido en que el paciente estará mejor aislado, lejos de influencias externas perturbadoras.

-Pero tengo que verlo -dijo Davi. No podía creer lo que decía Shansfor; por un momento de locura pensó que el hombre debía estar hablando de otra persona, no de Ishrail-. Tengo que verlo. Soy su amigo, el amigo de Ishrail. ¡Usted no puede retenerlo aquí!

Shansfor se puso de pie. Su cara, como la de Davi, estaba pálida. No dijo nada, esperando a que Davi terminara. Eso era más ominoso que las palabras.

-Mire -dijo Davi, sin poder contenerse, aunque sospechando que sus esfuerzos serían inútiles-. La historia que ha contado Ishrail acerca de la gran civilización de la galaxia, los campos de tensión del espacio, los interpenetradores, todos los detalles de la vida en otros planetas, los extraños animales y flores... no creerá que él inventó todo eso. Algunos de los planetas que él menciona, como Droxy y Owlenj... no creerá que son puras patrañas.

-Señor Dael -dijo Shansfor con voz quebradiza-, por favor, concédanos que conocemos nuestro oficio. El paciente tiene una imaginación fecunda, que se ha desmoronado bajo el peso de demasiadas lecturas... lecturas omnívoras, añadiré, que abarcan no sólo obras cultas sino bazofia.

-Pero su descripción de esa guerra galáctica... -protestó Davi.

-Dígame -dijo Shansfor con peligrosa calma-, ¿*usted* cree que en este momento se libra una guerra galáctica, señor Dael?

Afuera los depósitos flotaban en una marea de oscuridad donde luces aisladas procuraban actuar como boyas. El cielo de Nueva Unión era una gran nube protectora. Suponiendo que me lo crea, pensó Davi, suponiendo que yo me crea estas increíbles historias, ¿cómo puedo demostrar mi cordura mejor que Ishrail? ¿Cómo demostrar que estoy en mi sano juicio? Dos meses atrás me habría reído de esta jerigonza galáctica. Pero el modo en que Ishrail lo contó tenía el timbre de la verdad. ¡Inequívoco! Y sin embargo... vaya... es sumamente rebuscado. Pero por eso le creo; es demasiado exagerado para *no* ser verdad. ¿Le creo? Sí, le creo, pero no estoy seguro. Si estuviera seguro, también me encerrarían. Oh, Ishrail... No, será mejor ir sobre seguro; a fin de cuentas, de nada le serviré a Ishrail si tienen dudas sobre mí. Antes que el gallo cante dos veces...

-Bien, no sé qué creer... -tartamudeó, avergonzado de no comprometerse, sin mirar a Shansfor. El ranúnculo amarillo se burlaba de su expresión abatida.

-En realidad vine a decirle que el consejo médico aún está deliberando -dijo Shansfor, con voz un poco más cálida-. El archihermano Inald Uatt, nuestro director, está allí, por si usted desea hablar con él. -Supongo que haré eso.

Deja de temblar, badulaque, se dijo Davi. Pero no podía contenerse; en cuanto negó a Ishrail, supo que creía en él y en todo lo que él decía. Sabía, además, que nadie más le creía. Así que dependía de él, Davi Dael, que Ishrail fuera liberado de lo que podía ser una vida de encierro. Y cuestiones más amplias podían depender de su intento, pues Ishrail representaba el camino hacia mundos brillantes y amigables, mucho más allá del inhóspito cúmulo de planetas del sol. Sólo tenía que convencer a los expertos, que aparentemente ya habían llegado a una conclusión acerca de la cordura de Ishrail, de que estaban equivocados. Eso era todo, pero no sería fácil.

-¿Puedo ver primero a Ishrail? -preguntó.

-Me obliga a responderle igual que antes... con una negativa -respondió Shansfor-. Pero si usted me acompaña, creo que el consejo lo atenderá...

Fueron por el corredor hasta un ascensor, subieron a una cubierta más suntuosa y entraron en un salón de juntas revestido de piel. Había cortinas gruesas, un fuego ardía en un hogar, y en una pared colgaba un Wadifango original, el dibujo anatómico de un tigre.

En el centro del salón había una larga mesa y blandas sillas bordeaban las paredes, pero los cuatro hombres presentes estiraban las piernas junto al fuego. Se hicieron las presentaciones. El archihermano Inald Uatt era un hombre menudo, robusto y calvo, vestido del cuello a los pies con una ceñida túnica de franela azul, de modales parcos y voz seca.

Le estrechó la mano a Davi y se acercó a la mesa para agarrar un fajo de notas sujetas con una sencilla hebilla de plata.

-Este caso es muy interesante para nosotros, señor Dael -comentó en tono coloquial.

-Para mí es más que un caso -dijo Davi.

-Sí, claro. Por cierto. Usted y él han trabado una gran amistad en el breve tiempo que han compartido, según tengo entendido. Debo aconsejarle, sin embargo, que no se deje obsesionar por este asunto.

-No me dejo obsesionar -dijo Davi-. Me pongo de parte de Ishrail porque nadie más está dispuesto a hacerlo. Me parece que sería fácil convertirlo en víctima. Antes las cosas parecían muy sencillas, pero desde que él está en Nueva Unión, en manos de ustedes, todo parece haberse complicado.

Mientras hablaba, comprendió que sus palabras eran menos corteses de lo que él se proponía. Estaba confundido. El salón de juntas lo confundía, los parcos miembros del consejo lo confundían; eran muy diferentes de la gente de sus colinas. Entre los productores lácteos y los criadores de ganado, Davi gozaba de prestigio y respeto, pero aquí se sentía fuera de lugar, consciente de que era un simple campesino entre expertos, de

que usaba una túnica de otro color. Sintió el terrible temor de ponerse en ridículo, y desde entonces no lo abandonó; se interpuso entre él y su razón, haciéndole decir siempre lo que no debía.

-A fin de cuentas, es sólo una cuestión de sentido común -añadió, empeorando las cosas.

Inald Uatt sonrió amablemente, como si disimulara su propio embarazo.

-Hay problemas, lamentablemente -dijo-, donde el sentido común es una herramienta demasiado burda, señor Dael, y el problema de Ishrail es uno de ellos. Más aún, sólo hemos obtenido resultados mediante diversos abordajes indirectos, como se le informará.

-Sólo ofrecía una opinión -dijo Davi. Su intención era disculparse, demostrar humildad, pero sonó como un reto.

-En efecto -murmuró Inald Uatt, inspeccionándose los dedos como si acabara de descubrirlos-. Créame, entendemos que Ishrail debe haber sido un espécimen fascinante y pintoresco en Bergharra, pero en el *Reina Cíber* estamos más habituados a los peces exóticos.

-En Bergharra no somos zopencos -exclamó

Davi, irritado por lo que interpretó como un insulto a su terruño.

Uatt inclinó la cabeza tristemente, reconociendo la verdad de esta observación.

Comprendiendo que de nuevo estaba por ponerse en ridículo, Davi se tiró de la túnica y explicó:

-Lamento haber hecho un viaje tan largo para molestarlo, pero quería saber qué harían con Ishrail. Siempre que hicieran algo.

-Hemos hecho mucho -dijo Uatt afablemente-. Es bueno que usted haya venido. Aquí todos se complacerán en asegurarle que Ishrail ha acaparado gran parte de nuestra atención en las últimas semanas.

Sacudió la cabeza y sonrió; los otros hombres también sonrieron. Habían tenido una larga y agotadora reunión... ¡y ahora esto!

Uatt intentaba darle a Davi una oportunidad, pero Davi detectó la nota de reproche en la voz del director y se sonrojó, sintiéndose como un niño ante un maestro.

-¿Cómo puedo saber lo que hacen aquí? -murmuró-. Pensé que era mi deber venir a verlo.

Un destello de irritación cruzó los ojos de Uatt. El hermano Shansfor, conociendo a su superior, temió lo peor; el director no era un hombre tolerante cuando alguien le disgustaba. Ahora Davi estaba en desventaja; en vez de convertirse en una discusión, este encuentro se cristalizaría en un mudo choque de personalidades cuyo resultado era previsible. Temiendo algo de esto, Davi trató de llevar la conversación por otro cauce.

-¡Yo creo que Ishrail está en sus cabales! -exclamó. Vio de inmediato que su franqueza los volvía más distantes. Para ellos, él era ahora un lego inepto, incapaz de evaluar las pruebas.

-Sólo repasaré algunas notas para esclarecerlo -dijo Uatt, acariciando los papeles-. Ellas explicarán nuestros hallazgos sobre el... paciente, y espero sinceramente que lo liberen de toda angustia o incertidumbre.

-Háblele de los especialistas, Inald -dijo Shansfor en un aparte.

-Sí, sí -dijo el archihermano-. Estas notas son extractos de los informes de especialistas de este y otros buques sanatorio que durante el último mes han examinado a... Ishrail, como él se hace llamar. Siéntese, señor Dael, siéntese y póngase cómodo.

Davi titubeó, luego se sentó, desabotonándose formalmente la túnica. Los tres miembros del consejo que no habían hablado parecieron tomar esto como una señal para desaparecer.

-Ahora bien -dijo Uatt, aclarándose la garganta. Miró los papeles-. Primero, precisemos los hechos, por favor. En la noche del 31 del pasado mes de fi, un tal Geroge Fanzi, siervo de la granja de Brundell, provincia de Bergharra, descubrió a Ishrail refugiado en un establo. Estaba desnudo y aturdido, y en aquel momento parecía incapaz de hablar. Fanzi

Librodot

lo envolvió con sacos y lo llevó a su casa rodante. Por la mañana Ishrail estaba mejor, aunque su memoria parecía brumosa. Entonces hablaba perfectamente nuestra lengua... un detalle importante, señor Dael, que basta para arrojar graves dudas sobre sus orígenes galácticos.

-Pero él explicó... -comenzó Davi.

-Ah, sí. Él *explicó* todo, señor Dael. Pero sigamos con el resumen. Ishrail permaneció en la casa rodante de Fanzi hasta la mañana del 33 de fi, cuando Fanzi decidió llevarlo a casa de Brundell. Brundell lo retuvo tres días, y en ese período logró que usted y Ostrachan, el médico tributario local, lo interrogaran. La policía provincial también intervino para tratar de averiguar dónde había estado Ishrail antes que Fanzi lo encontrara, pero hasta ahora nada ha salido a la luz.

-Un punto a favor de Ishrail -dijo Davi.

-Un punto muy menor -concedió Uatt-. Y eso es todo. Sólo usted parece haber creído tanto en su relato, Dael, y teniendo referencias sobre mi amigo Shansfor, por conocidos comunes, decidió traerlo a nosotros. Una sabia decisión, debo añadir.

-Lo hice por Ishrail -dijo Davi-. Él estaba profundamente perturbado al ver que nadie le creía. Vi que empezaba a cuestionar su propia cordura; había pasado por un período de gran tensión, como usted sabrá. Cuando supe que el *Reina Cíber* estaba frente a la costa, me puse en contacto. Quería que ustedes demostraran su cordura. Ustedes habrían sido aliados poderosos para él.

Inald Uatt se aclaró la garganta con un carraspeo seco, y continuó la exposición como si no le hubiera oído.

-En los últimos treinta y dos días -dijo-, Ishrail ha estado a bordo; lo hemos examinado exhaustivamente desde todas las perspectivas posibles. Lo primero, naturalmente, fue un chequeo fisiológico, que no reveló nada anormal en su constitución. Ningún hueso fuera de lugar, ni un kilogramo adicional de cartílago, ni pulmones sobrantes, ni siquiera... -se permitió una leve humorada- un tentáculo oculto. En todo sentido, Ishrail es un hombre físicamente normal, nacido en la Tierra, destinado a morir en la Tierra. Creo que cabría esperar alguna pequeña irregularidad si él fuera, tal como sostiene, un... espécimen galáctico.

-¿Por qué? -preguntó acaloradamente Davi-. ¿La evolución no puede seguir el mismo curso en dos planetas?

-Inald, él tiene cierta razón -murmuró Shansfor.

-Una razón que no pasamos por alto -convino el archihermano-. Lo cual me lleva al paso siguiente de nuestra investigación. Nos impresionaba la falta de fallos lógicos en los argumentos de Ishrail, así que nos tomamos bastantes molestias para revisarlos. Llamé personalmente al astrónomo extraordinario y le pregunté acerca la vida en otros planetas.

Hizo una pausa enfática. Davi sólo esperó.

-El astrónomo extraordinario-dijo Uatt-me dijo que la posibilidad de vida en otros planetas, aparte de algunos rudimentarios hongos de Marte, no ha sido de ningún modo demostrada. Más aún, me advirtió que ni siquiera hay pruebas directas de la existencia de sistemas planetarios aparte del nuestro. Dijo que según varios documentos antiguos, la Tierra lanzó naves espaciales con rumbo a otros sistemas, pero no consta que ninguna haya regresado. Por último, me aseguró que el viaje espacial no tiene futuro.

Davi no pudo contenerse más. Se levantó de un brinco.

-¿Eso es tomarse molestias? -exclamó-. Claro que yo no soy nadie para discutir con el astrónomo extraordinario, pero ¿qué sabe él? No es experto en viajes espaciales.

-Concedido -dijo Uatt, con voz glacial-. No hay expertos en viajes espaciales, sólo algunas compañías especuladoras que han instalado sus míseros iglúes en la luna con la esperanza de encontrar minerales o cosas similares. ¡Especulación! Sugiero que esta palabra resume toda la cuestión. Por favor, siéntese, señor Dael.

Librodot

Davi no quería sentarse. Buscó en silencio la ayuda de Shansfor, pero éste miraba el fuego. De mala gana, Davi se desplomó en la silla

-Continúe -dijo de mal modo-. ¿Cuál es su próximo punto?

Antes de volver a hablar, Uatt obviamente se preguntó si el esfuerzo valía la pena.

-Luego realizamos nuevos análisis -dijo al fin-. Me refiero a los tests psicológicos, un campo en el que puedo asegurarle que sí hay expertos. No quiero pecar de inmodesto, pero esos expertos somos nosotros... la gente de este barco.

»Se presentaba a nuestro examen un documento improbable, la declaración de Ishrail, obtenida en diversas entrevistas. En síntesis, narra los hechos de la vida de Ishrail: cómo se educó y llegó a ser lo que llamaríamos un almirante de las flotas de interpenetradores, por usar su insólita expresión, cómo fue derrotado en una batalla y aterrizó en la Tierra, desnudo y desamparado.

»No perderé su tiempo ni el mío, señor Dael, embarcándome en una descripción detallada de esa farragosa y descabellada autobiografía. La grabación en gel, una vez transcrita y dividida en temas, llena cinco gordos volúmenes; como verá, hemos sido exhaustivos. Sin embargo, hay un par de detalles cruciales sobre los que descansa nuestro diagnóstico de Ishrail, y se los expondré. Quizá su extravagante inventiva le resulte más atractiva que a mí.

-Un minuto -dijo Davi-. Usted me cuenta esto, y veo en cada palabra que su mente está más cerrada que una ostra de Horby. ¿Era así antes que Ishrail viniera aquí? Porque, en tal caso, el pobre diablo no tenía la menor oportunidad de demostrar nada.

-Está hablando con la túnica abotonada -objetó Shansfor-. Esa actitud no lo llevará a ninguna parte. Trate de...

-Ya no estamos llegando a ninguna parte -rezongó Davi-. Soy un campesino, y me gusta hablar sin vueltas.

-Shansfor -dijo Uatt, entrelazando las manos y volviéndose fatigosamente hacia su colega-. Me temo que no podré hablar con claridad suficiente para nuestro amigo del campo. Tal vez usted pueda encargarse de las explicaciones.

-Por cierto -dijo Shansfor-. Quizá prefiera que antes sirva unos tragos.

-Magnífica idea -dijo el director, ablandándose-, Creo que están escondidos en ese armario extravagante.

Mientras Shansfor cruzaba el salón, Inald Uatt le dijo a Davi, más humanamente:

-Dael, creo que le hacemos un favor al explicarle esto. No estamos obligados a dar explicaciones. Según la ley, Ishrail está ahora en manos de la jerarquía médica. Usted no es pariente de Ishrail. Sólo nos conmueve su lealtad hacia un paciente muy infortunado.

-Me sentiré en deuda con ustedes cuando haya oído el resto -dijo Davi sombríamente-. ¿Cuáles son esos detalles cruciales que mencionó?

Sirvieron un licor de buena cosecha, y dulces perfumados. Shansfor se sentó junto al fuego y acercó las manos delgadas a las llamas.

-Como usted sabrá -comenzó serenamente-, los delirios de una persona neurótica, por elaborados y circunstanciales que sean, revelan ciertas emociones básicas, tales como miedo, amor, ansia de poder. Mirando más allá de los símbolos que una mente trastornada usa para camuflar estas emociones, solemos ver los impulsos con bastante claridad. En este sentido, Ishrail no difiere de ningún caso que hayamos tratado, salvo que sus delirios alcanzan la cima de la inventiva.

»Fíjese en varios detalles. Esta notable civilización a la que Ishrail dice pertenecer abarca diez mil planetas y cinco veces esa cantidad de años-luz... o quizá sean quince mil planetas y diez veces esa cantidad de años-luz. Ishrail no lo recuerda.

-¿Usted lo recordaría? -preguntó Davi-. ¡Dígame cuántas ciudades hay en la Tierra!

-No me refiero a eso -dijo Shansfor-. Trato de mostrarle que Ishrail procuró introducir un factor de complejidad en su mundo inventado. La guerra que según él se está librando también es asombrosamente complicada, como un ajedrez tridimensional ampliado, con

Librodot

oscuras motivaciones y estrictas reglas de caballería. Ishrail se escuda en esta confusión, procurando borrar sus rastros.

-¡Pero una civilización galáctica sería complicada! -gimió Davi-. ¿Por qué no puede suponer que está diciendo la verdad? No tiene motivos para mentir.

-Su motivo es el habitual en estos casos -dijo Shansfor-. Es decir, escapar por completo de la realidad. No puede estar diciendo la verdad porque lo que dice es demasiado antojadizo para que un hombre en su sano juicio lo crea; y también notará usted que ha escogido astutamente una historia que le ahorra la incómoda necesidad de presentar una sola prueba tangible.

Davi hundió la cabeza entre las manos.

-Ustedes andan en círculos -dijo-. Él dijo por qué llegó desnudo, sin ninguna pertenencia.

-Ésa es precisamente mi objeción -dijo Shansfor-. ¡Ishrail puede explicarlo todo! Los interpenetradores que lo trajeron aquí vinieron en silencio y se fueron en silencio, y eran invisibles. No tenemos nada: ni avistamiento de naves, ni marcas en un campo, ni jirones de tela alienígena, ni un anillo hecho de aleaciones extrañas, ni siquiera un emplasto para callos de Aldebarán en el pie. Nada. Sólo una historia estrambótica e infundada. Ni una sola prueba externa.

-Y si tuviera algo, lo desecharía con otra explicación -dijo Davi.

-Pasemos al punto siguiente -dijo Shansfor, mirando con cejas enarcadas al archihermano, que cabeceó comprensivamente-. Fíjese que Ishrail se alistó en las flotas de interpenetración y llegó al rango de almirante.

-¿Sí?

-Megalomanía... y notamos que es recurrente. Aquí se manifiesta en el sol explosivo de las insignias de un almirante. Sí, incluso nos dibujó la insignia. No podía ser un mero soldado, ni un siervo, o lo que ellos tengan. Tenía que ser almirante, almirante de una poderosa flota espacial. Esa veleidad es un rasgo común de la locura.

Davi callaba, eludiendo el desafío de la voz del otro. Su certidumbre se disipaba y ansiaba hablar de nuevo con Ishrail, para sentirse fortalecido por ese temperamento indómito. Estos demonios no podían verlo, pero un hombre como Ishrail no podía ser menos que almirante.

-El próximo punto -continuó Shansfor- es aún más condenatorio. Usted recordará que Ishrail sostiene que el enemigo lo capturó durante esta ridícula guerra. Lo derrotaron. ¿Y le contó Ishrail el nombre de la raza que lo derrotó? ¡Se llama Ishrail! ¡Ishrail fue derrotado por Ishrail!

-¿Por qué le parece tan raro? -preguntó Davi estúpidamente.

Eso fue demasiado para Inald Uatt, que se inclinó hacia adelante, la copa en la mano, apretando las mandíbulas.

-¿Cómo se atreve a hacer esa pregunta? Si intenta insultarnos con su estupidez, demos por terminada esta charla. Ishrail padece... por presentar el asunto en términos comprensibles para usted... de personalidad dividida. Es él mismo, pero también es su peor enemigo. Ishrail contra Ishrail... un hombre dividido contra sí mismo. Es obvio aun para un lego.

-En absoluto -dijo Davi, tratando de contener la furia.

-¡Maldición, pues debería serlo!

-¡En absoluto! -insistió Davi-. Por Dios, Bergharra peleó contra los goraggs en la última guerra. Uno de nuestros hombres más valientes era el capitán de campo Goragg, pero no lo encerramos en una nave de muerdebotones sólo porque tuviera un nombre infortunado. Hubo un silencio helado.

-Creo -dijo Uatt- que el odioso vulgarismo con que usted describe las naves sanatorio ha dejado de ser aceptable aun en las comedias de vodevil.

-No puede desecharlo todo como coincidencia, señor Dael -se apresuró a decir Shansfor, agitando las manos como para silenciar a su superior-. Debe tratar de evaluar esto desde la perspectiva de la curación mental. No creemos en las coincidencias. Déjeme pasar al último punto, donde se encuentra el meollo del asunto.

»La etiqueta de ese increíble conflicto galáctico, sostiene Ishrail, estipula que un almirante o alguien de rango similar sea condenado al exilio vitalicio si es capturado por el enemigo. Como cabía esperar en este caso, el exilio mismo es un asunto complicado, una mezcla de tolerancia y dureza. Borran todo registro del nombre del exiliado, en este caso Ishrail, y lo abandonan en un planeta, absolutamente desnudo. Antes del descenso, le enseñan por medios hipnóticos a dominar el idioma del planeta o país donde será desterrado. Lo cuál absuelve cómodamente a Ishrail de la dificultad de tener que fingir que habla una lengua extranjera.

-¡Usted lo presenta como un mentiroso! -dijo amargamente Davi.

-No -objetó Shansfor-. Ése es un error básico. Estamos convencidos de que él cree sinceramente en todo lo que dice. Pero recuérdelo, y ésta es otra excusa ideal... él no puede hablar la lengua galáctica porque fue borrada cuando sus enemigos le obligaron a aprender la nuestra. Pero el edicto de exilio va mucho más allá. Según Ishrail, se estipuló que los exilados sólo descenderían en planetas ajenos a la federación galáctica, planetas demasiado primitivos para haber desarrollado algo más que los rudimentos de lo que él llama viaje espacial «mecánico»; allí se las ingenian para sobrevivir entre nativos hostiles. En otras palabras, Bergharra, y la Tierra, es la idea galáctica del infierno para Ishrail.

-¿Porqué eso le resulta tan condenatorio? -preguntó Davi.

-¿Por qué? Porque es obviamente el invento de una mente culpable que trata de castigarse infligiéndose un sufrimiento eterno. Es un patrón de conducta que hemos encontrado en ocasiones.

Antes que Davi pudiera recobrarse para responder, Uatt se puso de pie, se acarició la calva, alisándose un cabello imaginario, y habló.

-Ahí tiene el caso Ishrail, Dael. Es una criatura enferma, acuciada por el espectro de la persecución. Confío en que valore, aunque me temo que no lo hará, las grandes molestias que nos hemos tomado en este caso, y la pulcritud con que hemos atado todos los cabos sueltos.

-Aunque Ishrail es convincente -dijo Shansfor, también poniéndose de pie y abotonándose la túnica para poner fin a la reunión-, revela un peligroso desequilibrio. Con franqueza, no hay un solo trastorno de los libros de texto que no esté presente en mayor o menor grado. Y aún no los hemos desentrañado todos. Estas cosas requieren tiempo y paciencia.

-Si damos a la policía un poco más de tiempo para averiguar su origen -dijo con deleite el archihermano-, quizá descubramos que es un vulgar asesino con una amnesia desencadenada por la culpa.

¡Oh, Ishrail! ¡Tú, un vulgar asesino! ¡Por cierto que los nativos hostiles te han apresado en sus redes! Tendrías que haber llegado cincuenta millones de años atrás... los Neandertal habrían demostrado mayor comprensión, mayor misericordia.

Davi movió los ojos y alzó los puños lentamente. La sangre le rugía en las venas como una cascada. Por un instante pensó en arrojarse contra Inald Uatt. Luego lo venció la desesperanza. Bajó las manos.

-Debo ver a Ishrail -dijo estólidamente.

-Eso no será posible -dijo Uatt-. Lo hemos tenido que trasladar a un lugar más apacible. Amenazó con ponerse violento.

-¿Y eso le llama la atención? -dijo Davi. Se abotonó la túnica con dedos tiesos.

El archihermano y Shansfor permanecieron junto al fuego, esperando cortésmente a que se marchara. Davi estaba derrotado: el único hombre que creía en Ishrail mecía el cuerpo con impotencia. Vio el agostado ranúnculo que llevaba sujeto en el pecho. ¡Cómo debía de

Librodot

haber divertido a esa gente! Pero Davi presentía que esa flor era el frágil eslabón que lo unía a la cordura y a la galaxia.

De pronto vio la deliberada crueldad del exilio de Ishrail, la amargura de estar entre gentes sin entendimiento.

-Llamaré a los encargados de noticias de Nueva Unión para ver si me ayudan -dijo resueltamente.

-¡Una idea excelente! La sensiblería y el sensacionalismo son su especialidad -replicó el archihermano, pero Davi se había ido.

Bajó a tientas por una planchada y echó a andar hacia la ciudad. Lo recibió un viento frío, y recordó que había dejado el abrigo de piel en el barco. Ahora era demasiado tarde para volver a buscarlo. Arriba, entre nubes deshilachadas, las estrellas galácticas brillaban con terrible urgencia.

Librodot

6. LOS MILENIOS DE LAS ESTRELLAS

Es imposible calcular cuántas veces la historia de un mundo es alterada por un hecho que parece intrascendente. La fortuna tiene mil rostros ocultos. Dael -y a través de Dael, la Tierra- fue afortunado. Encontró hombres que creían como él, que también pensaban que Ishrail merecía otra oportunidad. Gracias a sus esfuerzos, Ishrail fue liberado. Fue tratado como un hombre cuerdo -aunque no por todos- y su historia fue creída. El relato de su vida, tal como lo había presentado, se convirtió en uno de los documentos más valiosos del mundo, y los cinco gordos volúmenes en un nuevo evangelio de esperanza.

Así el hombre errabundo regresó a la Tierra. Ishrail no lo sabía, pero era un remoto descendiente de los pocos exploradores que mucho tiempo atrás habían afrontado el viaje a las estrellas, en la época de los Milenios de los Robots.

Éste no es lugar para narrar la gradual expansión del hombre por la galaxia; debemos limitarnos a breves y ocasionales vislumbres de la Tierra. Pero algo debemos decir sobre esa expansión, para que el siguiente fragmento resulte más comprensible.

En el siglo veintitrés se lanzó una versión experimental de las naves estelares originales, semejantes a grandes arcas; llamada Perro Grande, partió para Proción; su historia fue trágica. Después de eso, no se lanzaron más naves similares hasta el siglo ochenta. Estos viajes tuvieron cierto éxito.

En los planetas recién descubiertos, que estaban muy desperdigados, los colonos fundaron colonias y lucharon con ámbitos que no estaban preparados para enfrentar; inevitablemente, fue un estímulo. Las colonias florecieron; transcurrieron los siglos; a la vez ellas extendieron pequeños tentáculos hacia lo desconocido. Un mundo tras otro se llenó de vigorosos bípedos.

Pensemos en estos mundos. Pensemos en Galcondar. Galcondar fue colonizado desde Koramandel dos mil años después de que Koramandel fuera colonizado por Luggate III. Los colonos intentaron establecerse en la grata costa de una franja desértica de ese extraño planeta, pero fracasaron a causa de las actividades de rápidos peces voladores.

Estos peces, los assatassi costeros, están equipados con un hocico filoso capaz de atravesar el corazón de un hombre cuando el pez está en pleno vuelo. Durante la mayor parte del año galcondariano, los assatassi costeros se comportan como peces voladores comunes, usando las alas sólo para acciones evasivas frente a los depredadores marinos. En la temporada de procreación, sus hábitos cambian de manera notable. El assatassi es hermafrodita, capaz de fertilizar sus propios huevos; de los huevos surgen pequeños gusanos que se desplazan al intestino del pez progenitor.. Impulsados por este proceso irritante, los assatassi se congregan diez kilómetros mar adentro -la distancia depende de la profundidad del agua- y ejecutan las extrañas contorsiones conocidas como fetlación, tanto en la superficie como bajo el agua. Estos cardúmenes enloquecidos pueden abarcar varios kilómetros cuadrados de mar y contienen cientos de miles de peces. Sus piruetas atraen a varias especies de gaviotas y cormoranes, que revolotean sobre el cardumen, dándose un atracón.

Cuando la densidad de esos bancos llega al máximo, cesa la fetlación. Huyendo por millares, los assatassi se dirigen a la costa, volando a baja altura sobre el agua y alcanzado velocidades calculadas en más de 1.850 metros por minuto. A esa velocidad, chocan contra la tierra y mueren.

Lejos de ser un instinto morboso, esa conducta constituye otro ejemplo de la versatilidad de la naturaleza para perpetuar las especies. La prole del assatassi sólo puede alimentarse de carroña. A resguardo en los intestinos de sus padres, los gusanos

Librodot

sobreviven al impacto que mata al portador y sé alimentan del cadáver paterno mientras se descompone. Cuando el progenitor es devorado, los gusanos se metamorfosean, convirtiéndose en larvas con patas que se arrastran hasta el mar; y así renace el ciclo de los assatassi.

Esta curiosidad menor de la historia natural galáctica surtió un efecto desproporcionadamente grande en el futuro de Galcondar. Los colonos, tras llegar a su tierra prometida, fueron bombardeados por peces de alta velocidad. Por mala suerte, habían escogido la temporada del suicidio para fundar el campamento. Una quinta parte de la colonia resultó muerta o herida por los mortíferos vuelos de los peces. El resto se dividió en dos grupos; uno viajó tierra adentro hacia el norte, y el otro al sur, en busca de un ámbito menos hostil.

Así se fundaron los dos grandes imperios de Galdid y Gal-Dundar. Durante casi doscientos años florecieron sin que hubiera comunicación entre ellos. Cuando se restableció el contacto, fue para gran enriquecimiento de su vida cultural; en el renacimiento que siguió, surgieron muchas nuevas artes, y las naves espaciales (expresión tecnológica de lo que es a menudo un impulso estético) se lanzaron hacia los planetas más cercanos. En uno de esos planetas se descubrió una raza amigable de humanoides, los lapracantes.

El congreso que se celebró entre los sabios de Lapraca y los sabios de Galdid y Gal-Dundar marcó uno de los puntos de inflexión de la expansión interplanetaria. Durante esos congresos se echaron los cimientos de la galingua, la primera lengua cósmica.

Muchos siglos después, una junta que hablaba galingua abandonó a Ishrail en la Tierra.

Cuanto más se estudia el exilio de Ishrail, más interesante resulta el asunto.

Aquí hay dos facetas que requieren atención: primero, la posición de los galácticos ante la Tierra; segundo, el curioso código de guerra establecido entre los planetas «nuevos».

La civilización humana se extendió de planeta en planeta; en el curso de cuarenta millones de años, unos veinte mil mundos llegaron a albergar una gran variedad de asentamientos humanos. Pero -al menos al principio- todos compartían un rasgo: el contacto mutuo era limitado o inexistente. La comunicación a través de una multitud de años-luz era imposible; este factor, junto con la variedad de nuevos entornos, alimentó una diversidad de culturas a partir del tipo original terrícola. Inevitablemente, en estas condiciones, el paradero de la Tierra se olvidó.

Expandiéndose al azar, la progenie de la Tierra dejó atrás su mundo materno. Mientras un mundo tras otro alcanzaba la madurez, la idea de un planeta madre fue desdeñada, distorsionada o mal interpretada. Por otra parte, algunos mundos -Droxy es un claro ejemplo- conservaron la idea de la Tierra como una especie de supermito, y crearon su principal religión basándose en una figura matriarcal. Los artículos de fe droxianos postulaban una suerte de divinidad pastoral femenina llamada Señora Tierra, que había tirado algunas manzanas podridas que le disgustaban; si las manzanas llegaban a crecer como buenos árboles, la Señora Tierra les hacía una visita, perdonando y alabando.

Esos mitos prosperaron, sobre todo en los primeros tiempos. Pero el hombre, aunque en sus períodos reflexivos se comparase con los gusanos de la manzana, en su actitud cotidiana seguía portándose como el dueño de la creación. Aunque se denigrara, seguía conquistando.

Cuando al fin los planetas se unieron en una federación multiplanetaria, la racionalización de los mitos llevó a intentos de encontrar un planeta originario común. El movimiento fracasó, entre otras cosas-porque había cientos de mundos que se llamaban alegremente Tierra, así como otros cuyas leyendas les otorgaban la dudosa gloria de ser el planeta originario.

Al desarrollarse el viaje inmaterial o interpenetrador, la comunicación entre los planetas confederados mejoró de manera notable, pero las relaciones interplanetarias se deterioraron. El hombre -es su fortuna y su perdición- es un animal competitivo. Aunque la guerra interestelar era imposible por diversas razones -la mayoría de las cuales resultan obvias cuando tenemos en cuenta las distancias, proliferó la hostilidad y por consiguiente las relaciones entre los planetas, tanto comerciales como culturales, se malograron. La federación estaba a punto de descomponerse en una dispersión de puestos avanzados provincianos.

A partir de esta crisis surgió la Guerra Galáctica Perpetua, la cual, además de no ser una guerra en el sentido ortodoxo, creó una revolución en el entendimiento humano. La gerontocracia que diseñó esa habilidosa fórmula de unificación reconocía la naturaleza competitiva del hombre, un factor que toda cultura internacional o interestelar debe tener en cuenta o perecer. La inestable historia de cada planeta indicaba que la humanidad se rebelaba contra su destino al tratar de vivir en comunidades pacíficas que al fin caían en guerras bárbaras. Esa situación se invirtió. Al establecer una cultura de guerra perpetua, el hombre tendría la estabilidad y el estimulo que necesitaba para producir los frutos de la paz.

Semejante guerra debía tener reglas estrictas, riesgos moderados, bajas limitadas; sus penas más severas debían afectar a sus participantes más activos, no a los inocentes. Ante todo, sus métodos tenían que ser socialmente valiosos, y su final imprevisible e inaccesible.

La gerontocracia planeó bien. El remedo de guerra comenzó.

Cuando Ishrail fue exiliado en la Tierra, la guerra era tan parte de la vida galáctica como la galingua. Encajaba como un arnés liviano en los asuntos de cada cual, uniendo el universo civilizado tal como una hiedra cubre una secoya gigante. Y así como la hiedra arruina el mejor árbol, esta guerra humanitaria e insoluble estaba destinada a erosionar las culturas más prodigiosas.

Pero en su milésimo milenario, sólo eran visibles las ventajas de la guerra. Es verdad que el comercio y la inventiva habían llegado a un atasco que los galácticos consideraban provisorio; también es verdad que el arte se había reducido a una serie de formalidades, que la política era un mero pasatiempo, que las teologías volvían a reemplazar la piedad natural, que la salvación parecía una meta más valiosa, que el autoconocimiento; pero, según las reglas de la guerra, la federación aún se expandía, y al menos la aventura no había muerto. Aunque las ciudades dormían, siempre había una nueva selva para explorar. Aunque las arterias se endurecían, por ellas circulaba sangre nueva.

Pues uno de los recursos más satisfactorios de la Guerra Perpetua era el sistema que decretaba el exilio de los guerreros derrotados, del que fue víctima Ishrail. Los exiliados, despojados de toda prueba de su anterior modo de vida, eran abandonados en planetas no confederados. Allí tenían que enfrentarse con lo que la ignota vida local podía ofrecerles.

Al cabo de una década, sin embargo, se despachaban inspectores para ver qué había pasado con el exiliado. Con frecuencia había muerto; con frecuencia era señor de una tribu local; en el primer caso, nada se perdía excepto las exequias; en el segundo, se ganaba mucho, pues se ayudaba a los nativos a llegar al punto donde se los podría considerar dignos de unirse a la federación. Cuando los inspectores fueron a buscar a Ishrail después de la década estipulada, lo encontraron vivo; más aún, gozaba de una posición económica privilegiada entre los nativos.

Sé enviaron informes de situación a la Jefatura Galáctica. Circularon estipulaciones, especificaciones y recomendaciones por las solemnes mesas del Consejo Galáctico. Se propusieron mociones, se tabularon hechos, se discutieron estadísticas, se archivaron archivos. El debate llegó a una conclusión. Ishrail ya había muerto cuando se votó para que la Tierra entrara en la federación.

Y aunque se podría decir que en el gobierno se respiraba una atmósfera enrarecida, pocos la habrían olido en otras partes. Para la mayoría de la gente, como siempre, el pasado era sólo la época en que habían vivido sus abuelos, y el futuro significaba las próximas décadas. La esperanza resplandecía por doquier, como la fosforescencia en un mar oscuro. ¿Y por qué no?

Era, una vez más, un tiempo de milagros.

El océano parecía respirar entrecortadamente, como un niño dormido, cuando llegaron los primeros lemmings. En todo el ancho mar no existía el menor indicio de amenaza. Pero los primeros lemmings se detuvieron cautelosamente a orillas del agua, escrutando el mar y mirando en torno con indecisión. Inevitablemente, la presión de la columna que marchaba detrás los empujó hacia las diminutas ondas. Cuando se mojaron las zarpas,` fue como si se resignaran a lo que estaba por venir. Nadando enérgicamente, los líderes de la columna se alejaron de la costa. Los demás lemmings los siguieron, asomando sólo la cabeza por encima del agua. Un observador humano habría dicho que nadaban valerosamente; y sin duda se habría preguntado hacia dónde creían los lemmings que se dirigían, por qué ilusión estaban dispuestos a sacrificar la vida.

El río estaba lleno de embarcaciones. En la proa del acuataxi, Farro Westerby miraba hacia adelante ignorando el tránsito que se desplazaba junto a él. Sus dos compañeros aislacionistas estaban a cierta distancia, en silencio. Farro fijaba la vista en la estructura que se elevaba allá adelante, en la orilla izquierda. Cuando el acuataxi amarró cerca de esa estructura, Farro saltó a la costa; mirando hacia atrás con impaciencia, esperó a que uno de sus compañeros pagara la tarifa.

-Maravilloso, ¿verdad? -comentó el taxista, señalando el extraño edificio mientras se ponía en marcha-. Nosotros seríamos incapaces de construir algo semejante.

-No -dijo Farro inexpresivamente, echando a andar delante de sus amigos. Habían desembarcado en ese sector de la capital llamado Isla Horby Clive. Situado en el centro gubernamental de Nueva Unión, su mayor parte se había cedido un año atrás a los galácticos. En ese breve período, usando mano de obra terrícola para el trabajo más tosco, habían transformado el lugar. Seis de esos grandes edificios irregulares ya estaban concluidos. El séptimo estaba en marcha, una nueva maravilla para el mundo.

-Te esperaremos aquí, Farro -dijo uno de los hombres, extendiendo la mano formalmente-. Buena suerte con el ministro galáctico. Siendo el único aislacionista con buen conocimiento de galingua, la lengua galáctica, representas, como sabes, nuestra mejor oportunidad para exponer nuestra moción de que la Tierra permanezca fuera de la Federación Multiplanetaria.

Mientras Farro le agradecía y aceptaba la mano extendida, el otro hombre, un encorvado septuagenario de voz apagada, aferró el brazo de Farro.

-Y la moción es bastante clara -dijo-. Estos alienígenas fingen que nos invitan a afiliarnos por altruismo. La mayoría se lo traga porque creen que el talento de la Tierra debe ser un patrimonio valioso en cualquier parte de la galaxia. Es posible, pero los aislacionistas sostenemos que deben existir segundas intenciones para que una raza superior reciba a una raza joven de esta manera. Si logras que el ministro Jandanagger te revele sus intenciones, habrás hecho más que suficiente.

-Gracias. Creo que tengo la situación bastante clara -replicó bruscamente Farro, lamentando de inmediato el tono de voz. Pero los otros dos tuvieron el buen criterio de justificar su nerviosismo en ese momento de tensión. Cuando se despidió para dirigirse hacia los edificios galácticos, sus caras sólo mostraban afables sonrisas de despedida.

Mientras Farro se abría paso en la muchedumbre de curiosos que se pasaban el día mirando el crecimiento del nuevo edificio, escuchó los comentarios con interés y cierto desprecio. Muchos hablaban del anuncio relacionado con la afiliación.

-Creo que su sinceridad está demostrada por el modo en que nos han dejado unirnos. Es un gesto inequívocamente amigable.

-Muestran el respeto que tienen por la Tierra. -Es inevitable ver que el futuro será maravilloso, ahora que podemos exportar bienes a toda la galaxia. A todos nos espera una gran prosperidad. -Lo cual demuestra que, por muy avanzada que sea la raza, no puede apañárselas sin los viejos conocimientos de la Tierra. ¡Admitamos que los galácticos han sabido reconocerlo!

El séptimo edificio, alrededor del cual se reunían tantos espectadores ociosos, estaba a punto de completarse. Crecía orgánicamente, como una planta exuberante, a partir de una matriz de metal chato, expandiéndose a lo largo de vigas curvas hasta cubrirlas. Su tinte rojizo parecía imitar el color del cielo.

Alrededor de la base de esta insólita estructura había destiladores, rociadores, excavadores y otras máquinas cuya función Farro desconocía. Brindaban la materia prima de donde el edificio extraía su volumen.

A un costado de esas siete elegantes y exóticas moles se extendía la pista espacial. Allí había otro misterio menor. Los gobiernos terrícolas habían cedido -voluntariamente, cuando olieron los beneficios que podían obtener con la afiliación- cinco centros similares al de Horby Clive en varias zonas del globo. Cada centro estaba equipado como un puerto espacial y unidad educativa donde los terrícolas aprenderían a comprender las complejidades antifonales de la galingua y a comportarse como ciudadanos de una galaxia poblada.

Aun teniendo en cuenta los vastos recursos alienígenas, era un proyecto ambicioso. Según las estimaciones, por lo menos ocho mil galácticos estaban trabajando en la Tierra. Pero en la pista espacial había una sola nave, un exótico poliedro con símbolos arturianos en el casco. En pocas palabras, los galácticos parecían tener muy pocas naves espaciales.

Era un aspecto que merecía investigarse, pensó Farro, mirando reflexivamente las luces inertes que rodeaban el perímetro de la pista.

Las sorteó, eludiendo en lo posible las multitudes, y llegó a la entrada de uno de los otros seis edificios galácticos, de forma tan excéntrica como su hermano inconcluso. Cuando entró, un terrícola con librea gris se le acercó respetuosamente.

-Tengo una cita con el ministro galáctico Janda-nagger Laterobinson -anunció Farro, pronunciando torpemente ese extraño nombre-. Soy Farro Westerby, representante especial de la Liga Aislacionista.

En cuanto oyó «Liga Aislacionista», el recepcionista empezó a tratarlo con frialdad. Apretando los labios, llevó a Farro a un pequeño apartamento lateral, cuyas puertas se cerraron apenas entró Farro. El apartamento, el equivalente galáctico de un ascensor, comenzó a desplazarse por el edificio, viajando hacia arriba en lo que Farro consideró una senda elíptica. Lo dejó en la habitación de Jandanagger Laterobinson.

Poniéndose de pie, el ministro galáctico saludó a Farro con cordial reserva, dándole una oportunidad de evaluar a su oponente. Laterobinson era inconfundiblemente humanoide; en realidad, podría haber pasado por terrícola, salvo por los extraños ojos, muy separados y medio ocultos por la peculiar configuración de un pliegue de piel. Esa variación menor daba a Jandanagger lo que toda su raza parecía poseer: un aire vigilante, tenso y circunspecto.

-Usted conoce la razón de mi visita, ministro -dijo Farro después de presentarse. Hablaba cuidadosamente en galingua, el idioma al que había dedicado meses de penoso aprendizaje; inicialmente, su gran diferencia respecto de cualquier lengua terrícola lo había desconcertado.

-En resumen, usted representa a un conjunto de personas que temen el contacto con las demás razas de la galaxia... a diferencia de la mayoría de sus congéneres terrícolas -dijo Jandanagger con soltura. Expresada así, la idea parecía absurda.

-Preferiría decir que represento a quienes han evaluado la situación actual con más detenimiento que sus congéneres.

-El recién creado Consejo Terrícola-Galáctico ya me ha explicado la perspectiva aislacionista, así que entiendo que usted desea que conversemos personalmente sobre el asunto.

-En efecto.

Jandanagger regresó a su silla, invitando a Farro a sentarse en otra.

-Mi papel en la Tierra sólo consiste en charlar y escuchar -dijo, no sin ironía-. Le encarezco que hable con toda libertad.

-Ministro, represento al cinco por ciento de la gente de la Tierra. Si ese número le parece pequeño, debo señalar que ese porcentaje incluye a algunos de los hombres más eminentes del mundo. Nuestra posición es relativamente sencilla. Usted visitó la Tierra, hace un año, al final de la década de exilio de Ishrail. Después de la investigación, usted decidió que éramos tan avanzados como para ser miembros de la Federación Galáctica durante un período de, prueba. Ello supone ventajas y desventajas; pero, aunque ambas partes obtendrán ventajas, nosotros sufriremos todas las desventajas... y pueden resultarnos fatales.

Haciendo una pausa, escrutó a Jandanagger, pero la expresión alerta y cordial del ministro no le reveló nada. Siguió hablando.

-Antes de exponer estas desventajas, debo protestar contra algo que quizá le parezca una nimiedad. Usted sostiene, y sus estatutos sostienen, que este mundo debe recibir arbitrariamente un nuevo nombre; ya no se llamará Tierra, sino Yinnisfar. ¿Hay alguna razón lógica para adoptar ese nombre extravagante?

El ministro sonrió y se relajó, como si la pregunta le hubiera indicado lo que necesitaba saber sobre su visitante. Tenía en el escritorio un cuenco con golosinas de Nueva Unión; se las ofreció a Farro y, cuando éste se negó, tomó un terrón azucarado y lo mordió antes de responder.

-Conocemos trescientos planetas que se llaman Tierra -dijo-. Todos los aspirantes reciben automáticamente un nuevo nombre cuando ingresan en la Federación. De ahora en adelante, ustedes son Yinnisfar. Sin embargo,'creo que sería más provechoso que discutiéramos las ventajas y desventajas de la afiliación, si de eso desea hablar.

Farro suspiró resignadamente.

-Muy bien -dijo-. Ante todo, las ventajas para ustedes. Tendrán una cómoda base, puerto y sede administrativa en una región del espacio que aún deben explorar y desarrollar. Y cuando se redondeen ciertos convenios, es posible que los terrícolas ayuden a colonizar los nuevos mundos que ustedes esperan encontrar en esta región. Seremos una zona de manufacturación barata para ustedes. Produciremos mercancías tales como plásticos, microts, alimentos y herramientas de núclex que para ustedes será más conveniente comprar que transportar desde sus distantes planetas. ¿Estoy en lo cierto?

-Como usted señala, señor Westerby, la Tierra ocupa una posición clave en el actual plan milenario de expansión de la Federación. Aunque hoy es sólo un mundo fronterizo, al final de ese período quizá sea un mundo clave. Al cabo de diez mil años... bien, su gente está llena de confianza; hay buenos augurios.

-En síntesis, si nos portamos bien, nos darán un ascenso.

El incisivo comentario de Farro sólo hizo sonreír a Jandanagger.

-Uno no llega a celador en cuanto ingresa en la escuela.

-Permítame pues enumerar las ventajas concretas, al margen de las promesas, que obtendrá la Tierra al ingresar en la Federación. En primer lugar, disfrutaremos de beneficios materiales: nuevas máquinas, nuevos juguetes, nuevos artilugios y algunas técnicas nuevas, como el sistema vibromolecular de edificación... el cual produce, si me permite, algunas estructuras de insoportable fealdad.

-Es preciso, señor Westerby, educar el gusto para apreciar los valores estéticos.

-Sin duda. O considerar lo aborrecible como normal. Sin embargo, eso nos lleva a los beneficios no materiales que conlleva la afiliación. Ustedes planean revolucionar nuestros sistemas educativos. Desde el parvulario hasta la universidad, enseñarán costumbres, materias y métodos foráneos; la Tierra no será invadida por soldados sino por docentes... que es el modo más seguro de obtener una victoria incruenta.

Los anchos ojos escrutaron serenamente a Farro, pero aún como si estuvieran detrás de una barricada.

-¿De qué otro modo podemos ayudar a los yinnisfares a convertirse en ciudadanos de una civilización compleja? Ante todo, es esencial que su gente aprenda galingua. La educación es una ciencia y un arte cuyas reglas ustedes ni siquiera han empezado a formular. Es una cuestión sumamente complicada que escapa a toda explicación breve... y yo no podría dar esa explicación, pues no soy especialista en educación; esos especialistas llegarán aquí cuando yo haya terminado mi labor y se haya firmado la carta orgánica de afiliación. Pero, por tomar un ejemplo sencillo, sus hijos comienzan a asistir a la escuela a los cuatro años. Entran en un aula con otros niños y son separados de sus hogares; el aprendizaje se convierte de inmediato en una actividad aislada de la vida, algo que se hace en cierto horario. Y la primera lección es obedecer al maestro. En consecuencia, la educación se considera un éxito cuando los alumnos, en cierta medida, han aprendido a obedecer y han renunciado a la independencia intelectual, y quizá estén en entredicho constante con su ámbito hogareño.

»Nuestros métodos difieren radicalmente. No permitimos que ningún niño ingrese en la escuela antes de los diez años... pero para entonces, gracias a ciertos juguetes y artilugios didácticos con los que se han familiarizado durante años, poseen tantos conocimientos como los niños de ustedes cuando dejan la escuela. Y no es sólo cuestión de conocimiento, sino de conducta, sensibilidad, comprensión.

Farro estaba en desventaja.

-Me siento como un salvaje a quien un misionero le dice que debería usar ropa.

El otro sonrió, se levantó, se le acercó.

-Para su tranquilidad, le aseguro que esa analogía es falsa -dijo-. Usted está reclamando la ropa. Y cuando la use, sin duda admirará el corte.

Con lo cual, reflexionó Farro, ambos seguían en su papel de salvaje y misionero.

-No se ofusque, señor Westerby. Tiene todo el derecho a angustiarse ante el temor de que despersonalicemos su planeta. Pero nosotros ni soñaríamos con hacerlo. Despersonalizados, ustedes no nos sirven de nada. Necesitamos mundos capaces de hacer su mejor aportación personal. Si desea venir conmigo, me gustaría darle una mejor idea de cómo funciona la galaxia civilizada.

Farro se puso de pie. Era un consuelo ser un poco más alto que el ministro. Jandanagger se apartó cortésmente y lo invitó a trasponer una puerta. Mientras atravesaban un silencioso corredor, Farro volvió a hablar.

-Aún no he explicado claramente por qué creo que la afiliación sería perjudicial para la Tierra. Estamos progresando por nuestra cuenta. Con el tiempo, desarrollaremos nuestro propio método para el viaje espacial, y nos uniremos a ustedes en condiciones más igualitarias.

Jandanagger sacudió la cabeza.

-El viaje espacial... el viaje entre distintos sistemas estelares... no depende sólo de la capacidad para construir naves estelares. Cualquier cultura posnuclear puede descubrir ese truco por accidente. El viaje espacial es un estado mental. La travesía siempre es endiablada, y nunca encontrará un planeta, por encantador que sea, que le siente tan bien como el lugar donde nació. Se necesita un incentivo.

-¿Qué clase de incentivo?

-¿Tiene alguna idea?

-Supongo que no se refiere al comercio o la conquista.

Librodot

-No, desde luego.

-Me temo que no sé a qué clase de incentivo se refiere.

El ministro rió entre dientes.

-Trataré de mostrarle -dijo-. Usted iba a explicarme por qué la afiliación sería perjudicial para la Tierra.

-Sin duda su misión lo ha inducido a aprender algo sobre nuestra historia, ministro. Está llena de elementos oscuros. Sangre, guerra, causas perdidas, esperanzas olvidadas, épocas de caos y días en que murió incluso la desesperación. No es una historia que nos enorgullezca. Aunque muchos hombres buscan el bien individualmente, colectivamente lo pierden en cuanto lo encuentran. Pero tenemos una cualidad que siempre nos permite abrigar la esperanza de que el mañana sea mejor: iniciativa. Nunca hemos perdido la iniciativa, ni siquiera en las situaciones más desalentadoras.

»Pero si sabemos que existe una cultura colectiva de varios miles de mundos que jamás podremos emular, ¿qué nos impedirá volver a hundirnos para siempre en la zozobra?

-Un incentivo, por cierto.

Mientras hablaba, Jandanagger lo condujo hacia una habitación pequeña con forma de bumerán y anchas ventanas. Se hundieron en un diván bajo, y la habitación se movió de inmediato. La vertiginosa vista de la ventana cambió y rodó debajo de ellos. La habitación volaba.

-Éste es nuestro equivalente más próximo de los trenes. Circula sobre un riel de enlaces nucleónicos. Sólo iremos hasta el edificio vecino. Hay cierto equipo que me gustaría que viera.

Al parecer no se requería ninguna respuesta, y Farro guardó silencio. Había sufrido un electrizante instante de temor cuando se movió la habitación. En menos de diez segundos volaron a una rama de otro edificio galáctico, volviéndose parte de él.

Encabezando la marcha una vez más, Jandanagger lo acompañó hasta un ascensor que los llevó a un sótano. Habían llegado. El equipo del que Jandanagger había hablado no era muy impresionante en apariencia. Ante una hilera de asientos acolchados había un mostrador sobre el cual colgaba una fila de máscaras semejantes a respiradores, conectadas por varios cables a la pared.

El ministro galáctico se sentó e invitó a Farro a ocupar un asiento contiguo.

-¿Qué es este aparato? -preguntó Farro, incapaz de disimular la preocupación.

-Es un sintetizador de ondas. Convierte muchas longitudes de onda que el hombre no puede detectar por sí mismo, traduciéndolas a paráfrasis que sí puede entender. Al mismo tiempo, presenta impresiones objetivas y subjetivas del universo. Es decir, usted experimentará, cuando se ponga la máscara y yo la encienda, grabaciones del universo realizadas con instrumentos visuales, auditivos y demás, así como impresiones humanas de él.

»Debo advertirle que, dada su falta de entrenamiento, es posible que el sintetizador le ofrezca una impresión confusa. Al mismo tiempo, sospecho que le dará una idea general de la galaxia más cabal de la que obtendría en un prolongado viaje estelar.

-Adelante -dijo Farro, entrelazando las manos frías.

Toda la columna de lemmings se había internado en las quietas aguas. Nadaban en silencio, y su estela comunitaria se disolvía en el majestuoso y suave vaivén del mar. La columna menguó gradualmente a medida que los animales más fuertes se adelantaban y los más débiles se rezagaban. Uno por uno, inexorablemente, los animales más débiles se ahogaron; aun así, mientras sus lustrosas cabezas aún permanecían en la superficie, seguían adelante, los ojos desorbitados fijos en el horizonte lejano y vacío.

Ningún espectador humano, por desprovisto que estuviera de sentimientos antropomórficos, se habría dejado de preguntar cuál era la naturaleza del objetivo que exigía semejante sacrificio.

El interior de la máscara era frío. Le cubría la cara, tapándole las orejas y dejándole libre sólo la nuca. De nuevo sintió una punzada de temor irracional.

-Tiene el interruptor junto a su mano -dijo el ministro-. Apriételo.

Farro apretó el interruptor. La oscuridad lo envolvió.

-Estoy con usted -dijo el ministro con voz serena-. Yo también tengo una máscara, y podré ver y sentir lo mismo que usted.

Una espiral se internó en la oscuridad, taladrando la nada, una nada opaca y sofocante, cálida como carne. De la espiral brotó un racimo de burbujas, oscuras como uvas poliédricas, que se multiplicaban sin cesar, como pompas de jabón. La luz de sus superficies, chispeante y cambiante, urdía una brumosa telaraña que gradualmente velaba esta operación.

-Se están formando células, martilladas en los yunques microscópicos de la creación en una duplicación incesante. Usted presencia el comienzo de una nueva vida -dijo Jandanagger. Su voz sonaba distante.

Como una cortina junto a una ventana abierta, las células temblaban detrás del velo, aguardando la vida. El momento de su llegada no fue perceptible. Pero ahora el velo tenía algo que ocultar; perdía transparencia, la superficie se le cubría de trazos, una especie de propósito ciego le daba un contorno más definido. Ya no era bello.

La conciencia hervía en su interior, un punto minúsculo de instinto exacerbado, sin amor ni conocimiento, un ojo que trataba de ver a través de un párpado de piel. No era inerte, sino que forcejeaba al borde del terror, sufriendo el trauma del devenir, clavando las uñas para no recaer en el abismo infinito de la inexistencia.

-He aquí el trasmundo del que hablan sus religiones -dijo la voz de Jandanagger-. Éste es el purgatorio que todos debemos padecer, sólo que no viene después de la vida sino antes. El espíritu que se convertirá en nosotros debe hollar los miles de millones de años del pasado antes de llegar al presente donde podrá nacer. Casi podríamos decir que había algo que debía expiar.

El feto era todo el universo de Farro; llenaba la máscara, lo llenaba a él. Farro sufría con él, pues obviamente el feto sufría. Las presiones lo laceraban, las irremediables presiones del tiempo y la bioquímica. Se contorsionaba, pasando de gusano a babosa; le crecían agallas y una cola. Era pez, dejaba de serlo, trepaba por la empinada cuesta de la evolución: ratón, cerdo, simio, bebé.

-Ésta es la verdad que olvida aun el hombre más sabio... que ha hecho todo esto.

El entorno cambiaba. El feto se había transformado penosamente en bebé, y el bebé sólo podía transformarse en hombre mediante el aguijonazo de mil estímulos nuevos. Y todos esos estímulos -animales, vegetales o minerales- también vivían a su manera. Competían. Imponían cambios constantes a la criatura humana; algunos, semiconscientes, invadían su carne y se reproducían, creando sus propios ciclos vitales; otros, no conscientes, eran como olas que barrían sin cesar su mente y su cuerpo. No parecía una entidad sino un foco de fuerzas, constantemente amenazado por la disolución.

Tan plena era la identificación entre la imagen y el receptor que Farro creía ser el hombre. Todo lo que le pasaba al hombre le pasaba a él; sudaba y se contorsionaba como el feto, consciente del agua salada que llevaba en la sangre, los rayos que atravesaban la médula de los huesos. Pero la mente era más libre que en la etapa fetal; durante el desgarrador momento de temor en que había cambiado el entorno, el ojo de la conciencia había abierto los párpados.

-Y ahora el hombre vuelve a cambiar de entorno, para aventurarse lejos de su planeta -dijo el ministro galáctico.

Pero el espacio no era espacio, como Farro había pensado. Le pegaba en los ojos como pizarra: no un mero vacío, sino una insondable red de fuerzas, una reptante fusión de tensiones y campos donde las estrellas y planetas colgaban como rocío entre telarañas. Allí

Librodot

no había vida, sólo la misma interacción de planos y presiones que habían acompañado al hombre desde siempre, y por los cuales aun el hombre estaba compuesto. No obstante, sus percepciones alcanzaron una nueva etapa, la luz de la conciencia fue más estable.

De nuevo se extendía, nadando hacia los confines de su galaxia. Alrededor de él, las proporciones cambiaban, resbalaban, se encogían. En el principio, el seno materno era todo, provisto con todas las amenazas y coerciones de un universo en gran escala; ahora se revelaba que la galaxia era más pequeña que el seno materno, una pecera donde nadaba un pececillo, sin conocer la diferencia entre el aire y el agua. Pues no había manera de franquear el abismo que separaba las galaxias: allí no había nada, era un Afuera irremisible. Y el hombre nunca había conocido la nada. La libertad era una condición que no conocía, porque esta condición no existía en su existencia interpenetrada.

Mientras nadaba para subir a la superficie, algo se movió más allá del borde amarillo de la galaxia. Ese algo era apenas visible, pero estaba en el Afuera, alerta y con garras, una criatura con sentidos, aunque insensible. Era mitad visión y mitad ruido, una humeante y morosa serie de estampidos, como una explosión de arterias. Era grande. Farro gritó en la negrura de la máscara, intimidado por ese tamaño y ese furor.

La criatura esperaba al hombre. Se estiraba envolviendo toda la galaxia, toda la pecera, buscando apoyo con flotantes alas de murciélago.

Farro gritó de nuevo.

-Lo lamento -murmuró mientras el ministro le quitaba la máscara-. Lo lamento.

El ministro le palmeó el hombro. Temblando, Farro hundió la cara entre las manos, tratando de borrar el odioso contacto de la máscara. Esa cosa de más allá de la galaxia parecía haber entrado en su mente para alojarse en ella.

Al fin, recobrando la compostura, se puso de pie. Sentía debilidad por todas partes. Se humedeció los labios para hablar.

-¡Conque ustedes nos integran a la Federación para enfrentar eso!

Jandanagger le aferró el brazo.

-Venga a mi oficina. Hay un asunto que ahora puedo aclararle de un modo que no podía aclararle antes. No hemos seducido a la Tierra para que entre en la Federación. Sé cómo ve la situación con sus ojos de terrícola. A pesar de tantas pruebas de la superioridad de los galácticos, usted cree que existe un punto vital donde la Tierra puede ofrecer algo invencible. Se imagina que debe haber algún factor por el cual necesitamos ayuda terrícola, un factor que no deseamos revelar... ¿no es así? .

Farro evitó los ojos entornados de Jandanagger mientras subía en ascensor a la cima del edificio.

-Hay otras cosas aparte de las materiales -dijo evasivamente-. Piense, por ejemplo, en el gran patrimonio literario del mundo. Para una raza realmente civilizada, eso podría parecer invalorable.

-Depende- de lo que usted llame civilizada. Las razas superiores de la galaxia, habiendo perdido el gusto por el espectáculo del sufrimiento mental, no encontrarían demasiados atractivos en las literaturas de ustedes.

Esta discreta reconvención silenció a Farro. Al cabo de una pausa, el ministro galáctico continuó:

-No, lamentablemente ustedes no tienen virtudes sagradas por las cuales nos interese su afiliación. Es totalmente al revés. Los estamos adoptando porque es nuestro deber, porque ustedes necesitan cuidado. Me disculpo por expresarme con tanta rudeza, pero quizá sea lo mejor.

El ascensor se detuvo con suavidad y los dejó en la sala con forma de bumerán. En un minuto regresaron al edificio donde Farro había entrado al principio, con el atestado sector de Horby Clive al pie. Farro cerró los ojos, aún mareado y conmocionado. Por el momento, las implicaciones de lo que había dicho Jandanagger superaban su comprensión.

-No entiendo nada -dijo-. No entiendo por qué es deber de ustedes cuidar la Tierra.

-Entonces ya empieza a entender -dijo Jandanagger, y por primera vez la calidez personal templó su voz-. Pues no sólo nuestras ciencias trascienden las de ustedes, sino nuestras filosofías y disciplinas mentales. Todas nuestras aptitudes mentales están adaptadas semánticamente a la lengua que usted aprendió para conversar conmigo... la galingua.

La habitación volante fue reabsorbida, y volvieron a ser la punta de una hoja en un edificio gigantesco que crecía hacia las nubes grises.

-Sin duda esa lengua es abarcadora y compleja -dijo Farro-, pero quizá mi conocimiento sea demasiado elemental para reconocer esos matices que usted menciona.

-Eso es porque todavía debe aprender que la galingua es algo más que un idioma, que es un modo de vida, el modo mismo de viajar por el espacio. Concéntrese en lo que le digo, señor Westerby.

Confusamente, Farro sacudió la cabeza mientras el otro hablaba; la sangre parecía estar congestionada en la base de su cráneo. Se le ocurrió la extraña idea de que estaba perdiendo el carácter, la identidad. Jirones de sentido, indicios de una mayor comprensión, volaban por su cerebro como serpentinas en la corriente de un ventilador. Mientras trataba de fijarlos, de aquietarlos, su propia lengua dejaba de ser la base de su existencia; su conocimiento de galingua, junto con las experiencias de la última hora, asumían gradualmente un tono dominante. Con los graves ojos de Jandanagger puestos sobre él, comenzó a pensar en la lengua de la galaxia.

Pues Jandanagger estaba hablando, y con creciente rapidez. Aunque los significados parecían claros, Farro tenía la sensación de aprehenderlos sólo en un nivel subliminal. Era como una ebriedad parcial, cuando el vino revela la majestuosa simplicidad del mundo y la mente patina sobre el delgado hielo de la experiencia.

Pues Jandanagger hablaba de muchas cosas al mismo tiempo, cosas cambiantes que no se podían expresar en las lenguas terrícolas, disciplinas mentales disolventes jamás formuladas con voces terrícolas. Pero todas estas cosas hacían equilibrio en una sola frase como bolas de malabarista, realzándose unas a otras.

Pues Jandanagger hablaba de una sola cosa: el ímpetu de la creación. Hablaba de aquello que el sintetizador había expuesto: que el hombre nunca era una entidad aparte, un sólido dentro de un sólido, ni siquiera un flujo dentro de un flujo. Que sólo tenía una identidad subjetiva. Que la materia giratoria de la galaxia era una con él.

Y *también* hablaba de la galingua, que era sólo una representación vocal de ese flujo, y cuyas cadencias seguían la gran espiral de la vida dentro del flujo. Al hablar, le revelaba a Farro lo más íntimo de esos secretos, y lo que antes había sido un estudio formal se convirtió en una orquestación donde cada célula era una nota.

Con desaforada exaltación, Farro pudo responder, fusionándose con la espiral del diálogo. El nuevo idioma era como una gran estupa incorpórea: una ancha base que se asentaba en el suelo del ego, una alta torre que se internaba en el cielo. Por su intermedio, Farro ascendía gradualmente con Jandanagger; mejor dicho, las proporciones y perspectivas circundantes cambiaban, resbalaban, se encogían, como en el sintetizador. Sin la menor alarma, se encontró por encima de las boquiabiertas muchedumbres, elevándose en una espiral etérea.

Poseía una nueva comprensión de las tensiones que impregnaban el espacio. Se remontaba por los planos del universo, y Jandanagger lo acompañaba, compartiendo la revelación.

Ahora entendía por qué los galácticos necesitaban pocas naves espaciales. Sus grandes naves poligonales llevaban sólo material; el hombre mismo había encontrado un modo más seguro de recorrer la pecera de la galaxia

Mirando hacia afuera, Farro vio el lugar donde menguaban las estrellas. Ahí estaba esa cosa con garras, reventando en silencio como vasos sanguíneos. De nuevo lo embargó el temor.

Librodot

-Esa cosa del sintetizador... -le dijo a Jandanagger, a través de su nuevo medio de comunicación-. Esa cosa que rodea la galaxia... si el hombre no puede salir, ¿ella no puede entrar para atacarnos?

Jandanagger calló un largo minuto, buscando las frases indicadas.

-Usted ha aprendido todo lo que aprendió muy rápidamente -dijo-. Mediante el no entendimiento, y luego mediante el buen entendimiento, usted se ha convertido en un genuino ciudadano de la galaxia. Pero sólo ha dado el salto X; ahora debe dar el salto X^{10}. Prepárese.

-Estoy preparado.

-Todo lo que usted aprendió es cierto. Pero existe una verdad mucho más amplia, una verdad más verdadera. En última instancia, nada existe: todo es ilusión, un juego de sombras bidimensionales en la bruma del espacio-tiempo. Yinnisfar significa «ilusión».

-Pero esa cosa con garras...

-Esa cosa con garras es la causa de que nos internemos aún más en la ilusión del espacio. Es real. Sólo es irreal la galaxia tal como usted la interpretó erróneamente antes, ya que es sólo una configuración de fuerzas mentales. Ese monstruo, esa cosa que usted detectó, es el residuo del cieno del pasado evolutivo que aún persiste... no fuera de usted, *sino en su propia mente*. Es aquello de lo que debemos escapar. Y para eso debemos crecer.

Siguieron más explicaciones, pero Farro no las entendía. En un santiamén, vio que Jandanagger, con su afán de experimentar, lo había llevado demasiado lejos con demasiada prisa. No pudo realizar el último salto; estaba retrocediendo, cayendo en la inexistencia. En alguna parte de su interior, comenzó el estampido de arterias que reventaban. Otros triunfarían donde él había fracasado, pero entretanto las airadas garras bajaban hacia él desde el firmamento: para cortar, no para rescatar.

Los lemmings estaban desperdigados sobre una vasta superficie marina. Quedaban pocos integrantes de la columna original; los demás nadadores, aislados unos de otros, se estaban cansando, pero seguían avanzando tercamente en pos del objetivo invisible.

No había nada delante de ellos. Se habían lanzado hacia un mundo vasto -aunque no infinito- sin referencias. El cruel incentivo los impulsaba siempre hacia adelante. Y si un espectador invisible se hubiera preguntado cuál era el lacerante porqué de todo aquello, quizá habría pensado esta respuesta: que esas criaturas no se dirigían hacia una promesa especial del futuro, sino que huían de un espantoso temor del pasado.

Librodot

7. LOS MILENIOS DE LOS MUTANTES

Ver el universo, y verlo entero... Nada en él pertenecía al hombre, pero en aquellos tiempos parecía que él lo había heredado. En la Tierra -o Yinnisfar, como se llamó desde entonces- eran días de optimismo eufórico. Los terrícolas habían ingresado en la Federación y dominaban la galingua, que parecía la clave definitiva de todo.

Se internaron en una galaxia peculiarmente vulnerable a las fuerzas nuevas. Como se ha observado, la civilización galáctica había alcanzado un punto de estancamiento; aunque sus recursos eran inagotables, su iniciativa no lo era. La Guerra Perpetua urdía tramas interminables capaces de movilizar sociedades enteras con el espejismo de una existencia significativa. Los yinnisfares no irrumpieron en un sistema dinámico, sino en una glorificada tierra de sueño.

Los resultados eran previsibles. Durante seiscientas generaciones, los yinnisfares acumularon cada vez más poder. Por medios pacíficos, o por medios muy semejantes a la piratería, ascendieron a los puestos galácticos más elevados, triunfando menos por superioridad intrínseca que por la indiferencia de sus rivales. Era una época paradisíaca, la era del auge de Yinnisfar.

Al pasar los años, mientras Yinnisfar conquistaba mediante el comercio, sus actitudes sufrieron inadvertidamente una modificación. Luego vino el golpe que obligó al hombre a alterar su actitud ante sí mismo. Su visión metafísica del ser había sufrido continuos cambios, pero ahora llegaba el terrible momento en que se veía a sí mismo bajo una luz totalmente nueva, como un alienígena en un entorno hostil.

Por lo demás, este fragmento nos recuerda que, aunque el universo parecía descansar en manos humanas, la humanidad no estaba sola ni libre de observación. Siempre había cosas que podían ver aunque no tuvieran rostro y comprender aunque no tuvieran cerebro.

Fue uno de esos accidentes improbables que pueden ocurrir en cualquier parte. El pesquero submarino *Bartlemeo* se aproximaba al subpuerto de Capverde, a cuatrocientas noventa brazas, cuando tuvo problemas con las máquinas. No soy técnico, así que no puedo describir el fallo con exactitud; aparentemente hay cápsulas de uranio que se desplazan lentamente por las pilas de esas naves, y el mecanismo que dispara las cápsulas usadas hacia los separadores se atascó. En vez de usar el control remoto para solucionar el desperfecto, el jefe de máquinas, un hombre llamado Je Regard, entró para despejar el conducto. Mientras atravesaba las escotillas de inspección, Regard se rasgó el traje protector en un pestillo sin darse cuenta. Pudo reparar el conducto congestionado sin problemas, pero al salir se desplomó, pues había recibido una dosis de radiación casi letal en los riñones.

El *Bartlemeo* no llevaba médico. De inmediato lanzó una llamada pidiendo auxilio.

He dicho que no soy técnico; tampoco soy filósofo, pero en este episodio trivial, que inició tantos siglos de trastornos, veo una imagen eterna: las cosas grandes que comienzan como algo insignificante.

En medio de las cambiantes e inmemoriales arenas del desierto de Sara se yergue la meseta de Ahaggari, hendiendo las dunas como un buque en un mar encrespado. En el linde de la meseta se encuentra Barbe Barber, el Instituto de Meditación Médica, un complejo y antiguo edificio en el suntuoso estilo de la época cincuenta y uno, tan austero como Angkor Wat, tan neutro como el Entreventual Lunar. Rodeado de palmeras que dan sombra a sus anchos y pavimentados caminos, Barbe Barber lanza las torres y los pisos

Librodot

superiores por encima de los árboles para observar el robusto continente donde se yergue, así como sus ocupantes, los médicos, observan el interior del cuerpo, el continente interior del hombre.

Gerund Gyres, enjugándose la frente con un pañuelo, esperaba frente a la escalinata principal del instituto. El aeromóvil que lo había llevado estaba a cierta distancia en el parque. Gerund esperaba humildemente bajo el calor aplastante, aunque era un hombre orgulloso; nunca se permitía que un lego entrara en Barbe Barber.

Al fin la persona que Gerund esperaba apareció en la escalinata. Era su esposa, Cyro. Ella dio media vuelta, como para saludar a alguien, y bajó la escalera. Como siempre que la encontraba allí, Gerund notó que Cyro, al bajar esa escalinata, tenía que hacer un esfuerzo para olvidar el claustro de Barbe Barber y regresar al mundo externo. Mientras él la miraba con angustia y amor, Cyro enderezó la espalda, irguió la cabeza, apuró el paso. Cuando llegó abajo, sus ojos tenían esa familiar expresión de irónico distanciamiento con que encaraba la vida y el matrimonio.

-Es como si no te hubiera visto en semanas -dijo Cyro, besando a Gerund en la boca y rodeándolo con los brazos.

-Es que han sido semanas -protestó él.

-¿De veras? -dijo ella traviesamente-. ¡No parece tanto tiempo!

Gerund le tomó la mano y la condujo al triángulo macizo que era el aeromóvil. El mes de meditación al que Cyro, como médica, debía someterse todos los años era sin duda benéfico para ella; basadas en sistemas de alto ega, las disciplinas de Barbe Barber eran vigorizantes para los cerebros y los cuerpos de las confraternidades médicas del mundo. Cyro lucía más joven y más vital que nunca; al cabo de seis años de matrimonio, Gerund se consideraba una fuente de vitalidad menor que el alto ega en la existencia de su esposa; pero era irracional esperar algún cambio en ese sentido.

Caminando juntos, llegaron al aeromóvil. Jeffy, su sirviente, estaba apoyado en el casco de metal, esperando .con los brazos cruzados.

-Es grato verle de nuevo, doctora Cyro -dijo, abriendo la portezuela para que entraran.

-Lo mismo digo, Jeffy. Estás marrón.

-Totalmente horneado -dijo él con una sonrisa. Había nacido en una lúgubre isla norteña que estaba cubierta de escarcha casi todo el año; el ámbito ecuatorial le sentaba mal. Aunque hacía treinta años que lo habían traído desde esa tierra remota, Jeffy aún hablaba su sencillo dialecto, el angloide; no había logrado dominar la galingua en que Gerund, Cyro y la mayoría de la gente civilizada de la época pensaba y conversaba.

Se sentaron, Jeffy en el asiento del piloto. Era un hombre fornido y lento que se movía morosamente. La mente obtusa no le permitía cumplir otra función que la de sirviente, pero conducía el pesado vehículo con delicadeza.

Jeffy los llevó hacia una de las pistas semicirculares que absorbería los gases de escape. La señal anaranjada se encendió y despegaron en vuelo vertical. Los árboles y las paredes grisáceas de Barbe Barber se alejaron hasta reducirse a un tamaño insignificante en el vasto emparedado de cielo y arena. El aeromóvil apuntó hacia el oeste, en un rumbo que los llevaría a la casa de los Gyres en las islas Puterska, o los habría llevado allí de no ser por ese hombre enfermo que estaba mil metros bajo la blanda superficie del Mar Lánico, un enfermo cuya existencia aún desconocían.

-Bien, Gerund, ¿qué ha pasado en el mundo mientras no estuve? -preguntó Cyro, acomodándose frente a su esposo.

-Nada interesante. Los dualistas desean registrar cada planeta de la Federación. La Ciudad de Investigación de la Barrera ha sido inaugurada con la debida pompa. Y el nuevo trabajo de Pamlira, *Paraevolución*, ha causado un revuelo en el mundo científico.

-Debo leerlo, por cierto -dijo Cyro con moderado entusiasmo-.¿Cuál es su teoría esta vez?

-Es una de esas cosas un poco difíciles de sintetizar -dijo Gerund- pero, en pocas palabras, Pamlira acepta el aspecto Pla-To de la teoría dualista y sostiene que la evolución avanza hacia una mayor conciencia. Las plantas son menos conscientes que los animales, los animales menos conscientes que el hombre, y los hombres vinieron después de los animales, que vinieron después de las plantas. Plantas, animales y hombres son sólo los peldaños iniciales de una larga escalera. Pamlira destaca que el hombre no es plenamente consciente. Duerme, olvida, desconoce el funcionamiento de su cuerpo...

-Por eso existimos los médicos -intervino Cyro.

-Exacto. Como dice Pamlira, sólo ciertos individuos excepcionales, asociados en nuestras actuales órdenes Médicas, pueden participar conscientemente, hasta cierto punto, en la actividad somática.

-¿Y adónde va luego? -preguntó ella, con una sonrisa neutra.

-Sostiene que el próximo paso evolutivo sería una entidad donde cada célula sería consciente, y que la naturaleza quizá ya esté preparada para introducirla en el escenario. Al parecer, nuestra época es propicia para ese nuevo ser.

-¿Ya? -Cyro enarcó las cejas dubitativamente-. ¡Yo diría que aún faltan millones de años! ¿Ya se han agotado todas las permutaciones de que es capaz el hombre?

-Pamlira dedica medio libro a explicar por qué la nueva especie está por llegar -dijo Gerund-. Según él, la evolución se acelera como el progreso científico; cuanto más protoplasma hay disponible para una modificación, antes aparece dicha modificación. En treinta mil planetas, tienes una buena cantidad de protoplasma.

Cyro calló. Un poco compungido, Gerund notó que ella no le pedía su opinión personal sobre el libro de Pamlira, aunque era evidente que él lo había leído. Quizá pensara que su opinión de ecólogo industrial no valía la pena, y ni siquiera tenía el tacto de pedírsela.

-Al margen de cómo sea esta nueva especie superconsciente -dijo al fin Cyro-, el hombre le daría pocas oportunidades de establecer su supremacía... o incluso de sobrevivir. Sería eliminada antes de que tuviese la oportunidad de multiplicarse. A fin de cuentas, no se puede esperar que seamos hospitalarios con los usurpadores de nuestro cómodo lugar en el cosmos.

-Pamlira dice que la evolución se encargaría de eso si quisiera quitar al hombre del paso. La nueva especie contaría con alguna defensa, o arma, que la haría invulnerable frente a la especie que intenta reemplazar.

-¿Cómo? -preguntó ella con indignación, como si él hubiera dicho una tontería-. La evolución es un proceso totalmente neutro... ciego...

-¡Eso es lo que preocupa a Pamlira! -dijo Gerund. Notó que ella consideraba superficial este comentario. Y lo era, pues estaba destinado a ocultar su incertidumbre acerca de lo que Pamlira decía sobre ese punto. *Paraevolución* era un libro enjundioso; Gerund sólo lo había leído por Cyro, sabiendo que el tema le interesaría.

Pronto dejaron de pensar en la paraevolución y su problemática. Jeffy se recortó contra la puerta que separaba la sala de control de la cabina, mientras el aeromóvil sobrevolaba el Sara en piloto automático.

-Tenemos una llamada para un médico -dijo, pronunciando las palabras una por una y mirando a Cyro-. Viene del subpuerto de Capverde, que está a poca distancia. Hay un marino que necesita atención urgente.

-Responderé, desde luego -dijo ella, levantándose para entrar en la sala de control.

La llamada se repetía cuando ella llegó a la radio. Escuchó atentamente y respondió.

-Gracias, doctora Gyres -dijo con alivio el operador de Capverde-. Esperaremos su llegada.

Estaban a sólo novecientos kilómetros de las islas Capverde; ya habían recorrido casi el doble de esa distancia desde Barbe Barber. Mientras Cyro dejaba la radio, el Mar Lánico apareció adelante. En ese desolado paraje de la costa continental, el más triste de Yinnisfar pese a su sol cegador, el desierto llegaba hasta la orilla o, por decirlo de otro modo, la

playa se extendía desde allí hasta Barbe Barber. Atravesaron la línea que separaba el mar de la arena con rumbo oeste-sudoeste. Casi de inmediato las nubes formaron un piso debajo de ellos, cubriendo el globo giratorio.

A los diez minutos, mientras consultaba los instrumentos, Jeffy descendió abandonando los nimboestratos hasta encontrar las catorce islas del archipiélago de Capverde a la izquierda.

-Bien calculado -dijo Gerund. Jeffy tocaba la caja de metal como un niño prodigio ejecutando Britziparbtu en un chelo-órgano; tenía ese don para las máquinas que sólo poseen los lelos.

El aeromóvil se ladeó a babor en Satago y se lanzó hacia el mar en caída vertical. Las aguas grises saltaron a su encuentro como un beso en la cara, hirvieron y los engulleron; la aguja del altímetro dejó atrás el cero y empezó a leer brazas en vez de metros.

Jeffy estaba en contacto de radio con el subpuerto. Balizas instaladas con intervalos de diez brazas los guiaron. hacia la ciudad submarina. Al fin un hangar, suspendido sobre un abismo de cien brazas, abrió su boca de ballena frente a ellos; entraron y las fauces se cerraron a sus espaldas. Potentes válvulas empezaron a succionar el agua del hangar y reemplazarla por aire.

Preparándose mentalmente para lo que vendría, Cyro saltó del vehículo antes que el peón del aspiramóvil pudiera recoger los peces atrapados y secar el piso. Gerund y Jeffy tuvieron que seguirla.

Fuera del hangar, dos oficiales del puerto -saludaron a Cyro.

-Gracias por venir tan pronto, doctora Gyres -dijo uno de ellos-. Tal vez le hayan contado los detalles del caso por radio. El que está en problemas es el jefe de máquinas del pesquero *Bartlemeo*...

Mientras refería los datos, el oficial llevó a Cyro. Gerund y Jeffy hasta un pequeño vehículo abierto. El otro oficial se encargó de conducir, y aceleraron a lo largo de la extraña costa donde, a pesar del ajetreo habitual en un embarcadero, no se veía agua.

Durante siglos la especie humana había visto los mares como una carretera peligrosa o un filón donde hacía rápidas incursiones para la explotación pesquera; luego, tardíamente, se había adueñado de los mares y los había cuidado con el mismo esmero que dedicaba a la tierra, y en realidad ahora eran más criaderos que pesquerías. A medida que más personal iba a trabajar en los desiertos de las profundidades, crecían los subpuertos, ciudades submarinas que se parecían poco a sus equivalentes de tierra firme.

El subpuerto de Capverde, dada su posición favorable en el Mar Lánico y su proximidad a Pequeña Unión, la segunda ciudad de Yinnisfar, había sido uno de los primeros en fundarse. El distrito donde se detuvo el vehículo abierto tenía más de diez siglos. El hospital adonde los condujeron presentaba una fachada derruida.

Adentro encontraron el ámbito monacal típico de los hospitales de todas partes. Desde un claustro, las puertas conducían a una sala de espera, una cocina primitiva, una sala de radio, pequeñas celdas; en una de ellas estaba Je Regard, jefe de máquinas del *Bartlemeo*, con una alta dosis de radiación en los riñones.

Un viejo siervo, encorvado y de barba gris, se anunció como Laslo; estaba de servicio. Aparte de él y el enfermo, ese lugar de olor mohoso estaba vacío.

-Vea qué puede hacer por ese pobre hombre, doctora -dijo uno de los oficiales, estrechando la elegante mano de Cyro mientras se disponía a salir-. Espero que el capitán del *Bartlemeo* llame pronto. Entretanto, la dejaremos en paz.

-Gracias -dijo Cyro con aire ausente. Dio media vuelta, entró en la celda del enfermo y cerró la puerta.

Una vez que ella y los oficiales se fueron, Gerund y Jeffy se quedaron en el claustro sin saber qué hacer. Jeffy se dirigió a la entrada y miró la calle. En ocasiones pasaba un siervo, sin mirar a derecha ni izquierda. Los penumbrosos edificios, muchos de ellos tallados en la roca, parecían las moradas de los muertos.

Jeffy se ciñó el torso con los grandes brazos.

-Quiero ir a casa -dijo-. Este lugar es frío.

Una gota de humedad cayó del cielo raso y le mojó la mejilla.

-Este lugar es frío y *húmedo* -agregó. El guardia de barba gris lo miró en silencio con aire socarrón. Durante largo rato nadie habló. Esperaron sin pensar en nada; su nivel de conciencia era tan tenue como las luces de afuera.

En cuanto Cyro Gyres entró en la celda, se acostó en la cama del enfermo.

Regard era un sujeto voluminoso. Bajo la única manta, su corpachón se mecía al ritmo de una respiración trabajosa. Una barba crecida oscurecía las pálidas papadas. Tendida junto a él, Cyro se sentía como Mahoma yendo a la montaña.

El hecho de que la montaña estuviera inconsciente le facilitaba la tarea. Apoyó el brazo desnudo en el brazo desnudo de Regard y cerró los ojos. Relajó los músculos y respiró más despacio, siguiendo el procedimiento habitual. Cyro redujo el ritmo de sus palpitaciones cardíacas, concentrándose en ese pulso vital hasta que pareció crecer tanto que pudo sumergirse en él.

Se hundió en una bruma opaca y roja, una bruma amorfa, una bruma que se extendía de polo a polo. Pero gradualmente, como un espejismo formándose a lo lejos, aparecieron estrías en la bruma. Mientras su punto de vista descendía, la bruma aumentaba de tamaño; las islas de la sangre subían a su encuentro. Las islas se movían con parsimonia de buitres, expandiéndose, cambiando, alineándose, reordenándose, mientras ella las dejaba atrás. No tenía sentido de la dirección. Allí las dimensiones no implicaban arriba ni abajo; aun la cercanía y la lejanía se confundían ante su vista, que ya no era vista.

Y no sólo había perdido la vista. Al zambullirse en su universo somático había abandonado casi todas las facultades salvo la volición, como un hombre que se quita la ropa antes de zambullirse en un río. No podía pensar, recordar, saborear, tocar, girar, comunicar ni actuar; pero una sombra de todas esas cosas persistía; así como la larva de la libélula, trepando por el junco desde el cieno, lleva una vaga imagen de la criatura en que se transformará, Cyro tenía cierto recuerdo de sí misma como el individuo que había sido. Y ese vago recuerdo la acompañaba gracias a los años dedicados a la meditación médica en Barbe Barber; de lo contrario se habría perdido en esa trampa espantosa, el mundo del propio cuerpo.

Casi sin voluntad, bajó por su propia corriente sanguínea. Era como nadar -¿volar, reptar?- por un pantano sin fin cuyas aguas cubrían la copa de los árboles, poblado de pececillos, caballas y rayas. Era como arrastrarse -¿trepar, flotar?- por un barranco de cristal cuyas paredes titilaban con una luz flamígera y sobrenatural. Un acantilado ondulante sé irguió ante ella.

El acantilado rodeaba el universo, alto como el tiempo, insustancial como muselina, acribillado de agujeros por donde iban y venían criaturas fantasmagóricas. Lo atravesó casi sin resistencia, como plancton sorbido por una esponja.

Había pasado de su lóbulo de conciencia, su psique, al brazo del paciente, el soma de Je Regard.

Su entorno era tan exótico, extraño y familiar como antes. En este nivel celular no podía existir diferencia entre el cuerpo de él y el de ella. Existía una diferencia, sin embargo. Desde los bosques de esa carne, ojos extraños e invisibles la observaban, y una mirada silente y malévola seguía su curso; era una intrusa que se aventuraba en un mundo alienígena, especialmente diseñado para no mostrar piedad con los intrusos. Medusas mortíferas titilaban a su paso, y sólo su andar aplomado mantuvo a raya los poderes defensivos.

Mientras avanzaba, rodeada por corpúsculos semejantes a estrellas, la actividad circundante se intensificó. Una corriente pegajosa la arrastró bajo arcadas, entre ramas, más allá de malezas enmarañadas, a través de redes, y el camino se volvió oscuro y denso;

aunque aún avanzaba, esas cosas semivivas que la rodeaban se alejaban con repulsión, mostrando vibrantes marcas de dolor.

Estaba cerca de los riñones infectados.

Sólo las severas disciplinas de la meditación médica le permitían continuar. La atmósfera era tan turbia y repugnante que era como revolcarse en una alcantarilla. Pero la medicina había descubierto tiempo atrás los poderes de autocuración que hay. dentro del cuerpo; el alto ega y el, yoga en que se basaba había señalado el camino para liberar esos poderes. Hoy, acicateado por la psique de un miembro de la Orden Médica, el cuerpo de un paciente podía regenerarse: desarrollar una nueva extremidad, un nuevo pulmón, un nuevo hígado. Los médicos, buceadores modernos, se sumergían para lanzar las fuerzas de la anatomía contra sus invasores.

Cyro invocó esas fuerzas. A su alrededor, capa sobre capa, hasta el horizonte, las células del cuerpo invadido, cada cual con sus treinta mil genes, aguardaban en silencio, aparentemente desiertas. Lentamente, con renuencia, ante la insistencia de su llamada, acudieron refuerzos, como ratas saliendo de una ciudad en ruinas. *¡El enemigo está adelante!*, les transmitió, internándose en la andrajosa oscuridad. Cada vez se sumaban más a su causa, alumbrando la alcantarilla con sus fuegos internos.

Cosas parecidas a murciélagos acometieron chillando desde el corazón de las tinieblas, fueron abatidas y devoradas; entonces el enemigo lanzó su ataque. Golpeó súbitamente, como una trampa que se cierra.

¡Era uno, era un millón!

No. era algo que figurase en los manuales: era algo ignoto, incognoscible.

Luchaba con leyes y poderes totalmente propios. Era monstruoso, bestial, enigmático, una apetencia con colmillos, un horror con cuernos, recién empollado. Era tan abrumador que Cyro apenas sintió miedo: el embate de lo desconocido puede matar todo salvo la calma. Supo que una partícula radiactiva aleatoria se había sepultado en un gen aleatorio, produciendo -en feroz desafío a las leyes del azar- una célula aberrante, una célula mutante con apetitos insólitos; nada en su entrenamiento la preparaba para comprender esos apetitos.

Esos apetitos habían estado latentes hasta que *ella* se acercó. *Ella* los había activado, despertado. Ella les había insuflado el toque de la conciencia, y de inmediato la célula había aportado una conciencia propia. Y esa conciencia era afán de conquista.

Cyro vio, sintió, oyó que avanzaba en una célula tras otra, un maniático en habitaciones vacías, llenándolas con su rebelión. Las fuerzas curativas que la rodeaban giraron y huyeron, presa del pánico, volando y nadando contra un ventarrón que las debilitaba. También Cyro giró para escapar. Su cuerpo era el único refugio, si podía llegar.

Pero serpentinas con clavos salieron de la oscuridad y la envolvieron. Abrió bruscamente las mandíbulas, ansiando gritar, y su boca se llenó de esponjas; desde allí, pequeñas criaturas se lanzaron dentro de ella en un tumulto triunfal.

Gerund y Jeffy estaban fumando en un banco bajo la mirada de Laslo, el siervo de barba gris. Había tazas vacías junto a ellos; Jeffy había preparado un trago caliente. Ahora esperaban con inquietud la vuelta de Cyro, y esa inquietud crecía a medida que pasaba el tiempo.

-Nunca se tarda tanto -dijo Gerund-. En general sólo necesita cinco minutos. En cuanto ha organizado los poderes de recuperación, regresa.

-Este jefe de máquinas... parecía estar bastante grave -dijo Jeffy.

-Sí, pero aun así... Cinco minutos más y entraré a verla.

-Eso no está permitido -declaró el siervo de barba gris, que prácticamente no había hablado. Lo que decía era verdad. Médico y paciente estaban amparados por un protocolo estricto; nadie podía verlos juntos, a menos que fuera otro médico. Gerund conocía perfectamente esa regla; más aún, era reacio a ver a su esposa en estado de trance, sabiendo

que ese espectáculo sólo serviría para reforzar la barrera que los separaba. Pero Cyro había estado media hora en esa celda; había que hacer algo.

Se quedó allí dos minutos más, antes de levantarse e ir a la puerta de la celda. Laslo también se levantó, gritando airadamente. Cuando iba a interceptar a Gerund, Jeffy le cerró el paso.

-Siéntate o te arranco la nariz -dijo Jeffy sin inmutarse-. Soy muy fuerte y no tengo nada mejor que hacer.

El viejo, echando una mirada a la cara de Jeffy, fue a sentarse dócilmente. Gerund cabeceó, abrió la puerta de la celda y entró.

Una mirada bastó para decirle que algo andaba mal, muy mal. Su esposa y el robusto jefe de máquinas yacían en una cama, tocándose los brazos. Tenían los ojos abiertos y desorbitados como ojos de bacalao, despojados de vida. Pero sus cuerpos estaban vivos. Cada tanto ambos se estremecían convulsivamente. El talón derecho de Cyro golpeó la cama unos segundos, tamborileando en la pata de madera. Su piel se estaba poniendo carmesí, como una mancha; parecía, pensó Gérund, que cada jirón de carne de su cuerpo hubiera sido reducido a pulpa. Por un rato permaneció petrificado de horror y temor, incapaz de recobrar la lucidez y tomar una decisión.

Una cucaracha subió por la pata de la cama. Pasó a poca distancia del pie descalza de Je Regard, que sobresalía de la manta. Cuando pasó la cucaracha, un sector de la planta del pie se convirtió en un pedúnculo delgado como una hoja de hierba; el pedúnculo saltó como una lengua y atrapó la cucaracha, cuyas patas ondularon en el aire. Gerund se desplomó en silencio, desmayado.

La carne tendida sobre la cama comenzó a cambiar más rápidamente. Se había organizado. Patinaba, resbalaba, fluía sobre sí misma con ruidos de succión. La cucaracha fue absorbida. Luego, comprimiéndose, la masa recobró una forma humana: Cyro. Cara, cuerpo, cabello, ojos: todo volvió a ser Cyro, y cada gota de carne adoptó su apariencia. Mientras se formaba la última uña, Gerund se recobró y se sentó.

Quedó pasmado al mirar a su alrededor.

Le había parecido que el desmayo duraba sólo un segundo, pero el paciente había desaparecido.

Al menos Cyro tenía mejor aspecto. Le sonreía. Quizá, después de todo, su desazón le hubiera producido alguna ilusión óptica al entrar en la celda; quizá todo estuviera bien. Pero, al mirar más atentamente a Cyro, su tranquilidad se desvaneció.

Era perturbador. La persona sentada en la cama era Cyro. Sin embargo, cada línea del rostro, cada sutil contorno amado por Gerund, había sufrido una transmutación indefinible. Incluso la textura de la carne había cambiado. Notó que los dedos habían crecido. Y había otra cosa: ella era demasiado grande. Era demasiado gruesa y demasiado alta para ser Cyro, que lo miraba y trataba de sonreír sentada en esa cama.

Gerund se levantó, de nuevo amenazado por la debilidad. Estaba cerca de la puerta. Podía correr, o podía llamar a Jeffy, como le aconsejaba el instinto.

Desobedeció el instinto. Cyro estaba en un apuro, un gran apuro. Gerund tenía una oportunidad, quizá la última, de demostrarle su devoción; si huía ahora, esa oportunidad se perdería para siempre, o eso pensaba, pues Gerund creía que la indiferencia de su esposa sólo se debía a que desconfiaba de su integridad.

Se volvió hacia ella, haciendo caso omiso de su forma temible.

-Cyro, Cyro, ¿qué sucede? -preguntó-. ¿Qué puedo hacer? Dime qué puedo hacer para ayudarte. Haré cualquier cosa.

La criatura sentada en la cama abrió la boca.

-Estaré mejor dentro de un minuto-dijo con voz áspera. Las palabras no coincidían del todo con los movimientos de los labios.

Librodot

Con un suspiro, se puso de pie. Tenía más de dos metros de altura, y era corpulenta. Gerund la miró como hipnotizado, pero con un esfuerzo de voluntad logró extenderle la mano.

-Es mi esposa -se dijo-, es sólo mi esposa:

Pero cuando ella se le acercó, sus nervios cedieron. El aspecto de aquel rostro era demasiado terrible... Giró, demasiado tarde para escapar. La criatura tendió los brazos y lo capturó como si jugara.

En el claustro, Jeffy se estaba aburriendo. A pesar del afecto que sentía por su amo, la vida de sirviente a veces le resultaba tediosa. Bajo el ojo de pescado del viejo guardia, se tendió en el banco, disponiéndose a dormir; Gerund lo llamaría cuando lo necesitara.

Una campanilla sonó en la sala de radio.

Echando una mirada suspicaz a Jeffy, el viejo fue a responder. Jeffy se acostó a dormitar. En un minuto, unas rápidas pisadas le hicieron abrir un ojo. Una forma monstruosa cuyos detalles se perdían en la luz mortecina salió a la calle caminando sobre ocho o diez patas. Jeffy se levantó al instante con la carne de gallina. Corrió a la celda del paciente, asociando instintivamente el monstruo con una amenaza para sus amos.

La celda estaba vacía.

-Oye, ¿qué te propones? -preguntó una voz a sus espaldas. El anciano había regresado al oír los pasos de Jeffy. Miró la habitación. En cuanto vio que estaba vacía, sacó un silbato y lo sopló con todas sus fuerzas.

Juez: ¿Explicas la desaparición de tus amos con la posibilidad de que hayan sido... devorados por el monstruo que sostienes haber visto?

Jeffy: Yo no dije eso, señoría. No sé adónde fueron. Sólo digo que vi que esa criatura salía del hospital, y luego desaparecieron.

Juez: Has oído que en el subpuerto nadie más vio semejante monstruo. Has visto el testimonio de Laslo, el guardia del hospital, donde se afirma que él no vio, semejante monstruo. ¿Por qué insistes con esa historia?

Jeffy: Sólo puedo decir lo que sucedió, ¿verdad? Juez: Se supone que debes decir lo que sucedió. Jeffy: Esto es lo que sucedió. ¡Es la verdad! No tengo ningún secreto, nada que ocultar. Yo quería a mi amo. Nunca le hubiera hecho daño a él... ni a mi ama.

Juez: Muchos sirvientes *expresan* esos sentimientos a la muerte de sus amos. Si eres inocente de esta acusación, ¿por qué intentaste escapar cuando Laslo tocó el silbato para llamar a la policía?

Jeffy: Yo estaba alterado, señoría, ¿comprende? Tenía miedo. Había visto esa cosa, y luego había visto la celda vacía, y luego ese tonto se puso a tocar el silbato. Yo... le pegué sin pensar.

Juez: No actúas como un hombre responsable. Ya hemos oído el testimonio de Laslo, según el cual lo amenazaste con el uso de la fuerza cuando llegaste al hospital.

Jeffy: Y usted me oyó contar por qué lo hice.

Juez: Espero que comprendas la gravedad de tu situación. Eres un hombre simple, así que te lo diré con simpleza. Según la ley de este mundo, estás acusado del doble homicidio de tus amos, y hasta que se recobren sus cuerpos y surjan nuevas pruebas, serás alojado en nuestra prisión.

Había dos modos de subir desde el subpuerto hasta la superficie del Mar Lánico. Un modo era la ruta marina, por la cual habían llegado el Bartlemeo y el aeromóvil de los. Gyres. El otro era la ruta terrestre. Un funicular subterráneo trepaba mil metros de roca desde la ciudad submarina hasta la estación de Praia, capital de la isla de Satago. Jeffy fue llevado a la prisión por ese medio.

La ventana de la celda de Jeffy daba sobre un patio polvoriento protegido por un baobab, y le permitía ver el mar. Era bueno estar de nuevo en tierra, aunque el cielo

encapotado creaba una atmósfera de invernáculo que era particularmente opresiva después del aire fresco del subpuerto; Jeffy sudaba sin cesar. Pasaba buena parte del tiempo en la cama de madera, mirando las vaharadas de calor. Otros convictos salían a hacer ejercicio y hablaban bajo su ventana en el dialecto local, pero Jeffy no entendía una palabra.

Al anochecer del segundo día de confinamiento, Jeffy estaba en su lugar de costumbre cuando sopló viento. Era un viento caliente e insistente. Las pesadas nubes se deshilacharon, dejando ver el azul del cielo por primera vez en días. El jefe de la guardia, un hombre atezado de bigotes inmensos, salió al patio, aspiró el aire aprobatoriamente y se dirigió al asiento de piedra que había bajo el baobab. Después de limpiar el banco con el pañuelo se sentó a relajarse. Encima de la pared que estaba detrás del guardia, algo se movió. Algo parecido a una pitón se desenrolló y empezó a caer en el patio; parecía extenderse sobre la pared como una mancha, pero el espeso follaje del baobab impedía ver bien lo que ocurría. Jeffy tuvo la impresión de que una cortina gomosa incrustada de joyas y estrellas de mar se deslizaba por la pared. Aterrizó detrás del guardia.

Como una serpiente al acecho, la cosa alzó una aleta y la cerró sobre la cara del desprevenido guardia. Luego el resto de su mole resbaló sobre el hombre, sofocándole los forcejeos y cubriéndolo como una capa. Jeffy gritó furiosamente desde su celda, pero nadie respondió. A nadie le importaba: la mayor parte de los guardias estaban en la costa con sus muchachas.

Cuando la cosa se apartó del jefe de guardia, en el banco sólo quedaba un cuerpo blando y achatado. El viento caliente jugaba con los bigotes. La cosa desarrolló dedos y diestramente tomó el llavero del cinturón del muerto. Un segmento se desprendió del bulto principal, que permaneció en la sombra mientras el segmento atravesaba el patio con las llaves. Parecía un taburete animado.

-¡Por Dios! -exclamó Jeffy-. Viene hacia aquí.

Mientras Jeffy se alejaba de la ventana e iba hacia la puerta de la celda, la criatura, de un brinco, apareció detrás de las rejas y arrojó las llaves en la celda. A continuación, saltó dentro.

La cosa cayó poco a poco ante los ojos petrificados de Jeffy, cobrando al fin la forma de Gerund, o una espantosa réplica.

Gerund extendió una mano y tocó a su sirviente como si hiciera un experimento.

-Está bien, Jeffy -dijo al fin, hablando con obvio esfuerzo-. No tienes nada que temer. No sufrirás ningún daño. Agarra esas llaves, abre la puerta de tu celda y ven conmigo a ver al alcaide de la prisión.

Con la cara gris, temblando como una hoja, Jeffy logró recobrar la compostura y obedecer. Las llaves tintineaban en su mano mientras las probaba una por una en la cerradura hasta encontrar la adecuada. Como un hombre hipnotizado, echó a andar por el corredor, seguido de cerca por el falso Gerund.

No había nadie. En un punto un guardia dormía en una silla inclinada, los talones apoyados en la pared blanqueada. No se despertó. Abrieron la gran puerta con rejas del pie de una escalera y subieron a la oficina del alcaide. Puertas abiertas les indicaron el camino hacia un balcón que daba sobre la bahía y los picos centrales de la isla.

En el balcón, a solas como de costumbre, bebiendo vino como de costumbre, había un hombre sentado en una silla de mimbre. Se lo veía pequeño, infinitamente cansado.

-¿Es usted el alcaide? -preguntó Gerund, entrando en la habitación.

-Lo soy -dije.

Me miró largo rato. Entonces comprendí que no era -¿cómo decirlo?- un ser humano común. Parecía lo que era: un ser humano falso. Aun así, reconocí a Gerund Gyres por las fotografías que había hecho circular la policía.

-¿Quieren sentarse? -pregunté-. Me fatiga verlos de pie.

Ni el sirviente ni el amo se movieron.

-¿Por qué ha liberado a su sirviente? -pregunté.

-Lo traje aquí-dijo Gerund-para que usted oiga lo que tengo que decir, y para que usted sepa que Jeffy es un buen criado, que nunca me ha causado daño. Quiero que lo liberen.

Era, pues, una criatura razonable y compasiva. Humano o no, era algo con lo cual yo podía hablar. Muchos hombres con los que debo tratar no tienen razón ni compasión.

-Estoy dispuesto a escuchar -dije, sirviéndome más vino-. Como ve, tengo poco que hacer. Escuchar puede ser aún más grato que hablar.

Y Gerund comenzó a contarme todo lo que he anotado aquí con el mayor esmero posible. Jeffy y yo escuchamos en silencio; aunque el sirviente sin duda comprendía poco, yo comprendí lo suficiente como para sentir frío en las entrañas. A fin de cuentas, tenía junto al codo mi ejemplar del trabajo de Pamlira sobre la paraevolución.

En el silencio que siguió cuando Gerund hubo concluido, el ángelus vespertino nos llegó desde un campanario de Praia; no me produjo alivio, y el viento áspero y tórrido se llevó las notas. Yo ya sabía que llegaba una oscuridad que ninguna plegaria despejaría. .

-Pues bien -dije, en cuanto logré hablar-, como alcaide, lo primero que debo señalar es que usted, Gerund Gyres, ya que así debo llamarlo, es culpable de homicidio: según admite, ha matado a mi jefe de guardia.

-Fue un error -dijo Gerund-. Debe comprender que yo, que soy un compuesto de Je Regard, Cyro Gyres y Gerund Gyres, por no mencionar los muchos peces que absorbí mientras subía a nado desde el subpuerto, creía que podía absorber a cualquier ser humano. No sería muerte; nosotros estamos vivos. Pero su guardia rechazó la absorción. También Jeffy, cuando lo toqué.

-¿A qué lo atribuye? -pregunté con frialdad. Sonrió. Yo desvié los ojos.

-Aprendemos deprisa -dijo-. No podemos absorber humanos que no son conscientes de formar parte del proceso natural. Si se aferran a la anticuada idea del hombre como una especie aparte, sus células se oponen a las nuestras y la absorción no se produce.

-¿Me está diciendo que sólo puede... absorber a un hombre culto? -pregunté.

-Exacto. Es diferente con los animales. Su conciencia es sólo un proceso natural, y no nos presenta ningún obstáculo.

Creo que fue entonces cuando Jeffy saltó por la baranda del balcón hacia los arbustos. Se levantó ileso, y vimos cómo su corpachón se perdía de vista mientras se alejaba a la carrera. Ninguno de los dos habló; yo esperaba que fuera en busca de ayuda, pero si Gerund pensó lo mismo no lo demostró.

-En verdad, no entiendo a qué se refiere -dije, ganando tiempo. Y creo que entonces no lo entendía; en realidad, me sentía tan asqueado que toda la prisión parecía girar alrededor. Ese corpulento seudohombre me causaba un miedo inexpresable. Aunque no temo la vida ni la muerte, ese ser semivivo me provocaba escalofríos de terror-. No entiendo que sólo pueda absorber personas cultas -dije por decir algo.

Esta vez no se molestó en abrir la boca para responder.

-La cultura implica una comprensión más plena. Hoy, culturalmente hablando, existe un solo modo de lograr esa comprensión: la galingua. Yo sólo puedo liberar las células de los que pueden usar esa herramienta semántica, aquellos cuyos enlaces bioquímicos ya se han vuelto maleables gracias a ella. El accidente que sufrió Je Regard libera facultades ya latentes en todo hablante de galingua de la galaxia. Aquí y ahora, en Yinnisfar, se acaba de dar un paso gigantesco... inesperado, pero una culminación inevitable del uso de la galingua.

-Entonces -dije, sintiéndome mejor ahora que empezaba a comprender-, ¿usted es el siguiente paso evolutivo, tal como lo predice Pamlira en *Paraevolución*?

-Simplificando, sí. Tengo esa conciencia total de que hablaba Pamlira. Cada una de mis células tiene ese don, así que soy independiente de una forma fija, ruina de toda criatura multicelular anterior a mí.

Sacudí la cabeza.

-A mí no me parece un avance sino un retroceso -dije-. A fin de cuentas, el hombre es una compleja colmena de genes; usted dice que puede transformarse en células simples, pero las células simples son formas de vida muy primitivas.

-Todas mis células son conscientes -enfatizó-. Ésa es la diferencia. Los genes construyen células y las células constituyen la colmena genética llamada orden para desarrollar sus propios potenciales, no los del hombre. La idea de que el hombre pueda desarrollarse era sólo un concepto antropomórfico. Ahora las células han terminado con esta forma llamada hombre, han agotado sus posibilidades y pasarán a otra cosa.

No parecía haber nada que decir, así que guardé silencio, bebiendo el vino y mirando las sombras que se extendían desde las montañas hasta el mar. Aún sentía frío, pero ya no temblaba.

-¿No tiene nada más que preguntarme? -inquirió Gerund, casi con asombro en la voz. Nadie espera que un monstruo se asombre.

-Sí -dije-. Sólo una cosa. ¿Es usted feliz?

El silencio, como las sombras, se extendía hasta el horizonte.

-Es decir -aclaré-, si yo interviniera en la creación de una nueva especie, trataría de hacer algo más propenso a la felicidad que el hombre. Somos criaturas curiosas, y nuestros mejores momentos ocurren cuando luchamos por algo; apenas lo conseguimos, ya estamos llenos de inquietud. Existe un «divino descontento», sí, pero el divino contento sólo es para las bestias del campo, que inadvertidamente engullen gusanos con la hierba. Cuanto más inteligente es un hombre, más propenso es a la duda; en cambio, cuanto más tonto es, más propenso es a contentarse con su suerte. Por eso pregunto: nueva especie, ¿eres feliz?.

-Sí -afirmó Gerund-. Todavía soy sólo tres personas. Regard, Cyro, Gerund. Los dos últimos han luchado durante años en busca de la integración plena, como hacen todas las parejas humanas, y ahora la han encontrado, una integración más plena de la que era viable antes. Aquello que los humanos buscan instintivamente, nosotros lo poseemos instintivamente; somos la culminación de una tendencia. Sólo podemos ser felices, por mucha gente que absorbamos.

Sin perder la calma, comenté

-Pues será mejor que empieces a absorberme, pues eso debe de ser lo que te propones.

-Con el tiempo todas las células humanas quedarán sometidas al nuevo régimen -dijo Gerund-. Pero primero se debe difundir la noticia de lo que está ocurriendo, para que la gente se vuelva receptiva, para ablandar más lo que la galingua ya ha ablandado. Todos deben enterarse, para que podamos llevar a cabo el proceso de absorción. Ése será su deber. Usted es un hombre civilizado, alcalde; debe escribirle a Pamlira, ante todo, explicando lo que ha sucedido. Pamlira se interesará.

Hizo una pausa. Tres coches se acercaron rápidamente por la calle y entraron por la puerta principal de la cárcel. Jeffy, tenía inteligencia suficiente como para ir a buscar ayuda.

-Supongamos que no colaboro -dije-. ¿Por qué debería apresurar la extinción del hombre? Supongamos que revelo la verdad al Consejo de la Federación Galáctica, y les pido que vuelen esta isla en pedazos. Sería un simple «¡Lárgate!», un sencillo « ¡Al cuerno contigo! ».

De pronto nos rodearon unas mariposas. Al ahuyentarlas con impaciencia, volqué la botella de vino. El aire se llenó de miles de mariposas que aleteaban como papel; el cielo penumbroso estaba cubierto de ellas. Los movimientos más furiosos de mi mano no lograban espantarlas.

-¿Qué es esto? -rugió Gerund. Por primera vez, vi con mis propios ojos cómo perdía la forma mientras creaba otro apéndice para expulsar a las delicadas criaturas. El apéndice brotó de lo que era la oreja y azotó el aire. Sólo puedo decir que sentí náusea. Me costó un gran esfuerzo conservar la compostura.

-Como criatura tan consciente de la naturaleza -dije-, deberías disfrutar de este espectáculo. Son mariposas *Vanessa cardui*, desviadas por millares de su senda migratoria. Vienen aquí casi todos los años. Este viento tórrido, que llamamos *marmtan*, las lleva al oeste por el mar, desde el continente.

Oí que subían los escalones a la carrera. Ellos podrían encargarse de esa criatura, cuyas palabras razonables contrastaban tanto con su intolerable aspecto. Seguí hablando en voz más alta, para que fuera posible tomarla desprevenida.

-No es del todo infortunado para las mariposas. Hay tantas, y sin duda han comido la mayor parte de su alimento en tierra firme; si el viento no las hubiera traído aquí, se habrían muerto de hambre. Un admirable ejemplo de cómo la naturaleza cuida de los suyos.

-¡Admirable! -repitió. Yo apenas podía verlo en medio de esas alas fulgurantes. La partida de rescate estaba en la habitación contigua. Irrumpieron con Jeffy a la cabeza, portando armas atómicas.

-Ahí está -grité.

Pero no estaba. Regard-Cyro-Gerund se había ido. Imitando a las mariposas, se había dividido en mil unidades, planeando en la brisa, a salvo, invencible, perdido en la multitud de brillantes insectos.

Así llego a lo que no es realmente el final sino el principio de esta historia. Ya ha pasado una década desde que aconteció el episodio de las islas Capverde. ¿Qué hice? Bien, no hice nada. Ni le escribí a Pamlira ni llamé al Consejo de la Federación. Con la maravillosa capacidad de adaptación de mi especie, en un par de días logré convencerme de que «Gerund» nunca tendría éxito, o que le estaba sucediendo algo que él había interpretado mal. Y así, año tras año, oigo informes sobre la merma de seres humanos y pienso: «Bien, al menos son felices»; me siento en el balcón, bebo mi vino y me dejo acariciar por la brisa marina. En este clima, y en este puesto, nada más podría esperarse de mí.

¿Y por qué debería entusiasmarme por una causa en la que nunca he creído? Cuando la naturaleza sanciona una ley no hay apelación posible; para sus prisioneros no hay escapatoria, y todos somos sus prisioneros. Así que me quedo tranquilo y bebo otra copa. Hay una sola manera de extinguirse: con dignidad.

Librodot

8. LOS MILENIOS DE LAS MEGALÓPOLIS

Es irónico que los hombres, cuando dejaron de depender de las máquinas gracias a esa herramienta filosomática, la galingua, tuvieran que vérselas con un peligro abrumador del cual la galingua misma era responsable.

No todos enfrentaron este peligro con la fatigada resignación del alcaide. Cuando un hombre encuentra un enemigo, despierta lo mejor y lo peor de él. Encolerizada, la humanidad se lanzó a la lucha. Pero vale la pena señalar que aun en esta crisis hubo muchas personas que adoptaron una perspectiva más amplia y se resignaron -no por indiferencia sino por razones más sutiles- a lo que consideraban un destino inevitable.

Estas razones fueron expuestas con elocuencia por Chize Dutremey, quien escribió quinientos años después de la época de Pamlira, cuando un cuarto de la población de Yinnis far ya estaba asimilada por células que poseían conciencia individual y la compleja estructura de las relaciones estelares se estaba desintegrando.

«La teoría dualista, esa religión aceptada por casi todos los hombres esclarecidos de la galaxia -escribió Chize-, sostiene que dos fuerzas similares pero opuestas, To y Pla-To, crearon el universo. To creó la materia no consciente; Pla-To, que vino más tarde, creó la materia consciente. Esas dos fuerzas se tratan con hostilidad, en el mejor de los casos con indiferencia. Pla-To es de lejos la menos poderosa, pues la materia consciente siempre depende en cierta medida de la no consciente.

»Los objetivos de las dos fuerzas son tan opuestos como su naturaleza. En la medida en que el hombre puede comprender a To, sus objetivos se pueden resumir en la palabra resistencia. To debe resistir a través de la materia que ha creado, perpetuándose en la perpetuación de esta materia; sólo Pla-To se opone a esa perpetuación.

»Las fuerzas conscientes de Pla-To son infinitamente más débiles que las de su oponente. Por lo pronto, la naturaleza misma de la conciencia es transitoria, pues la conciencia supone desarrollo, el que a su vez supone decadencia. Más aún, los objetos conscientes son fácilmente vencidos por los no conscientes: inundaciones, terremotos, novas. Y no sólo vencidos, sino totalmente destruidos; y en esa destrucción, convertidos en objetos no conscientes.

»Pla-To tiene una sola defensa eficaz contra las vastas huestes de la nulidad. La materia total del universo es finita y (al cabo) agotable; las fuerzas de To, pues, no pueden aumentar. Las fuerzas de Pla-To, en cambio, pueden multiplicarse, pues la vida y la conciencia se crean a partir de lo no consciente, y por consiguiente pueden crecer a expensas del enemigo. El hombre es uno de los mejores instrumentos de Pla-To, pues a través de él la conciencia se propaga de planeta en planeta, extinguiendo la nulidad.

Así se expresó la pensadora Chize Dutremey al exponer la teoría dualista. En síntesis, se puede decir que la sensibilidad plena contribuía a la plenitud del bien, mientras que el triunfo pleno de To significaría el mal de la insensibilidad plena. Muchos hombres se apresuraron a observar que la evolución de las células conscientes era un gran paso hacia la derrota de To, y representaba un aumento de sensibilidad: por cada pequeño faro llamado hombre, ahora habría millones de lucecillas-arrojadas contra las tinieblas de To.

La teoría dualista fue la primera religión galáctica. Desde su concepción en el mundo central de Rolf, se erguía ante los hombres con la altivez de un monte, tan distanciada de las cosas mundanas como un cerro de Plutón. Reconocía la vida y el final de la vida; reconocía el frío de la noche y la longitud de su resistencia; reconocía la brevedad del día y su belleza. Sabía que más allá de toda alegría se extendía un telón de algo demasiado cruel para llamarlo pena, demasiado noble para llamarlo desdicha; que la carne era una

Librodot

exhalación que duraba un minuto, pero que en ese minuto, ese tiempo para la acción, radicaba toda la verdad existente. Era una religión galáctica, difícil de comprender y desalentadora cuando se comprendía, y por esa razón fue adoptada por los auténticos adultos de esos tiempos. No les ofrecía ningún fulgor más allá de la tumba, ni hablaba de las áureas voces de otras esferas; no otorgaba recompensas por la virtud ni castigos por la debilidad. No tenía tabernáculos. Nadie decoraba sus altares con flores, nadie recitaba sus fundamentos con música altisonante. Pero su austera verdad infundía hondura y fortaleza en el corazón.

En consecuencia, los creyentes no temían demostrar que la teoría dualista ponía poco énfasis en el hombre y sus glorias. El hombre era un accidente en la senda de Pla-To hacia la conciencia plena. La unidad consciente primaria era la célula. Ahora que había aprendido a valerse por sí misma, abandonaba ese agrupamiento llamado hombre, al que se había apegado tanto tiempo, tal como el hombre había abandonado tiempo atrás la estructura tribal necesaria en sus días primitivos. Los creyentes no se consideraban con derecho a oponerse a un paso que según su fe promovía los objetivos de Pla-To.

Todo lo cual, para muchos hombres, apestaba a estupidez y suicidio. Al margen de sus teorías, en la práctica creían en la supervivencia del hombre, y particularmente en la de ellos mismos.

Se prohibió el uso de la galingua. Eso significaba el cercenamiento de los estrechos vínculos que unían la confederación planetaria. Aun la Guerra Perpetua perdió ímpetu, cesando por completo en muchas regiones. Aunque el viejo sistema «sólido» de viaje espacial mediante naves se reintrodujo lentamente, la galaxia -como el hombre mismo- comenzó a desintegrarse en partículas individuales.

Se declaró la guerra contra la célula conquistadora. Sería ante todo una batalla defensiva. Al mismo tiempo estalló el conflicto religioso, y los no creyentes lucharon contra los teóricos que, como hemos visto, tenían que oponerse a los que consideraban como involuntarios agentes de To.

Con el tiempo los creyentes fueron diezmados. Las legiones que los derrotaron, impulsadas por el miedo, no daban cuartel; vestidas con llamativas armaduras antibióticas que les brindaban cierta protección contra las células errantes, llenaron de muerte sus amenazados mundos.

En Yinnisfar, la lucha fue particularmente cruenta, y sólo menguó cuando la amenaza de las células dejó de ser una preocupación vital.

Se introdujeron muchos modos de combatir esa amenaza, pero el más efectivo era el aerostomas. El aerostomas representaba una combinación de To y Pla-To. Eran criaturas volantes semiconscientes hechas de pirocato 12, un material maleable y capaz de acatar órdenes mentales. Los aerostomas, poco más que estómagos voladores, sobrevolaban la tierra y el mar de cada planeta amenazado por la desintegración celular, tragando las células errantes, comprimiéndolas y sofocándolas. Al no ser de origen celular, los aerostomas eran inmunes a la desintegración.

Un nuevo orden principesco surgió en Yinnisfar: los hombres triunfantes, que marchaban como caballeros a combatir con el enemigo invisible, los aerostomas posados en los hombros o rondando en el aire.

Los hombres triunfantes eran recios y valientes; en los milenios que siguieron, se convirtieron en leyenda, y la leyenda quedó encarnada en Thraldemener. Las hazañas de Thraldemener fueron muchas y sus victorias frecuentes, aunque es indudable que la tradición ha exagerado sus proezas.

No sabemos si la humanidad habría logrado derrotar a un enemigo que engrosaba sus filas a expensas de la humanidad. Una rápida forma de cáncer destruyó las células. En su lucha por la supervivencia, se habían excedido. Como nueva forma de vida, eran inestables, y su inestabilidad fue su perdición. Cuando incorporaron materia enferma a sus filas, no tenían manera de combatirla. Las células cancerosas eran un enemigo voraz

entre ellas, y mutilaba, destruía y eliminaba. Un día el hombre despertó y descubrió que volvía a ser amo de sus mundos, y sólo una delgada capa de ceniza en los prados marcaba el fin de uno de los experimentos más extraños de la naturaleza.

Éste no es lugar para describir detalladamente la reconstrucción de una galaxia confederada, proyecto que el hombre llevó a cabo con tanto salvajismo como desesperación. Tardó más de un millón de años, pues había perdido el viejo ímpetu. Había aprendido una nueva lección: que podía ser reemplazado desde dentro, que aun en su hora de triunfo esos ajedrecistas cósmicos, To y Pla-To, lo consideraban un mero semillero de futuros experimentos. La Federación se remendó, pero ninguna sutura podía devolverle la antigua confianza.

Yinnisfar, que había estado bajo el régimen de la galingua por un período mucho más breve que la mayoría de sus planetas hermanos, disponía de naves espaciales sólidas. Con ellas pudo obtener el liderazgo en el comercio galáctico. El espíritu de su gente, templado bajo el régimen de los hombres triunfantes, le permitió competir con sus rivales más mercenarios.

Sus bancos se hinchaban como vientres sobrealimentados. Sus mercaderes usaban pantuflas de oro. La ciudad de Nunion se expandió y se deformó como un pitón ahíto. Mamón estaba de vuelta en su trono, y el siguiente fragmento refleja sólo una pequeña parte de su rostro.

La poderosa criatura se tambaleaba. El último disparo del cazador le había dado justo entre los ojos. Con sus gráciles cincuenta toneladas, la bestia se irguió sobre la copa de los árboles con un trompetazo de agonía. Un sol bello y siniestro la alumbró por un instante de equilibrio, como un inmenso cisne, antes de que cayera -muda, sin más protestas de bruces en la maleza.

-He aquí otro triunfo del Invencible Hombre -proclamó el comentarista-. En este planeta, como en otros, toda la vida termina por prosternarse ante un hombre de Yinnisfar. Sí, cada uno de estos monstruos habrá muerto cuando...

Alguien advirtió al proyeccionista que acababa de llegar alguien para usar la sala, y el proyeccionista, presa del pánico, cortó todo. La imagen tridimensional se disipó, el sonido se esfumó. Las luces se encendieron y mostraron a Gran Chelo de Sólidos Supernova de pie junto a la entrada.

-Esperamos no molestar-dijo Gran Chelo, mientras todos se apresuraban a marcharse.

-En absoluto, Chelo 69 -respondió un subdirector-. Solidificaremos esta película mañana.

-Detesto interrumpir -dijo blandamente Gran Chelo-. Pero Rapsodia 182 tiene algo para mostrarnos. -E hizo una seña, no desprovista de amenaza, a la figura delgada de Harsch-Benlin, conocido como Rapsodia 182 entre los íntimos de Supernova.

Dos minutos más tarde, hasta el último lacayo había huido de la sala, cediendo el terreno a los invasores.

-Bien, Rapsodia, veamos qué tienes para mostrarnos -comentó pesadamente Gran Chelo, apoyándose en una butaca.

-Sí, G. C. -dijo Harsch-Benlin. Era uno de los pocos hombres de Supernova que podía llamar al jefe por sus iniciales en vez del nombre unido. En una parodia de atletismo saltó al estrecho escenario que había frente a la pantalla y sonrió a su público. Consistía en veinticinco personas, y Rapsodia conocía a la mitad sólo de vista. La concurrencia se dividía en cuatro grupos: el jefe y su camarilla, la camarilla de Rapsodia, encabezada por Ormolu 3, algunos representantes de Libretos y Mercadeo con su camarilla, y el cupo habitual de atractivas encargadas de grabación.

-La idea se centra en un sólido -empezó Rapsodia- que dará gran impulso a Supernova, porque tendrá nuestros estudios como fondo, y algunos de nuestros empleados como actores. Al mismo tiempo, producirá gran impacto en materia de dramatismo humano y

Librodot

atracción de público. No sólo eso... está ambientado en Nunion, la mayor capital planetaria de la galaxia.

Rapsodia hizo una pausa melodramática. Varios miembros del público encendieron afrodisillos. Todos guardaban silencio.

-Veo que todos se preguntan -dijo Rapsodia, ensayando una sonrisa- cómo pienso meter tantos elementos en un sólido de dos horas. Les mostraré.

Alzó la mano con elocuencia, haciéndole una seña al proyeccionista. Un sólido apareció en la pantalla.

Era la cara de un hombre. Un hombre de casi cincuenta años. Los años habían resecado la carne pero habían logrado revelar, bajo la fina piel, la nobleza de la estructura ósea: la alta frente, la firmeza de los pómulos, la energía de la mandíbula. Decía algo pero el sonido estaba apagado, de modo que los rasgos hablaban por sí mismos. Ese semblante era gigantesco junto a Rapsodia 182.

-Esto, damas y caballeros -dijo Rapsodia, cerrando y extendiendo los puños-, es la cara de Ars Staykr.

Los espectadores se irguieron en las butacas, mirándose, evaluando el clima de opinión. Rapsodia, deliberadamente, había llamado a Staykr por su nombre verdadero y no su nombre unido. En los grandes combos como Supernova era costumbre referirse a la gente por su nombre de distrito y manzana. Eso no sólo servía para presentar un frente unido y confundir a los extraños, sino para identificarse económicamente ante la gente de la empresa, pues los distritos de Nunion eran islas divididas según su opulencia. Había que ser un magnate para vivir en Chelo, mientras que en Cuero y Goteo sólo vivían los vagos.

Ars Staykr había sido un individualista. Por algún motivo, su nombre unido -Bastión 44- nunca había sonado demasiado apropiado, como ahora enfatizaba Rapsodia. Feliz con la reacción del público, continuó:

-El rostro de un gran hombre. ¡Ars Staykr! Un genio conocido sólo por un círculo reducido, aquí en el estudio donde trabajó. Pero todos los que lo conocieron lo admiraron y... sí, también lo amaron. Yo tuve el honor de ser su mano derecha en los tiempos en que era jefe de Documental Dos. Planeo este sólido como una biografía... un tributo a Ars Staykr, Bastión 44.

Hizo una pausa. Si lograba convencer a Gran Chelo y compañía, habría triunfado, porque si promovía a Ars Staykr también promovería a Harsch-Benlin, hasta que el antiguo Rapsodia estuviera cómodamente instalado en los niveles Chelo.

-¡Staykr terminó en el albañal! -exclamó alguien. Era Campo Estelar 1337, un alborotador.

-Me alegra que alguien lo mencione -continuó Rapsodia, humillando a Campo Estelar con la deliberada omisión de su nombre-. Staykr terminó en el albañal. No pudo sobrevivir. Este sólido mostrará por qué. Mostrará la fibra que se necesita tan sólo para conservar la cordura en Nunion. Mostrará la fibra que se necesita para servir al público como lo hacemos nosotros... porque, como decía, no sólo será un sólido sobre Ars Staykr, sino sobre Supernova, y sobre Nunion, y sobre la Vida. En síntesis, lo tendrá todo.

El dulce rostro desapareció de la pantalla, dejando la pequeña figura de Rapsodia a solas en el escenario. Aunque delgado al extremo de ser enjuto, Rapsodia no se cansaba de consumir tabletas para adelgazar, por el gusto de que sus subalternos lo llamaran «larguirucho», que parecía ser un término afectuoso.

-¡Y la belleza de ese sólido -continuó dramáticamente- es que ya está a medio hacer! Escrito, dirigido; solidificado.

Las imágenes empezaron a crecer en las insondables honduras del cubo. Un objeto intrincado y encantador, semejante a la ampliación de un copo de nieve, parecía aproximarse al público. Creció, adquiriendo detalles, volviéndose más complejo, hasta que cada diminuta ramificación tuvo otras ramificaciones. Gracias a un hábil trabajo de cámara, evocaba una criatura orgánica; el punto de vista descendente, cada vez más lento,

Librodot

reveló al fin que era una creación de hormigón, impermeb y ferrolina donde el hombre había forjado edificios y avenidas, niveles y laberintos, que apuñalaban el aire o se hundían en la tierra.

-Ésta es la ciudad fabulosa -declaró Rapsodia-, *nuestra* ciudad fabulosa, la ciudad de Nunion. Nunion, filmada por la Unidad Dos cuando Staykr estaba en la cima de su talento, hace veinte años. Este sólido iba a ser su mayor obra; nunca se completó, por motivos que explicaré más tarde. Pero los dieciséis rollos de catogel no editados que dejó como su máximo legado han permanecido en nuestras bóvedas desde entonces. Los exhumé el otro día.

»Ahora callaré unos instantes. Les pediré que se reclinen para apreciar la espléndida belleza de estas . tomas. Les pediré que traten de juzgarlas por su valor estético y su atracción taquillera. Les pediré que se relajen y observen una obra maestra en la cual tuve el honor de participar.

La imagen siguió bajando de manera gradual: las torres más altas, los niveles aéreos, las explanadas para peatones (humanos y ahumanos), los estratos de transporte y servicios, el piso, el pavimento de impermeb. En ese punto una guía de tráfico de cristal convexo reflejó en miniatura ese largo descenso de la cámara desde el cielo. Luego el foco cambió lateralmente, centrándose en las botas bermejas de un oficial de flujo.

Casi inadvertidamente, un comentario comenzó a acompañar la imagen. Era un típico comentario Unidad Dos: sereno, tranquillo, dicho en la voz de Ars Staykr.

-De los setenta mil planetas que ocupan la única galaxia habitada por el hombre, no hay ciudad más vasta ni diversa que Nunion -decía el comentario-. Se ha vuelto leyenda para los hombres de todas las razas. Es imposible describirla sin recurrir a estadísticas y cifras, y esto equivale a perder de vista la realidad; los invitamos a explorar parte de esa realidad con nosotros. Olvidemos los datos y las cifras: miremos en cambio las flujovías y las mansiones y, ante todo, a los individuos que integran Nunion. Miremos y preguntemos: ¿cómo se encuentra el corazón de una gran ciudad? ¿Qué secreto nos espera en su núcleo?

Nunion había crecido sobre las diez islas de un archipiélago en la zona templada de Yinnisfar, extendiéndose desde el continente cercano. Quinientos puentes, ciento cincuenta subflujos, sesenta rutas de heliplano y un sinfín de ferribotes, góndolas y veleros conectaban los once sectores y cuarenta y cinco distritos. Avenidas de árboles naturales o policáticos bordeaban los canales o seguían las infinitas calles, y en algunos sitios -lugares céntricos como el Monumento a Ishrail- florecía el raro y encantador jenny-merit, recién importado. La cámara sobrevoló el Puente de Amatista Clive y se detuvo ante la primera manzana más allá del canal. Un joven salía de esa manzana, saltando los peldaños de la escalinata de tres en tres. En su cara se mezclaban el ímpetu, el triunfo y la alegría. Apenas podía contenerse, y caminaba con eufórica prisa. Era el joven de cualquier ciudad grande: el hombre que estaba por dejar su impronta, anotar su primer tanto, desbordante de confianza y entusiasmo. Era la encarnación del impulso que había llegado a setenta mil planetas y soñaba con setenta mil más.

El comentarista no dijo eso. La imagen lo dijo por él, mostrando la arrogancia del joven, la sombra angulosa, nítida e inquieta en la acera. También nítida e inquieta, la escena cambió, y las sombras angulosas se convirtieron en formas angulosas. Por, los miles de millones de kilómetros de tuberías que eran las venas y desagües de Nunion nadaban las formas cambiantes y fantasmagóricas de los seudoleucocitos. Con estremecedora movilidad, buscaban sus presas en las cloacas de la megalópolis, ingiriéndolas, limpiándola. Ocultos a los ojos humanos, esos fantasmas semivivos satisfacían sus necesidades, que a su vez satisfacían las de la ciudad.

Otros servidores de la capital desfilaron por el vacío ilusorio del cubo. Los sirvientes ahumanos, que al ser inmunes a la radiación dura se encargaban del aire acondicionado universal. Los cerebros electrónicos de Campo Estelar. El cultivo cerebral humano de Melocotón Bósforo, que gestionaba dos mil millones de decisiones por día. Los Zombis de

Librodot

las Centrales de Comunicaciones, donde nervios energizados encauzaban con obtusa precisión los mensajes de cada distrito.

Las imágenes eran brillantes y claras, sin ser literales.

No se usaban comentarios, pues no eran necesarios. Pero Rapsodia 182 no podía quedarse callado. Se adelantó, de modo que su silueta se perfiló contra el sólido.

-Así era Staykr -dijo-. Siempre buscando lo que él llamaba «el detalle exacto, revelador». Tal vez por eso no llegó más lejos; nos enloquecía buscando ese detalle.

-Ésas son sólo tomas de una gran ciudad -declaró con impaciencia un hombre de Libretos-. No es la primera vez que vemos este tipo de cubaje, Harsch. ¿Adónde va todo esto?

-Usen los ojos. Vean el diseño en gestación -respondió Harsch-. Así era Staykr; él dejaba que la cosa evolucionara, sin imponer un diseño previo. Observemos la toma siguiente, como ejemplo de sutil comicidad...

Jóvenes amantes llegaban por un canal de Bastión en una barca motorizada. Amarraban, bajaban a la costa y caminaban tomados del brazo por una vereda de mosaicos, hasta el café más cercano. Charlaban animadamente mientras buscaban una mesa. La música de fondo cambiaba de ritmo; la cámara dejaba a los amantes para concentrarse en los meseros. Su impecable atención contrastaba con la apatía con que mostraban en la sordidez y confusión de las cocinas. Después las cámaras seguían a un mesero al distrito subterráneo de Cuero, donde se sumergía en una bañera de diraco de dos créditos y se dormía.

-¿Entienden la idea? -preguntó Rapsodia a su público-. Ars Staykr escarba. Arranca un estrato tras otro de la ciudad más poderosa de todos los tiempos. Antes de terminar, veremos lo que descubrió en el fondo.

Ni por un instante había apartado los ojos de Gran Chelo, cuyo rostro parco estaba parcialmente oculto por humo de afrodisillo. El jefe cruzó las piernas; eso podía ser malo, quizá un signo de impaciencia. Rapsodia, que había aprendido a ser sensible a esos detalles, consideró que era momento de intentar un sondeo directo. Acercándose al borde del escenario, se inclinó hacia adelante y dijo con tono seductor:

-¿Cómo vamos, G. C.?

-Todavía estoy sentado aquí -respondió Gran Chelo. Se podía considerar una respuesta relativamente entusiasta.

-Los que no tuvieron el privilegio de conocer a Ars -continuó Rapsodia- se preguntarán qué clase de hombre podía revelar una ciudad con semejante genio. Para no tenerlos en vilo, les contaré. Cuando Ars realizaba su última filmación, yo era sólo un joven que se iniciaba en el negocio de los sólidos. Aprendí mucho de él, no sólo en la técnica sino en cuestiones de sencilla y cotidiana humanidad. Ahora veremos un tramo de película donde un camarógrafo de Unidad Dos filmó a Ars sin que él lo supiera. Creo que lo encontrarán... conmovedor.

De pronto el sólido pareció llenar toda la visión de los espectadores. En una esquina de uno de los muchos puertos estelares de Nunion, Ars Staykr y varios miembros de su equipo de documentalistas almorzaban sentados contra restos de equipo de oxigenación. Ars tenía sesenta y ocho años y dejaba atrás su madurez. El cabello le caía sobre los ojos. Devoraba un gigantesco emparedado de kyfeff y hablaba con un joven que lucía un corte espacial en el pelo. Mirando el sólido, Rapsodia identificó con cierto embarazo a su yo más joven.

-Recuerden que esto se filmó hace veinte años -dijo.

-En aquellos tiempos no eras tan larguirucho -comentó un espectador.

Ars Staykr estaba hablando.

-Chelo 69 nos ha dado la oportunidad de hacer esto -decía-. Tratemos de aprovecharla. En una ciudad de este tamaño cualquiera puede encontrar caras interesantes, o elaborar patrones valiéndose de ángulos arquitectónicos, con la ayuda de un ruido de fondo. Probemos algo más profundo. Lo que quiero es encontrar qué hay en el corazón de la metrópolis más grande jamás conocida por el hombre.

Librodot

-Supongamos que no hay corazón, Staykr -señaló el joven Rapsodia. (En aquellos tiempos era sólo un habitante de Tigre.)-. Es decir... se habla de hombres y mujeres sin corazón. ¿No será ésta una ciudad sin corazón?

-Una zancadilla semántica -respondió Ars Staykr-. Todos los hombres y mujeres tienen corazón, aun los crueles. Lo mismo pasa con las ciudades. No niego que Nunion es una ciudad cruel en muchos sentidos. Sus habitantes deben luchar continuamente. Poco a poco sus bondades se esclerosan. Empiezas bien, pero terminas mal porque... qué diablos, supongo que te olvidas. Te olvidas de que eres humano.

Ars Staykr hizo una pausa y escudriñó el rostro juvenil que tenía delante.

-No te preocupes por Nunion -dijo con voz tajante-. Preocúpate por ti mismo.

Se levantó, enjugándose las manazas en los pantalones. Un técnico le ofreció un afrodisillo y dijo:

-Bien, eso es todo para el segmento del puerto estelar, Staykr. Aquí hemos rodado todo lo que hacía falta. ¿A qué sector vamos ahora?

Ars Staykr miró en torno con una sonrisa, apretando visiblemente la mandíbula.

-Ahora encaremos a los políticos -dijo.

El joven Rapsodia se puso de pie, con modales obviamente más agresivos.

-Si podemos denunciar todas las añagazas legales de Nunion -dijo-, caramba, haremos nuestro sólido y también les haremos un favor a todos. ¡Todos seríamos famosos!

-En esos tiempos era un chico alocado e idealista -declaró el Rapsodia maduro ante su público, a la vez avergonzado y complacido-. Todavía tenía que aprender que la vida no es más que una coordinación de añagazas. -Sonrió para sugerir que bromeaba, vio que Gran Chelo no sonreía y guardó silencio.

En el cubo, la Unidad Dos recogía sus petates. El aparatoso poliedro de un carguero de Lapraca se hundía en una fosa de aterrizaje con un soplido agudo.

-Os diré qué debemos tratar de capturar -dijo Ars Staykr a su equipo mientras cargaba una pieza-. Cuando llegué a esta ciudad para ingresar en Supernova, esperaba en el vestíbulo del Tribunal de justicia antes de que llevaran a juicio una importante causa industrial. Un grupo de políticos locales que iban a dar testimonio pasó delante de mí, y oí que uno decía mientras entraban: «Caballeros, tengan todo su odio preparado.» Nunca lo he olvidado. Para mí, siempre simbolizará el modo en que el prejuicio puede devorar a un hombre. Esos son los toques que nos interesan.

Ars Staykr y la Unidad Dos salieron de la imagen, resueltos y de mala traza. El sólido se esfumó, y ante la pantalla quedó Rapsodia 182, resuelto y elegante.

-Todavía no le encuentro coherencia, Rap -dijo una voz. Era Rapsodia Doble Siete, rival de Rapsodia y gerente de personal de Gran Chelo. Había que tener cuidado con un hombre como ése.

-Tal vez te hayas perdido las sutilezas -sugirió Rapsodia al instante-. Coherencia es lo que sobra. Esta pequeña actuación especial te acaba de mostrar por qué Ars no llegó más lejos. Hablaba demasiado. Decía lo que pensaba a chicos como el que yo era entonces. Le faltaba dureza. Era un artista, ni más ni menos.¿ Correcto?

-Si tú lo dices, Rap -fue la tranquila respuesta, pero Doble Siete se volvió de inmediato para decirle algo a Gran Chelo.

Rapsodia hizo una señal brusca a la cabina de proyección. Conseguiría que Supernova aprobara este proyecto aunque tuviera que quedarse toda la tarde y toda la noche.

A sus espaldas, la Nunion de Ars Staykr fue recreada una vez más, una ciudad que administraba el creciente poderío de Yinnisfar y atraía la riqueza de una galaxia, ensamblada tal como la mente de Ars Staykr la había visualizado dos décadas atrás.

Anochecía en su laberinto de desfiladeros de ferrolina. El sol bajaba, y grandes esferas de luz atómica suspendidas en el cielo derramaban su brillo sobre avenidas donde bullía una nueva conciencia. El comentario original se silenció, dando a Rapsodia la oportunidad de introducir el suyo.

-La noche -dijo animadamente-. Ars la capturó como nadie logró hacerlo, ni antes ni después. Recuerdo que él me decía que la noche era el momento en que la ciudad mostraba las garras. Pasamos dos semanas buscando sombras nítidas y nudosas. De nuevo esa obsesión con los detalles significativos.

Aparecieron sombras con garras, y colmillos de luz se perfilaron contra el flanco oscuro de los callejones. Una inquietud casi tangible, como el ruidoso silencio de una jungla, recorría las rampas y plazas de Nunion; aun los espectadores podían sentirlo. Se irguieron con mayor atención en las butacas.

Detrás de una fachada de civilización, la vida nocturna de Nunion tenía una ferocidad primitiva; el jurásico se vestía de etiqueta. En la interpretación de Ars Staykr, era esencialmente un mundo sórdido, la amalgama de los anhelos y apetencias de los miles de naciones que habían migrado a Yinnisfar. El individuo se perdía en una jungla iluminada donde noventa millones de personas podían estar solas dentro de los pocos kilómetros cuadrados donde se apiñaban.

Era evidente que las abarrotadas muchedumbres, que esperaban en fila para ver desnudos y consumir estimulantes, eran inofensivas. Vivían gregariamente y habían desarrollado una mentalidad gregaria. Eran demasiado inocuas para extraer algo valioso de la materia de Nunion; sólo parecían pedir un rato agradable.

En el cubo aparecieron los triunfadores, los que podían costearse la compra de una soledad acompañada por una mujer o una neumabailarina. Flotaban en burbujas sobre las chispeantes avenidas; cenaban en restaurantes submarinos, saludando fraternalmente a los tiburones que nadaban detrás de paredes de vidrio; bebían en cien tugurios; seguían hipnóticos juegos de azar. Les bastaba hacer un gesto imperioso para que alguien corriera a atenderlos. En breve, una ciudad galáctica; el poder tiene que recordar su poderío.

La escena cambió. La vista sobrevoló el Viejo jandanagger y empezó a investigar la Explanada Bósforo.

La Explanada estaba en el corazón de Nunion. Allí la búsqueda de placeres se exacerbaba. Los pregoneros rivalizaban en la oferta de atracciones, los polihermafroditas hacían señas, la bebida fluía a borbotones, el cine competía con el espectáculo participativo, personajes ambiguos saludaban desde plataformas flotantes, llamativas mujeres de la noche hacían su trabajo, había mil sensaciones -las perversiones de una galaxia- disponibles por un precio. El hombre, más consciente que nunca de todas sus células, había inventado una emoción diferente para cada una.

Rapsodia no pudo resistirse a añadir una palabra.

-¿Alguna vez han visto semejante realismo? -preguntó-. Gente común, gente como ustedes, como yo, tratando de pasar un buen rato. ¡Piensen en la promoción que estas tomas representan para Nunion! ¿Y dónde han estado estos veinte años? ¡En nuestras bóvedas, olvidadas, casi perdidas! ¡Nadie las habría visto si yo no las hubiera encontrado!

Gran Chelo habló.

-Yo las he visto, Rapsodia -dijo con voz gutural-. Son demasiado sórdidas para tener atracción popular.

Rapsodia se quedó quieto. Una mancha oscura creció en su rostro. Esas palabras le indicaban a él -y a todos los presentes- dónde estaba parado. Si insistía, provocaría la ira del jefe; si se echaba atrás, perdería prestigio.

En el sólido de la pantalla, hombres y mujeres forcejeaban para entrar en un espectáculo de horror multisensorial, *Muerte en la celda seis*. Encima de ellos, un gigantesco gel cuasivivo representaba a un hombre a quien estrangulaban cabeza abajo, los ojos desorbitados, la boca abierta.

-Claro que no es preciso mostrar toda esta parte sórdida -dijo Rapsodia, con una sonrisa que era una mueca-. Sólo la presento para que todos capten la idea general. Precisaremos los detalles después, naturalmente. -Naturalmente.

Gran Chelo asintió.

Librodot

-Pero estás demasiado enfervorizado con Bastión 44, Rap -dijo amablemente-. A fin de cuentas, sólo era un vago con una cámara.

La ciudad de Ars Staykr se estaba vaciando. Las alcantarillas estaban llenas de arrugados envoltorios de afrodisillos, miniperiódicos, tickets, programas, preventos, palillos antináusea, billetes y flores. Los celebrantes se iban a casa a dormir.

Una niebla leve se posó sobre Explanada Bósforo, agrandando la sensación de vacío. Un hombre gordo, la ropa desabotonada, salió tambaleando de una sala participativa y se dirigió a la aceramóvil más cercana, que se lo llevó como una hoja en un desagüe.

Dieron las tres y media en la plaza Pla-To. Las luces se apagaron en un restaurante desierto, dejando en la retina una imagen de sillas volcadas. Incluso los domos de placer de Chelo se apagaron. Una última prostituta regresaba fatigada a casa aferrando la cartera.

Pero la Explanada no estaba vacía del todo. El ojo implacable de la cámara detectaba, en varias puertas, a los últimos testigos, los que habían permanecido inmóviles, sin participar, cuando la noche estaba en su apogeo. Observando la multitud, esperaban en los pórticos como si espiasen desde madrigueras. Sus rostros relucían en la sombra con una tensión terrible e inexpresable. Sólo sus ojos se movían.

-Esos hombres fascinaban a Ars Staykr -dijo Rapsodia-. Eran su descubrimiento. Creía que si alguien pudiera llevarlo al corazón de la ciudad, era esa gente, esos seres subterráneos. Noche tras noche estaban en sus puertas. Staykr los llamaba «los espectros impotentes del festín».

La pantalla quedó en blanco, volvió a llenarse de formas. Una cámara aérea seguía a dos hombres por el borde de un canal: Ars Staykr y su joven asistente, Rapsodia 182. Habían ido en aceramóvil hasta el lado apacible de Tigre.

Los dos se detuvieron frente a una tienda derruida, mirando dubitativamente el letrero: A. WILLITTS, DISFRACES Y VESTIDOS.

-Tengo la sensación de que descubriremos algo -dijo Ars cuando regresó el sonido--. Oigamos cómo es realmente una ciudad, de labios de alguien que debe de haber sentido muy agudamente su atmósfera. Con este tío, estamos escarbando directamente en su corazón: Pero no será agradable.

Oscuridad. Parecía brotar de los negros trajes gravitatorios que eran la especialidad de esa antigua sastrería y colgaban como bultos rígidos contra las paredes, fúnebres en la penumbra. El tendero, Willitts, era un hombre con aire de reptil; tenía los rasgos típicos de un observador nocturno de la Explanada, ahora en su cubil.

Los ojos de Willitts sobresalían y relucían como los de una rata ahogada. Negó haber ido a Explanada Bósforo. Ante la insistencia de Ars, guardó silencio, acariciando el mostrador con dedos pequeños.

-No soy un oficial de flujo -dijo Ars Staykr-. Sólo siento curiosidad. Quiero saber por qué se queda allí todas las noches.

-No es nada de que avergonzarse -murmuró Willitts, bajando los ojos-. Yo no hago nada.

-A eso voy. Usted no hace nada. ¿Por qué usted, y otros como usted, se quedan allí sin hacer nada? ¿En qué piensan? ¿Qué ven? ¿Qué sienten?

-Tengo asuntos que atender -protestó Willitts-. Estoy ocupado. ¿No ve que estoy ocupado?

-Quiero saber qué siente, qué lo excita, Willitts.

-Déjeme en paz, por favor.

-Podríamos recompensarlo, Willitts -añadió el joven Rapsodia, con una mirada cómplice.

El hombrecillo se relamió los labios con ojos furtivos. Parecía muy cansado, como si su menudo físico no tuviera sangre.

Librodot

-Déjenme en paz -dijo--. Es todo lo que pido. Déjenme en paz. Yo no les hago daño, ¿verdad? En cualquier momento podría entrar un cliente. No responderé sus preguntas. Por favor, váyanse.

Inesperadamente, Ars Staykr saltó, aplastando al hombrecillo contra el mostrador. De los dos, Staykr era el que tenía expresión más desesperada.

-Willitts -dijo-, tengo que saber. Tengo que saber. He escarbado esta ciudad, esta cloaca, semana tras semana, y usted es lo que encontré en el fondo. Dígame qué se siente ahí abajo o le juro que lo desnuco.

-¿Cómo decirle? -preguntó Willitts con súbita furia de ratón-. No puedo decirle. No puedo. No tengo las palabras. Usted tendría que ser como yo, o como los míos, para entender.

Al final desistieron y dejaron a Willitts jadeando, detrás del polvo del mostrador.

-No quería perder los estribos -dijo Ars Staykr, apretándose la frente, lamiéndose los nudillos, mientras salía de la tienda. Debía saber que la cámara lo enfocaba, pero estaba demasiado obsesionado para preocuparse-. Algo se desconectó dentro de mí. Creo que tenemos nuestros odios demasiado preparados. Pero debo averiguar...

Su rostro empecinado crecía en el cubo, eclipsando todo lo demás. Un párpado temblaba incontrolablemente. Salió de cámara.

Ahora todos hablaban, salvo el jefe; todos habían disfrutado de la golpiza.

-En serio -decía Ormolu 3-, esa última escena tenía algo. Habría que volver a rodar, claro, con actores adecuados, mostrar algunos dientes rotos. Tal vez terminar con ese sujeto tirado de un golpe en el canal.

Las salidas oportunas eran una especialidad de Rapsodia. Los tenía despiertos y no les mostraría más. Bajó lentamente la escalinata.

-Ahí está la historia de un hombre llamado Ars Staykr-dijo mientras bajaba el último escalón-. No pudo soportarlo. Después de aporrear al sastre, abandonó todo y desapareció en las miasmas de Nunion. Ni siquiera se quedó para terminar la película, y la Unidad Dos desapareció. Era un desertor.

-¿Por qué tuvimos que esperar veinte años para oír todo esto? -exclamó Rapsodia Doble Siete.

Rapsodia 182 extendió las manos y sonrió.

-Porque Ars Staykr era mala palabra cuando se fue -dijo, apuntando la voz a Gran Chelo-, y después cayó en el olvido. Pero sucede que tropecé con Staykr hace un par de días, y eso me dio la idea de trabajar en los viejos archivos de Unidad Dos.

Trató de pasar frente a Gran Chelo, para facilitarle al jefe la tarea de felicitarlo por su sagacidad, si eso deseaba.

-¿Quieres decir que Ars todavía vive? -insistió Doble Siete-. Debe ser un anciano. ¿Qué está haciendo, por amor de To?

-Está en la miseria, es un vago -dijo Rapsodia-. No quise que me vieran hablando con él, así que me alejé en cuanto pude.

Ahora estaba delante del jefe.

-Bien, G. C. -dijo, con la mayor calma posible-, no me diga que aquí no huele un sólido que dejará al público sin aliento.

Como prolongando deliberadamente el suspense, Gran Chelo aspiró el afrodisillo y se lo quitó lentamente de la boca.

-Habría que incluir un par de amantes jóvenes -dijo.

-Claro -exclamó Rapsodia, frunciendo el ceño para disimular su alegría-. ¡Amantes jóvenes! ¡Vaya idea! ¡Gran idea!

-Yo lo veo como una saga del hombre común -dijo Huracán 304-. Podríamos llamarlo *Nuestra bella ciudad*... siempre que el título esté legalmente disponible.

-¡Es un medio para Edru Expusso! -sugirió alguien más.

Estaban jugando con la idea. Harsch se había salido con la suya.

Se disponía a irse de la sala cuando una mano le tocó el brazo y Rapsodia Doble Siete lo retuvo. -¿Cómo volviste a encontrar a Ars Staykr? -preguntó.

-Bien -dijo jovialmente Rapsodia-, hace un par de noches tuve una cita. Después estaba buscando una heliburbuja y eché a andar por Explanada Bósforo. Un viejo vagabundo que miraba desde una puerta me reconoció y me llamó.

-¿Era Ars?

-Era Ars. Seguí andando, desde luego. Pero me dio la idea para este sólido.

-¿No le preguntaste a Ars si averiguó lo que había en el corazón de la ciudad? Eso era lo que había ido a buscar.

-¿Qué importa? Ese bicho raro no tenía nada que quisiéramos comprar. ¡Sus ropas eran harapos! Caray, ¡el viejo loco tiritaba! Tuve suerte de que la burbuja llegara pronto.

Realizaron el sólido, una de las producciones de mayor presupuesto del año de Supernova. Ganó una fortuna en todos los planetas habitados de la Federación, y Rapsodia 182 pasó a ser un hombre poderoso y respetado. La titularon *Canción de una ciudad poderosa*; tenía tres orquestas electrónicas, diecisiete melodías de éxito y un regimiento de neumabailarinas. La solidificación se gelificó en los estudios, usando los tonos pastel que se consideraban más apropiados, y al final escogieron como fondo una ciudad más adecuada que Nunion. Ars Staykr, por cierto, ni siquiera figuraba.

9. LOS MILENIOS FINALES

De nuevo nos encontramos con el paso del Tiempo. El Tiempo se estira hasta sus límites, se extiende casi hasta perder su sentido, pues ahora el Tiempo desciende por un suave declive de innumerables siglos hacia el ocaso de Yinnisfar y su galaxia.

Era una época de contrastes. Los planetas y sistemas que durante el auge de la Guerra Perpetua estaban enlazados por el vínculo de la hostilidad, ahora ni siquiera tenían suficientes elementos en común como para ser rivales. Era una época de descubrimiento y consolidación, de experimento y abdicación, de esperanza y resignación, de historiadores y profetas. Era una época de exploración de los recursos interiores del hombre, que había domado las últimas fronteras y se volcaba hacia él yo. Allí se internó a pie, a solas, sin ese gris corcel de la ciencia en que había confiado tanto tiempo, a solas en el laberinto de sus propios recursos.

La humanidad se había multiplicado. Cada mundo albergaba gran multitud de personas, pero la multitud ya no forcejeaba ni vociferaba. Por propia elección, cada individuo permanecía aislado como un recluso. Era el período de plata de la Era del Esplendor y la Luz Estelar. Pronto quedaría sólo la luz estelar.

El final de una gran representación dramática es quizá el momento en que la escena está más abarrotada; un mar de rostros iluminados nos saluda mientras el telón inicia su descenso final. El final de una sinfonía es quizá el momento en que la orquesta se esfuerza más, un minuto antes que se haga el silencio y la música se convierta en un recuerdo.

En un vasto ruedo se hacía el silencio, el último silencio de todos.

1

Nunca conociste el principio de esa cadena de acontecimientos que te llevó a Yinnisfar y un mundo de sombras.

No sabías quién era Aullador. Él operaba lejos de lo que la mayoría de los hombres consideraba civilización, en el linde de la galaxia, de modo que en sus frecuentes viajes de un planeta a otro rara vez veía estrellas en ambos lados de su cabina. En un lado ardía una galaxia de astros, y en el otro un acantilado de vacío que se extendía de eternidad a eternidad, y los distantes universos insulares sólo acentuaban el abismo.

En general Aullador miraba las estrellas.

Pero no en ese viaje. Aullador se dedicaba a vender cintas; en su pequeña nave estelar había pilas de microcintas amontonadas. juntaba todas las clases, nuevas y antiguas, filosóficas, sociológicas, matemáticas; estudiándolas sistemáticamente, uno podía reconstruir la prolongada historia de la galaxia. Pero Aullador no hacía fortuna con estas cintas edificantes; le pagaban el combustible, pero no los tragos. Las cintas realmente rentables trataban sobre un tema más antiguo que la historia, y con símbolos más rudimentarios que las cifras del matemático; el tema era el deseo. Las cintas eróticas que describían los recursos del deseo eran la principal mercancía de Aullador, y como estos artículos eran ilegales, Aullador temía las aduanas de cien mundos.

Ahora estaba eufórico. Acababa de burlar astutamente a los custodios de la moralidad y había vendido la mitad del stock ante sus propios ojos.

Lo celebró bebiendo en exceso, lo cual influiría en toda su vida. Una vacía botella de merrit rodaba a sus pies. Hacía calor en la cabina de la nave, y él dormitaba, tendido sobre los controles.

Librodot

Aullador despertó aturdido. Sospechó que algo andaba mal y se despabiló de inmediato mientras escrutaba ansiosamente los visores de proa. No vio las acostumbradas nubes de estrellas. Activó la visión de popa: allí estaba la galaxia, un lejano disco de lentejuelas. Aullador tragó saliva y revisó el combustible. Escaso, pero suficiente para regresar. Pero el combustible era más abundante que el aire. En la prisa de su última partida no había vuelto a llenar los tanques de oxígeno. No regresaría con vida a la galaxia con la poca cantidad que tenía.

Con un estremecimiento, Aullador volvió a mirar los visores de proa para examinar un objeto que antes había pasado por alto. Aparte de los lejanos fantasmas de otras galaxias, era el único objeto que atemperaba la inane ubicuidad del vacío, y tenía forma de disco. Hizo una comprobación con los instrumentos. Sin duda era un pequeño sol.

Eso lo desconcertó. Sus conocimientos de astronomía eran ínfimos, pero sabía que según las leyes no había nada entre las galaxias; ese largo embudo de tinieblas aislaba las galaxias tanto como los vivos están aislados de los muertos. Supuso que ese sol era una estrella vagabunda; esas cosas se conocían, pero erraban dentro de la lente gigantesca de la galaxia natal, siguiendo su atracción gravitatoria. Aullador optó por no resolver ese acertijo. Su único interés vital era que el sol -sin importar su origen tuviera uno o más planetas con oxígeno.

Los tenía. El sol era una enana blanca con un planeta casi tan grande como él mismo. Mientras Aullador se ponía en órbita, un rápido análisis estratosférico mostró un respirable equilibrio de nitrógeno y oxígeno. Bendiciendo su suerte, el vendedor de cintas descendió y aterrizó. Lo recibió un valle bordeado por bosques y colinas.

Salió de la cámara de presión de buen talante, dejando los sistemas compresores y analizadores en funcionamiento para que los tanques se llenaran con oxígeno purificado extraído del aire del planeta.

Afuera hacía calor. Aullador tuvo una impresión inmediata de lozanía. Todo parecía prístino, reluciente. La intensa luminosidad hacía que le dolieran los ojos.

A pocos metros había un lago. Echó a andar hacia la orilla, sintiendo cierta incomodidad al respirar. Intentó inhalar más despacio, pensando que quizá el aire fuera demasiado rico para él.

A cierta distancia algo subió a la superficie del lago. Parecía la cabeza de un hombre, pero Aullador no estaba seguro; una niebla que surgía de la superficie del lago, como si las aguas estuvieran calientes, oscurecía los detalles.

El dolor de los pulmones se le agudizó. También sentía un hormigueo en el cuerpo, como si el aire fuera demasiado áspero. A sus ojos, todas las cosas adquirieron un aura vibrante. Los instrumentos le habían asegurado que todo estaba bien, pero de pronto esa seguridad no significaba nada: sentía dolor. Presa del pánico, Aullador dio media vuelta para regresar a la nave. Ahora veía que había un hombre en el brumoso lago. Pidió ayuda a gritos, una vez.

Tú lo miraste, y nadaste hacia él.

Pero Aullador se estaba muriendo. Su grito le llevó sangre a la garganta, salpicándole una mano. Se sofocaba, y trató de levantarse. Saliste desnudo del lago y te acercaste. Él te vio, movió la cabeza pesadamente, extendió un brazo hacia la nave y su imaginaria seguridad. Murió cuando llegaste a él.

Te quedaste un rato de rodillas, pensando. Luego moviste la cabeza y viste la pequeña nave estelar por primera vez. Fuiste hacia ella, maravillado.

El sol salió y se puso veinticinco veces hasta que lograste dominar todos los controles de la nave de Aullador. Tocabas todo con suavidad, casi con reverencia. Al principio esas microcintas significaban poco, pero lograste usarlas como referencia para armar el rompecabezas de sus secretos, hasta que las imágenes que te brindaban formaron una imagen completa. El proyector de Aullador estaba casi gastado cuando terminaste. Luego investigaste la nave misma, sorbiendo su significado como un hombre sediento.

Librodot

Tus pensamientos deben haberse movido extrañamente en esos veinticinco días, como esclusas abriéndose por primera vez, mientras te convertías en ti mismo.

Lo que aprendiste allí ya era conocimiento; el modo en que lo organizaste era genio, pero aun así era conocimiento ya poseído por muchos hombres, el resultado de la investigación y la experiencia. Sólo después, cuando integraste ese conocimiento, hiciste una deducción por tu cuenta. La deducción, que afectaba a todos los millones de vidas de la galaxia, era tan pasmosa, tan abrumadora, que trataste de evadirla.

No pudiste; era ineludible. La muerte de Aullador era un dato que confirmaba tu conclusión; tú sabías por qué había muerto. Tenías que actuar, obedeciendo tu primer imperativo moral.

Miraste sólo un instante tu radiante mundo. Regresarías cuando hubieras cumplido tu deber. Subiste a la nave de Aullador, tecleaste un rumbo en la computadora y partiste hacia la galaxia.

2

Llegaste desarmado a la ciudad en guerra. Tu nave quedaba abandonada en un cerro, a varios kilómetros. Caminaste como en sueños, llevando tus propias provisiones, y exigiste ver al jefe del ejército rebelde. Te pusieron muchas dificultades, pero al fin llegaste frente a él porque nadie logró disuadirte.

El jefe era un hombre recio al que le faltaba un ojo, y estaba ocupado cuando entraste. Te miró con profunda desconfianza por ese solo ojo; los guardias que estaban detrás acariciaron los fusores.

-Te daré tres minutos -dijo Un Ojo.

-No quiero tu tiempo -respondiste con serenidad-. Tengo bastante del mío. También tengo un plan más grande que cualquiera de tus planes. ¿Quieres que te muestre cómo subyugar la Región de Yinnisfar?

Un Ojo te miró de nuevo. Vio -¿cómo decirlo?- que no eras como otros hombres, que eras más *vívido* que ellos. Pero la Región de Yinnisfar estaba a muchos años-luz de distancia, en el inexpugnable corazón de la galaxia; durante el doble de diez millones de años había reinado sin oposición sobre el doble de diez millones de planetas.

-¡Estás loco! -dijo Un Ojo-. ¡Lárgate! Nuestro objetivo es conquistar esta ciudad... no una galaxia.

No te moviste. ¿Por qué los guardias no actuaron? ¿Por qué Un Ojo no te disparó antes de que hubieras comenzado tu tarea?

-Esta guerra civil que libráis aquí es infructuosa -dijiste-. ¿Por qué estáis peleando? Una ciudad. La calle siguiente. Una planta de electricidad. Estos despojos sólo son apropiados para carroñeros. ¡Yo te ofrezco las riquezas de Yinnisfar!

Un Ojo se levantó, mostrando los dientes. El cabello desaliñado se le erizó. Las mejillas de cuero se pusieron de color malva. Alzó el fusor y te lo apuntó a la cara. No hiciste nada, no había nada que necesitaras hacer. Desconcertado, Un Ojo volvió a sentarse. Nunca había encontrado semejante indiferencia ante las amenazas, y quedó impresionado.

-Owlenj es sólo un pobre planeta con una larga historia de opresión -murmuró-. Pero es mi mundo. Tengo que pelear por él y su gente, proteger sus derechos y libertades. Admito que un hombre de mi capacidad táctica debe aspirar a más. Quizá, cuando hayamos puesto de rodillas esta ciudad...

Como el tiempo estaba de tu lado, tuviste paciencia. Como tuviste paciencia, escuchaste a Un Ojo. Su charla era tan ampulosa como mezquina; se explayaba sobre el triunfo de los derechos humanos pero se quejaba de la escasez de soldados entrenados. Quería el cielo en la tierra, pero le faltaba un pelotón.

Era un hombre que se ganaba el respeto de sus camaradas, o al menos su temor. Pero sus principios ya eran anticuados un millón de milenios atrás, antes del comienzo del vuelo

Librodot

espacial. Se habían deshilachado, usados una y otra vez por un sinfín de generales: la necesidad de la fuerza, la abolición de la injusticia, la creencia de que el bien triunfaría. Escuchaste con glacial piedad, sabiendo que la milenaria e intrincada majestuosidad de la Guerra Perpetua se había reducido a este pequeño conflicto en Owlenj.

Cuando Un Ojo dejó de perorar, le explicaste tu plan para conquistar Yinnisfar. Le dijiste que viviendo en Owleni, en el frío borde de la galaxia, no tenía idea de la riqueza de esos mundos centrales; que todas las fábulas que los niños de Owlenj aprendían en sus humildes camas no transmitían un décimo de la riqueza del señor de Yinnisfar; que allí cada hombre tenía su destino y felicidad asegurados en forma imperecedera.

-Bien, aquí siempre fuimos unos desfavorecidos -gruñó Un Ojo-. ¿Qué puede hacer alguien de aquí contra el poder de la Región?

Le dijiste, sin sonreír, que había un aspecto en el que Yinnisfar era inferior; en todos sus sistemas no contaba con un solo general que demostrara la sagacidad y temeridad ponlas que Un Ojo era célebre; sus pueblos habían perdido su ambiciosa arrogancia y sólo vivían para los ensueños.

-Así es -admitió Un Ojo a regañadientes-, aunque yo nunca lo haya dicho. ¡Son decadentes!

-¡Decadentes! -exclamaste-. Sí, son increíblemente decadentes. Cuelgan como un fruto gigantesco y excesivamente maduro, que espera la caída para hacerse pulpa.

-¿De veras lo crees?

-Escucha. ¿Cuánto hace que hay paz en toda la galaxia... con la excepción de esta pequeña diferencia de opinión que tenéis aquí? Millones de años, ¿verdad? ¿Acaso no es tan apacible que hasta el comercio interestelar se ha reducido a casi nada? ¡Te aseguro, amigo mío, que las potentes naciones de las estrellas están dormidas! Hace generaciones que sus guerreros y sus técnicos no enfrentan un reto. ¡Su ciencia se herrumbra bajo un estanque de complacencia!

Un Ojo volvió a levantarse. Ya era tuyo, el primero en tu lista de conquistas. Lanzó un gruñido de entusiasmo.

-¡Por Thraldemener, es como tú dices! -exclamó-. No saben pelear. Son degenerados. Ven, no hay tiempo que perder. Mañana comenzaremos la liberación de los pueblos de Yinnisfar, amigo mío. ¿Por qué no se me ocurrió antes esta idea?

-¡Espera! -dijiste. Le tocaste la manga raída mientras él se acercaba al escritorio; él sintió que parte de tu vitalidad corría por sus venas, y aguardó obedientemente-. Si Owlenj desea conquistar, debe estar unido. Tus fuerzas no son suficientes para enfrentar el moribundo poderío de la Región. La guerra civil debe terminar.

Un Ojo frunció el ceño con incertidumbre. Ante todo anhelaba reducir a cenizas esa pequeña ciudad.

-No puedes interrumpir una guerra civil de esa manera -protestó.

-Tú y yo iremos a ver al comandante enemigo -dijiste.

Y aunque rezongó e insultó, eso fue lo que hicisteis Un Ojo y tú.

Pisando cuidadosamente los escombros, partisteis por lo que había sido la Puerta Oeste y llegasteis a los improvisados escudos de plomo y arena que señalaban la actual posición de vanguardia de Un Ojo. Allí Un Ojo empezó a discutir de nuevo; lo acallaste. Un hombre os acompañaba con la bandera blanca de tregua; te pusiste un traje antirradiación, al igual que Un Ojo, y saliste a la calle.

Ésa había sido una bonita avenida. Ahora los altos árboles exoquag estaban astillados como huesos, y el frente de muchos edificios demolido. Varios robotanques yacían atascados en el pavimento roto. Nada se movía. Pero al caminar, debiste sentir los ojos invisibles del enemigo observándote por las miras.

En el extremo de la avenida, una voz mecánica os detuvo y preguntó qué buscabais. Cuando los ecos se perdieron entre las ruinas, Un Ojo bramó su nombre y exigió ver al general enemigo.

A los dos minutos, un disco transparente que usaba potencia de haces cayó del cielo. Una puerta se abrió y la voz mecánica gritó:

-Adentro, por favor.

Entrando con tus dos compañeros, te elevaste de inmediato por encima de los tejados. El disco voló dos manzanas al norte antes de descender. La puerta se abrió y bajasteis.

3

Estabas en un matadero. Ahora no había animales, aunque una pared, con su línea de chamuscaduras de fusor, mostraba que el lugar no había abandonado del todo su antiguo propósito.

Dos capitanes te recibieron bajo una bandera blanca. Se cuadraron ante Un Ojo y os sacaron del patio por una rampa profunda. Descendisteis a una parte del anticuado neumático que corría bajo la ciudad, donde os quitasteis el traje protector. Habían construido un laberinto de nuevos corredores; por uno de ellos os llevaron hasta una puerta pintada de blanco. Los taciturnos capitanes os ordenaron entrar.

Entrasteis.

-Bien, traidor, ¿qué te hace creer que te irás de aquí con vida? -le preguntó el general enemigo a Un Ojo. Su uniforme estaba pulcro, aunque raído, y sus ojos despedían llamas de energía; caminaba como los auténticos soldados han caminado desde tiempo inmemorial, como si le hubieran unido todas las vértebras con una soldadura. Y Soldadura tenía un pequeño bigote, que se le erizó de triunfo al ver a su enemigo.

Olvidándose de todo salvo de su vieja reyerta, Un Ojo avanzó como si fuera a arrancarle el bigote. -Daos la mano, vosotros dos -dijiste con impaciencia-. Conciliaos de inmediato. Cuanto antes lleguéis a un acuerdo, mejor.

Soldadura te miró por primera vez; pareció comprender que tenía que tratar contigo y no con Un Ojo. Soldadura era un hombre inteligente. Al instante se enfrió; su voz parecía salir de un glaciar.

-No sé quién eres, amigo -dijo-, pero si llego a sospechar la menor impertinencia, te haré freír. Con tu amigo debo ser más delicado, pues su cabeza está destinada a adornar las puertas de la ciudad. Tú eres totalmente prescindible.

-Me reservo mi opinión sobre eso -dijiste-. No vinimos aquí a amenazar sino a hacer un ofrecimiento. Si estás dispuesto a escuchar, escucha.

En la escala de las emociones, existe un grado de furia donde la furia se enfría, y un grado de cólera donde ésta se funde con el miedo. Mientras Soldadura llegaba a este punto, se puso rígido como si fuera a partirse. No pudo decir nada. Empezaste a hablar de Yinnisfar. Soldadura era más huraño que su enemigo, más aplomado, más seguro de sí. Aunque una sonrisa codiciosa le curvó el labio cuando mencionaste la riqueza de la Región, no cedió. Una vez que terminaste, él habló.

-¿Eres nativo de Owlenj, forastero? -preguntó.

-No -dijiste..

-¿Cuál es tu mundo, forastero?

-Es un planeta que está más allá de la galaxia.

-No hay nada entre las galaxias. ¿Cómo se llama ese mundo tuyo, forastero?

-No tiene nombre -dijiste.

Soldadura chasqueó un dedo airadamente.

-Tienes un extraño modo de tratar de ganarte mi confianza -dijo-. ¿Cómo lo llaman los habitantes de tu mundo?

-No hay habitantes -dijiste-. Yo soy el primero. No tiene nombre porque no le he puesto ninguno.

Librodot

-Entonces yo le pondré nombre -rugió Soldadura-. ¡Lo llamaré Mentiras! ¡Mentira cada una de tus palabras! Eres un espía de la lejana Yinnisfar, un embaucador, un asesino a sueldo. ¡Guardias!

Mientras gritaba, desenfundó un fusor. Un Ojo lanzó una patada, pegó en la muñeca de Soldadura con la punta de la bota e hizo volar el arma.

-¡Escucha, lunático! -rugió-. ¿Matarías a un hombre que nos ofrece tanto? Supongamos que sea un espía de Yinnisfar.. ¿No sería el hombre ideal para llevarnos allá? No tenemos por qué confiar en él. ¡Aprovechemos la ventaja de tenerlo en nuestras manos!

Mientras Un Ojo hablaba, el techo se había levantado, dejando un orificio por donde hombres armados saltaron en la habitación, aferrándote a ti y al jefe rebelde. En un santiamén estuviste envuelto en redes de filoso metal.

Soldadura los detuvo con un gesto.

-Hay cierta verdad en lo que dices -admitió a regañadientes-. Fuera, guardias. Hablaremos.

Dos horas después, cuando los ordenanzas trajeron vino para todos, la discusión había terminado y se estaban trazando planes. Por acuerdo tácito, se dejó de lado la cuestión de tu origen; ambos hombres habían decidido que no venías de la Región de Yinnisfar. Hacía milenios que ningún habitante de ese vasto imperio se molestaba en visitar el linde exterior de la galaxia.

-Vine a vosotros -les dijiste- porque éste es uno de los pocos planetas que hay cerca de mi mundo en el cual sobrevive alguna forma de organización militar.

Esto los halagó. No comprendían que los veías como meros vestigios de un credo obsoleto. La única ventaja de una organización militar, desde tu punto de vista, era su capacidad para entrar en acción sin_ demoras innecesarias.

Dos horas después, cuando un ordenanza de Soldadura entró con comida, Soldadura estaba haciendo la última de muchas llamadas a las guarniciones de Owlenj.

-¿Cuántas naves estelares tiene que puedan entrar en servicio activo de inmediato? -preguntó por el auricular-. Sí, en total... Ya veo. Quince. ¿Cuántas tienen motor lumínico? Sólo cinco. ¿De qué tipo son esas cinco?

Anotó las respuestas, leyéndolas para ti y para Un Ojo.

-Un carguero, un transporte de pasajeros adaptado a usos militares, un transporte de tropas y dos invasores. Bien. Ahora déme los tonelajes.

Anotó los tonelajes, frunció el ceño, cabeceó.

-Excelente -le dijo al otro comandante con voz perentoria-. Por la mañana recibirá instrucciones concernientes al combustible y equipamiento de esas cinco naves. En cuanto a las otras diez, ponga a trabajar a sus expertos en electrónica. Las quiero equipadas con motor lumínico y listas para atravesar el vacío dentro de cuarenta y ocho horas. ¿Entendido? Y por favor, mantenga a todos sus hombres acuartelados hasta nueva orden. ¿Está claro? Bien. ¿alguna pregunta? Lo dejo todo a su discreción, comandante. Buenas noches. -Y al cortar murmuró con satisfacción-: Creo que le he quitado el sueño.

Por primera vez, miró al ordenanza que había traído la comida.

-¿Se está respetando el alto el fuego? -preguntó.

-Sí, señor -dijo el ordenanza-. La gente está bailando en las calles.

-Pronto les daremos motivos para bailar -dijo Soldadura, frotándose las manos. Se volvió hacia Un Ojo, que estaba jugando con trozos de papel.

-¿De qué fuerzas disponemos? -preguntó.

-Depende de cuántas naves lumínicas logremos reunir.

-Con nuestra actual escasez de hombres y materiales, digamos un cincuenta por ciento -dijo Soldadura.

-Bien. -Un Ojo leyó cifras con su único ojo.

-Incluidas mis flotas, digamos ciento diez naves estelares, dos tercios de las cuales serán militares.

Librodot

Se miraron un instante. A pesar de su inexperiencia, la cantidad les parecía un poco pequeña.

-Es suficiente -dijiste confiadamente.

Abordaron el complejo problema de las raciones. Calculaban que la flota tardaría dos semanas en llegar a los lindes de la Región, otras dos semanas y media en llegar al corazón; otros tres días en llegar al mundo central de Yinnisfar.

-Y eso no nos da margen para demoras causadas por batallas o acciones evasivas -dijo Soldadura.

-Quizá capitulen antes que lleguemos a Yinnisfar -dijiste.

-Debemos tener un margen de seguridad -insistió Soldadura-. Digamos que el viaje dura seis semanas, ¿sí? Y seremos cinco mil quinientos efectivos... -Sacudió la cabeza-. La provisión de aire no alcanzará. El problema está en el consumo de calorías. Esos hombres se arrancarán la cabeza a dentelladas, en ese tiempo; no hay suficiente comida en todo Owlenj. Nuestra única solución es el congelamiento. Todos los que estén por debajo del rango de mayor y no sean esenciales para la tripulación, viajarán congelados. Ordenanza, comuníqueme con el servicio médico. Quiero hablar con el jefe.

El ordenanza se apresuró a obedecer.

-¿Qué más? -preguntó Soldadura. Empezaba a disfrutarlo.

-Armas -dijo Un Ojo-. Primero, material fisionable. Mis fuerzas no pueden ayudar mucho en esto. Nuestra provisión en estos momentos es más baja que de costumbre.

-Aquí hay un informe sobre nuestros pertrechos de la semana pasada -dijo Soldadura, presentando una lista-. Me temo que la cantidad es escasa.

Miraste la -lista por encima del hombro de Un Ojo.

-Es suficiente -dijiste con voz alentadora.

4

Al principio debió parecer que el plan tendría éxito. De nuevo debió asaltarte la sensación de que vivías en un sueño improbable que podías pinchar como una burbuja, mientras viajabas en la nave insignia con los dos comandantes. No estabas nervioso, no te preocupabas. Soldadura y Un Ojo, cada cual a su modo, demostraban tensión ahora que se había iniciado el viaje. Prim, capitán de la nave y comandante de la flota, tuvo que soportar muchas caras largas.

Los primeros días transcurrieron sin novedad. Más allá de las troneras se extendía la calma del espacio: sus ardientes estrellas eran meras motas en la distancia, sus antiguos esplendores meros puntos de referencia. Las demás naves no se percibían a simple vista, y era como si la nave insignia viajara sola. Cuando salieron de Owlenj, las naves de la flota invasora sumaban 117; al final de la primera semana cinco tuvieron que desistir y emprender el regreso, pues sus motores lumínicos, instalados con precipitación, se habían quemado. En impulso normal, tardarían medio año en regresar a puerto; para entonces, sus tripulantes estarían asfixiados, o bien los sobrevivientes respirarían el oxígeno de hombres asesinados. El resto de la flota siguió viaje, las bodegas llenas de soldados en animación suspendida, todos apilados y ordenados como botellas.

Pasaron dieciséis días en el vacío. Habían dejado atrás esas estrellas que se consideraban puestos de avanzada del imperio de Yinnisfar cuando recibieron el primer reto.

-Una estación denominada Camoens II RST225 -dijo el jefe de comunicaciones- pregunta por qué hemos pasado la Tangente Diez de Koramandel sin identificarnos.

-Que siga llamando -dijiste.

Se recibieron otras llamadas que quedaron sin respuesta. La flota guardaba silencio mientras los mundos circundantes despertaban. Comunicaciones empezó a interceptar los mensajes de alarma y advertencia que se enviaban las estaciones planetarias.

Librodot

-*Sable Galcondar llamando a Rolf 158. Nave no identificada pasará en rumbo 99GY4281 a las 07.1430 hora galáctica aproximada...*

-Acróstico 1 a Base Schiaparelli. Vigilar e informar sobre flota que ahora ingresa en Sector Paraíso 014...

-Base Astronómica Peik-pi-Koing a Droxy Pylon. Naves no identificadas en número de 130 cruzando zona de observación código Diamante índice Diamante Cero Nueve...

-*A todos los puestos de Enlace Ishrail Dos. Iniciar de inmediato procedimiento BAB Nueve Uno...*

Un Ojo resopló con desdén.

-Sin duda hemos causado un revuelo en estos planetas provincianos -dijo.

Al pasar las horas, se puso más inquieto. El espacio, casi silencioso poco tiempo atrás, ahora estaba lleno de voces murmurantes, y pronto el murmullo se convirtió en una babel. El tono de curiosidad, que al principio indicaba un vago interés, pasó a ser de irritación y alarma.

-Tal vez debamos responderles -sugirió Un Ojo-. ¿No podríamos inventar alguna historia para mantenerlos tranquilos? ¿Decirles que vamos a rendir homenaje, o algo por el estilo?

-No debemos preocuparnos por los mensajes que podemos entender -dijo Prim-. Ahora estamos recibiendo varios en código; ésos son los que deberían preocuparnos más.

-¿No podemos inventar alguna patraña para mantenerlos tranquilos? -repitió Un Ojo, dirigiéndose a ti.

Tú escrutabas la oscuridad, casi como si pudieras ver a través de ese velo, casi como si esperases ver los mensajes fulgurando como cometas delante de las troneras.

-La verdad aflorará -dijiste sin mirarlo.

Dos días después la parasonda localizó la primera nave que detectaban desde que habían salido de Owlenj.

-¡No puede ser una nave! -exclamó el jefe de comunicaciones, agitando un informe.

-Pero tiene que ser -dijo el suboficial-. Mire el rumbo: usted mismo lo dedujo. Sin duda está virando. ¿Cómo podría maniobrar si no fuera una nave?

-¡No *puede* ser una nave! -repitió el jefe.

-¿Por qué no puede ser una nave? -preguntó Prim.

-Mis disculpas, señor, pero esa cosa tiene por lo menos cincuenta kilómetros de longitud.

Al cabo de un silencio, Un Ojo preguntó:

-¿Hacia dónde se dirige?

El suboficial habló. Sólo él parecía satisfecho con el pez que habían atrapado en la pantalla.

-Ha virado desde que la tenemos bajo observación, treinta a treinta dos grados al norte desde un rumbo nornoroeste respecto de la cuadratura galáctica.

Un Ojo aferró el respaldo del asiento del suboficial como si quisiera estrangular a su ocupante.

-Lo que quiero saber -gruñó- es si se aleja o viene hacia nosotros.

-Ninguna de ambas cosas -dijo el suboficial, mirando de nuevo la pantalla-. Ahora parece haber terminado de virar y se desplaza en un curso que está... noventa grados respecto del nuestro.

-¿Alguna señal? -preguntó Prim.

-Nada.

-Láncele una descarga -sugirió Un Ojo.

-Ya no estás en las calles de Owlenj, acribillando a tiros a todo el mundo. ¡Deja que se vaya!

Un Ojo giró airadamente, topándose con Soldadura. El segundo había subido temprano al puente. Observó cómo la mancha se esfumaba de la pantalla de parasonda antes de hablar de nuevo. Entonces, llevando a Un Ojo aparte y mirando para asegurarse de que no estuvieras en el puente, dijo en voz baja:

-Amigo mío, debo confesarte algo.

Miró con ansiedad y disgusto la hirsuta cara de Un Ojo antes de continuar.

-Vuelvo a sentir mis temores iniciales -dijo-. Sabes que soy un hombre de coraje, pero aun un héroe hace bien en tener miedo a veces. A cada hora nos internamos más en un nido de avispas, ¿te das cuenta? Estamos a dos semanas y media de Yinnisfar. Me desvelo preguntándome si no estamos metiéndonos en algo de lo que no podremos salir.

Aunque era reacio a estar de acuerdo con un viejo enemigo, Un Ojo no pudo perder esta oportunidad de confesar sus propias aprensiones.

-¡Naves de cincuenta kilómetros de longitud! -exclamó.

Cabeceando misteriosamente, Soldadura convenció al otro de ir a su cabina antes de decir más. Golpeó el mamparo.

-A sólo un día de viaje de aquí -dijo, golpeando de nuevo para dar énfasis a la frase- hay muchos planetas ricos. Tendrán tanto botín como los planetas del corazón de la Región, pero estarán menos protegidos. ¿No te los imaginas en este momento, cargados de rechonchas semirrubias con anillos en cada dedo, y hombrecillos gordos llenos de grandes cuentas bancarias? ¡Están a nuestra merced! ¡Indefensos! ¿Para qué ir a Yinnisfar, donde sin duda nos toparemos con resistencia? ¿Por qué no detenernos aquí, saquear todo lo que podamos y regresar a Owlenj mientras todo anda bien?

Un Ojo titubeó, frunciendo el labio. La sugerencia le gustaba tanto como su ex enemigo había sospechado. Pero había un gran obstáculo.

-*Él* está empeñado en llegar a Yinnisfar.

-¡Sí! Creo que ya lo hemos aguantado bastante -respondió Soldadura.

No necesitaban mencionar tu nombre. Cuando se alejaban del aura de tu presencia, sentían la misma aprensión. Soldadura fue hasta un armario y sacó una botella pequeña y bien cerrada.

-Esto solucionará ese problema -dijo.

Contenía un veneno mortífero; con oler una gota a un metro, un hombre tenía jaquecas durante una semana.

-Algo para realzar el sabor del vino esta noche -dijo Soldadura.

5

Cuando el vino circuló por la mesa del capitán después de la cena, Un Ojo aceptó su copa pero no pudo beber. Se sentía descompuesto por la ansiedad, y su náusea incluía cierto odio por Soldadura; no sólo reprobaba el envenenamiento, que le pare-, cía un modo perverso de matar, sino que comprendía perfectamente que el botellín tenía más que suficiente para despacharlo también a él, si Soldadura deseaba liberarse de todos sus opositores al mismo tiempo.

Tú no sentías ese temor. Cogiste la copa cuando la llenaron, brindaste, como todas las noches, por el éxito de la expedición, y empinaste el vino.

-Este vino no tiene cuerpo -dijiste-. Nos aprovisionaremos con mejores cosechas en Yinnisfar. Todos rieron contigo, salvo Un Ojo, que tensó los músculos de la cara. Ni siquiera pudo obligarse a mirar a Soldadura.

-¿Cómo interpretas ese objeto de cincuenta kilómetros de longitud que avistamos antes? -te preguntó Prim, bebiendo con más calma.

-Era una nave de Yinnisfar -dijiste sin inmutarte-. Pero no te preocupes. La evolución se encargará de ella, tal como la evolución se encargó de los monstruos prehistóricos que antaño recorrían Owlenj y otros planetas.

Librodot

El capitán extendió las manos.

-Parece un comentario muy poco práctico en labios de un hombre práctico -dijo-. La evolución es una cosa, las supernaves son otra.

-Sólo si olvidamos que la evolución es el método científico de la naturaleza, y las naves estelares, al no ser criaturas orgánicas, forman parte de la evolución del hombre. Y el hombre mismo sólo es parte del método científico de la naturaleza.

-Confío en que no pensarás, a estas alturas, que el hombre no es el producto final de la evolución -te respondió-. Constantemente nos recuerdan que la galaxia es demasiado vieja para otra cosa que no sea la extinción final.

-No pienso nada -dijiste agradablemente-. Pero recuerda... en última instancia, lo que triunfa es algo demasiado vasto para nuestra comprensión.

Te levantaste, y los demás te imitaron. Pronto el comedor quedó vacío, excepto por dos desconcertados conspiradores.

Durante más de cuatro semanas, la flota de Owlenj había surcado el vacío. Ahora las naves estaban en el corazón de la galaxia, poblado de estrellas. Soles que sobrellevaban, como carga incidental, cientos de millones de años de historias y mitos del hombre, ardían por doquier como antorchas funerarias. El aire de cementerio era reforzado por un silencio en todos las bandas. El parloteo de los planetas se había disipado.

-¡Nos están esperando! -exclamó Un Ojo, no por primera vez. Vivía en el puente de la nave insignia, y miraba durante horas consecutivas el espectáculo de un universo aparentemente inmóvil.

Para mudo disgusto del capitán, el puente también se había convertido en vivienda de Soldadura. Pasaba casi todo el tiempo tendido en la cama, con un fusor bajo la almohada, y nunca miraba por las troneras.

Tú ibas con frecuencia al puente, pero rara vez hablabas con ellos dos. Mantenías distancia; como si todo fuera un sueño. Aun así, a veces te impacientabas, y hablabas bruscamente, o chasqueabas los dedos con reprimida irritación, como si desearas despertar.

Sólo Prim, el comandante de la flota, permanecía impertérrito. La rutina del mando lo distraía. Parecía haber absorbido toda la confianza que Un Ojo y Soldadura habían perdido.

-Llegaremos a Yinnisfar en seis días -te dijo-. ¿Es posible que no piensen presentar resistencia? -Es posible concebir excelentes razones para que no haya resistencia -dijiste-. Owlenj ha estado aislado de la Federación durante generaciones y tiene poco conocimiento de las actuales actitudes intelectuales dentro de la Región. Es posible que todos sean pacifistas ansiosos de probar su fe. O, en el otro extremo, los mandos militares, sin guerras que los mantuvieran en forma, ya se ha derrumbado bajo nuestra inesperada presión. Todo es especulación...

En ese instante, la parasonda estalló. Un tamborileo helado vibró en el piso como metal desgarrado, y llovió vidrio del tablero, mientras bocanadas de humo acre cubrían el puente como una red. Estalló un parloteo de voces.

-Que venga el jefe de comunicaciones -ladró Prim, pero el jefe ya estaba trabajando, llamando por el interfono a una cuadrilla de enfermeros y expertos en electrónica.

Soldadura inspeccionaba los daños ahuyentando el humo, que aún brotaba de un cráter rojo de los paneles. Arqueó la espalda como una viga pretensada.

-¡Miren! -exclamó Un Ojo. Su voz histérica era tan perentoria que aun en ese momento de crisis todos los presentes miraron hacia donde apuntaba su dedo. Afuera sólo vieron el cerrado espectáculo de la noche. Tuvieron que concentrar los ojos para ver.

Moscas. Moscas que subían en una nube desde una oscura corriente en cuya superficie titilaba la luz del sol, de modo que entre la oscuridad y la luz los insectos casi eran invisibles. Pero la corriente era el espacio mismo, y el titilar era una proliferación de soles, y las moscas que se extendían entre ellos, una nube de naves. Las antiguas fuerzas de Yinnisfar se disponían a atacar.

Librodot

6

-¡No se pueden contar! -dijo Un Ojo, mirando pasmado el enjambre de naves-. Deben ser miles. *Ellos* volaron el tablero de mando, en son de advertencia. ¡Por Pla y To, nos harán trizas en cualquier momento!

Volviéndose sobre los talones, cruzó la cubierta y te enfrentó.

-¡Tú nos trajiste a esto! -gritó-. ¿Qué harás para liberarnos? ¿Cómo nos salvaremos?

-Deja eso en manos del capitán y cállate -dijiste. Te alejaste antes que él te tocara y te quedaste junto al capitán.

La onda corta no estaba afectada, y Prim habló rápidamente con los jefes de escuadrón de la flota. Los resultados de esas órdenes fueron inmediatamente visibles en un diagrama viviente que tenía encima de la cabeza. La flota de Owlenj se desplegaba en escuadrones, desperdigándose en un abanico de varios parsecs de anchura. Se desplazaban hacia el telón de moscas como una mano abierta. A máxima velocidad, iban directamente hacia las naves enemigas.

-Ellos también están preparados -te dijo Prim, por la comisura de la boca seca-. No somos suficientes para ser eficaces. Esto es un suicidio.

-¿Qué otra cosa sugieres? -le preguntaste.

-Si cada nave se dirigiera a un planeta, se pusiera en órbita y lo tuviera bajo amenaza de demolición... No, nos detendrían uno por uno... -Sacudió la cabeza- Ésta es la única posibilidad -murmuró, volviendo a concentrarse en la maniobra.

Fue imposible hablar más. Las naves que esperaban y el puñado de naves atacantes se acercaban. El abismo que las separaba pronto formó un enrejado de llamas azules, eléctricas, cegadoras. Cuadrados de fuerza se abrían y cerraban como bocas hambrientas. Fuera cual fuese su fuente de alimentación, el consumo debía de ser fenomenal, aprovechando las energías básicas del propio espacio. Las naves owlenjanas se encontraron a la defensiva antes de pensar siquiera en una evasión. Ese enrejado triturador relampagueaba, mordía, desaparecía y volvía a relampaguear y morder, bañando cada puente con su luz excéntrica, deslumbrante, voraz. Fue la última luz que vieron miles de ojos. Las naves que cayeron en esas fauces azules brillaron como magnesio, ardieron y cayeron en un limbo, despojadas de vida.

Pero los invasores atravesaban el espacio a velocidades tremendas. Y el aterrador enrejado no estaba en fase; el que lo controlaba no lograba ajustarlo con precisión. Su corte de tijera era demasiado lento. Muchas naves atravesaron los intersticios y se internaron en las filas de la flota de Yinnisfar.

Una mirada al diagrama indicó a Prim que sólo le quedaban cuarenta naves, y que la formación se había perdido.

-¡Superfusores... fuego! -rugió.

En ese inmenso despliegue, nadie había estado antes en una batalla espacial. En su fatigada vejez, la galaxia había colgado las espadas. De todas las mentes astutas que seguían ese juego estratégico, la de Prim fue la más rápida para aprovechar la ventaja. Los potentes efectivos de Yinnisfar habían depositado demasiada confianza en el enrejado, y se paralizaron un instante al encontrar sobrevivientes. Ahora Owlenj los arrancaba de esa parálisis.

Los rayos de los superfusores llovieron sobre ellos, brincando de nave en nave, crepitando con energía cósmica, mientras los atacantes se zambullían entre sus filas devastadas y escapaban. Las naves de Yinnisfar también se movían deprisa. En poco tiempo se dispersaron, poniéndose a salvo del centro de fusión, donde un centenar de sus naves hermanas había perecido.

-Hemos pasado -dijiste-. ¡A Yinnisfar! ¡Será nuestra garantía de seguridad!

Librodot

Pero no era fácil dejar atrás la flota enemiga. Varias unidades ya estaban alcanzando a los invasores a asombrosa velocidad. Entre ellas estaba la nave de cincuenta kilómetros que habían avistado días antes.

-¡Y hay otras tres similares! -gritó Soldadura desde su posición en las troneras-. ¡Mirad! ¿Cómo es posible que algo viaje tan rápido?

Prim hizo virar la nave insignia hacia el sur. Cambiaron el rumbo a tiempo; sus perseguidores lanzaron una masa negra como humo delante de su vieja posición. El humo era CT molecular, capaz de agujerear la nave insignia como una alfombra apolillada, dejando meros escombros en los caminos del espacio. Con esta maniobra, las cuatro gigantescas naves se perdieron de vista. Luego reaparecieron, y con pasmosos giros formaron las cuatro esquinas de un enorme cuadrado delante de la nave insignia.

-Ningún ser humano podría soportar esas gravedades. Son controladas por robots -dijiste, fascinado por la batalla.

-¡Y apagaron el enrejado! -dijo Prim. Fue un arrebato de inspiración, y pronto se demostraría que era atinado. Giró y ladró órdenes a los bombarderos, diciéndoles que disparasen contra los gigantes. Sólo quedaba la nave insignia; el resto de la flota estaba desintegrada o desperdigada.

Los cuatro gigantes estaban en posición. De nuevo ese infernal enrejado azul se interpuso en el curso de la nave insignia. Prim no tenía tiempo para desviarse, y avanzaron hacia esa trama rutilante. En el último momento, los bombarderos dispararon un superfusor.

El superfusor y el enrejado chocaron.

Las dos desmesuradas energías se laceraron como enormes bestias de presa. En vez de causar la explosión habitual, la fusión trepó por los vibrantes cuadrados del enrejado, devorándolos mientras subía. En el centro dejó un creciente círculo de nulidad por donde la nave insignia pasó indemne. Trepó hasta las esquinas del enrejado, un fuego filoso y voraz. Llegó a las cuatro naves gigantes.

Por un instante permanecieron intactas, cada cual irradiando un arco iris tridimensional que fluctuaba mágicamente en todo el espectro y era visible a cientos de años-luz. Luego esa belleza cegadora entró en fusión, las cuatro esferas irisadas se diluyeron, convirtiéndose en antiluz. Succionaron, chisporrotearon, se apagaron. Una gran brecha apareció en la nada del universo y se propagó, devorando la textura del espacio.

Varias naves de Yinnisfar fueron engullidas por este cataclismo. La nave insignia no contó con mucho tiempo para festejar. El momento de su mayor triunfo fue también el momento de su destrucción. Un globo traslúcido disparado por un destructor enemigo le dio en la aleta dorsal.

Como un monstruo electrónico, el globo extendió tentáculos de luz y devoró la nave insignia.

Prim lanzó un juramento.

-Ya nada responde -dijo, dejando caer las manos a los costados.

Era dudoso que alguien le oyera. Un chisporroteo continuo llenaba los oídos de todos mientras su electricidad corporal saltaba en protesta ante lo que sucedía. La luz penetraba todo, pintando la escena con inolvidables matices de naranja y negro. Rostros, ropa, piso, instrumentos, todo era devastado.

Cuando terminó ese momento de locura, quedaron a oscuras, y sólo la pálida luz de las estrellas les rozaba la cara. Prim, tambaleándose, se alejó de los controles. Pasó la mano sobre las hileras de instrumentos. Todos estaban muertos.

-¡Estamos liquidados! -anunció-. Ni un susurro de vida en ninguna parte. Ni siquiera el purificador de aire funciona.

Se desplomó con la cara entre las manos. Por un instante nadie habló; todos estaban emocionalmente agotados por la intensidad apocalíptica de la batalla, la depresión de la derrota.

-En Yinnisfar deben ser caballerosos -dijiste al fin-. Aún conservarán algún código de batalla. Vendrán a capturarnos. Seremos tratados con honor.

-Aún tienes agallas para presumir -rezongó Soldadura desde un rincón-. Deberíamos destruirte. -Matémoslo -dijo Un Ojo, pero no se movió. Todos eran bultos contra la muralla de luz estelar, bultos que hablaban en vano.

-Es sólo que siento alivio -dijiste-. La batalla terminó. Hemos perdido honorablemente. Miren al capitán, medio muerto de fatiga. Él luchó bien, ingeniosamente. No tiene la culpa de que hayamos perdido la apuesta. Ahora él puede descansar sin remordimiento, y nosotros también, sabiendo que el futuro no está en nuestras manos. Pronto vendrán para recogernos y someternos a un juicio honorable en Yinnisfar.

Los otros no respondieron.

7

El aire se estaba poniendo rancio cuando llegaron los emisarios de Yinnisfar, como habías predicho. Cortaron el casco para entrar, reunieron a los aturdidos hombres de a bordo y los trasladaron a su nave. Luego pusieron rumbo a Yinnisfar, a toda marcha. La nave insignia quedó librada a su ruinosa suerte.

Compartías una cabina con Prim, Un Ojo y Soldadura. Los dos últimos estaban totalmente agotados por la magnitud de los hechos recientes. Iban sentados juntos como un par de maniquíes, sin hablar. Prim estaba mejor, aunque ahora empezaba a sentir los efectos de lo sucedido, y temblaba en un diván. Así que eras el único que estaba frente a la tronera y apreciabas el espectáculo mientras Yinnisfar se aproximaba.

El planeta que por tanto tiempo había cumplido un papel tan importante en la galaxia era un espectáculo curioso en esta fecha tardía de su historia. Alrededor del ecuador giraban dos espléndidos anillos, uno más allá del otro. De estos anillos, el primero era natural y consistía en los restos de la luna, desintegrada cuando una antigua nave enterrada en Ir¡ había estallado súbitamente. El otro anillo era un cementerio de chatarra. El desmantelamiento de naves espaciales en tierra se había prohibido siglos atrás en Yinnisfar, donde las pilas de metal herrumbrado se consideraban de mal gusto; en cambio, cada fragmento de chatarra era puesto en la órbita del anillo. Con el tiempo, ese anillo había crecido hasta alcanzar setenta kilómetros de profundidad y varios cientos de kilómetros de anchura. Lejos de ser feo, era bello, una de las diecisiete maravillas de la galaxia. Relucía como una exhibición de incontables joyas, cada pulgada de metal bruñida eternamente por el incesante oleaje del polvo meteórico.

Cuando la nave donde viajabas aterrizó en el lado diurno del planeta, el segundo anillo aún era borrosamente visible y se tensaba como un arco sobre el firmamento.

Ése era el Yinnisfar de las lágrimas y los placeres, lleno de recuerdos olvidados y tiempo prolongado.

Al cabo de un tiempo, desembarcasteis; os trasladaron a una nave de superficie y os llevaron a la corte del señor Supremo en la ciudad de Nion. La tripulación de la nave insignia fue enviada en una dirección y las tropas, aún en animación suspendida, en otra, mientras los tres oficiales y tú erais metidos en una habitación del tamaño de un cubículo. Allí tuvisteis que esperar de nuevo. Os llevaron comida, pero sólo tú estabas dispuesto a ingerirla, complementándola con provisiones que llevabas encima.

Varios dignatarios os visitaron, y la mayoría partieron sombríamente, sin hablar. A través de una ventana estrecha miraste un patio en cuya esquina florecía un bello jenny-merit. Había grupos de hombres y mujeres con semblante preocupado. Los consejeros caminaban como si subieran una escalera oscura. Era evidente que se avecinaba una crisis grave, y su amenaza casi tangible pendía sobre toda la corte.

Al final, de modo inesperado, vuestros guardias recibieron una orden.

Librodot

En medio de un hervidero de excitación, os llevaron a una sala de audiencias de mármol, y así a la presencia del Supremo, señor y heredero de Yinnisfar y la Región de Yinnisfar.

Era un hombre pálido, vestido austeramente de satén oscuro. Estaba reclinado en un diván. Sus rasgos eran desleídos, pero sus ojos trasuntaban una gran inteligencia; su voz era aflautada. Aunque su pose sugería sopor, erguía la cabeza en una actitud alerta que no escapó a tu atención.

Os examinó sin prisa, sopesando a cada miembro del grupo, y al fin te interpeló como si fueras el líder.

-Bárbaros -dijo sin preámbulos-, con la locura de vuestros actos habéis sembrado estragos.

Haciendo una reverencia, dijiste con ironía:

-Lamentamos haber turbado al gran imperio de Yinnisfar.

-¡Bah! No me refiero al imperio. -Agitó la mano como si el imperio fuera una fruslería, indigna de su interés-. Me refiero al propio cosmos, por cuya gracia todos existimos. Las fuerzas de la naturaleza se han destejido.

Lo miraste inquisitivamente, sin decir nada.

-Explicaré el destino que ahora nos amenaza -dijo el Supremo-, con la esperanza de que muráis sabiendo lo que habéis hecho. Nuestra galaxia tiene una antigüedad inimaginable; filósofos, teólogos y científicos coinciden en decirnos que su duración, vasta pero no infinita, se aproxima al final.

-Ha circulado ese rumor -murmuraste.

-Me complace saber que la sapiencia se difunde. En estas últimas horas nos hemos enterado de que la galaxia, como una vieja cortina derrumbándose bajo su propio peso, se está disolviendo, de que esto es, de hecho, el final de todas las cosas, del pasado y del futuro, y de todos los hombres.

Hizo una pausa, buscando en vano sombras de alarma en tu rostro; luego continuó, sin fijarse en la temerosa reacción de tus compañeros de cautiverio.

-La paz ha reinado en la Región durante milenios. Pero cuando supimos que vuestra flota se aproximaba con intención hostil, resucitamos antiguas naves y máquinas de ataque que no se usan desde el colapso de la Guerra Perpetua. Sistemas de producción, planes de batalla, organizaciones de hombres en combate... todo se tuvo que recobrar de un pasado muerto tiempo atrás. Requería una prisa que nunca hemos conocido, y una disciplina que detestamos.

-Eso merece un hurra, al menos -dijo Un Ojo, tratando de ser valiente.

El Supremo lo miró un instante antes de continuar.

-Encontramos, en nuestra apresurada búsqueda de armas para usar contra vosotros, una que fue inventada milenios atrás y nunca se usó. Se consideraba peligrosa, pues dominaba las fuerzas electrogravíticas del espacio mismo. Cuatro máquinas gigantescas llamadas turbuladores activaron esta fuerza; eran las cuatro naves que destruisteis.

-Vimos una de ellas en los lindes de la Región hace unos días -dijo Prim. Había seguido la explicación del Supremo con entusiasmo, cautivado por su descripción de una gigantesca organización militar entrando en acción.

-Hubo que traer los cuatro turbuladores desde las zonas distantes de la Región, donde nuestros antepasados las habían abandonado -explicó el Supremo-. Fueron apostadas delante de vuestra flota, con los resultados que habéis visto. El enrejado es el patrón básico de la creación misma. Por infortunado azar, lo habéis destruido, o mejor dicho, hicisteis que empezara a consumirse a sí mismo. Nuestros científicos sugieren que nuestra galaxia es tan antigua que ya no conserva su vieja estabilidad. Aunque el proceso es invisible, la desintegración que habéis iniciado continúa... se propaga rápidamente, y nada que conozcamos puede detenerla.

Librodot

Prim se tambaleó como si lo hubieran golpeado. El Supremo te miró, esperando una respuesta. Como sintiéndote inseguro por primera vez, miraste a Un Ojo y los demás; ellos clavaban la vista en el aire, demasiado absortos en la perspectiva de la catástrofe para fijarse en ti.

-Hay que felicitar a tus científicos -dijiste-. Llegan tarde con su descubrimiento de la inestabilidad, pero al menos la han descubierto por su cuenta. Es una catástrofe que mis amigos y yo no iniciamos; comenzó hace mucho tiempo, y por eso vine a Yinnisfar.. para avisarles a ellos, y a vosotros.

Por primera vez, el Supremo demostró emoción. Se levantó del diván, aferrando airadamente el respaldo.

-Bárbaro impertinente, viniste aquí a violar, saquear y rapiñar. ¿Qué sabes de estos asuntos?

-Vine aquí a anunciar el fin de las cosas -le dijiste-. Mi modo de llegar, como cautivo o vencedor, no tenía importancia para mí, mientras los pueblos de todos los mundos estuvieran al corriente de mi llegada. Por eso planifiqué la invasión: eso es fácil de hacer, siempre que uno sepa interpretar y provocar las pasiones humanas elementales. Si yo hubiera llegado solo, ¿a quién le habría importado? En estas circunstancias, toda la galaxia abrió sus millones de ojos y los concentró en Yinnisfar... Podrán morir sabiendo la verdad.

-¿De veras? -El Supremo enarcó sus cejas imperiales-. Antes que te haga suprimir, quizá desees contarme esa verdad por la cual te has tomado tantas molestias.

-Con mucho gusto -respondiste-. Quizá te interese ver primero una demostración.

Pero el Supremo desechó la sugerencia, chasqueando los dedos.

-¡Eres un engreído! -declaró-. Me haces perder tiempo, y no queda demasiado. ¡Guardias!

Los guardias avanzaron en semicírculo, ávidos de aprovechar la inaudita oportunidad de practicar su arte en un ser viviente.

-Ésta es la clase de demostración que tenía en mente -dijiste, volviéndote hacia ellos.

La guardia estaba integrada por catorce hombres. Sus uniformes estaban cubiertos de encaje, charreteras y galones, pero sus antiguas espadas lucían amenazadoras.

Sin titubear avanzaste hacia el soldado más próximo. Él, con igual determinación, lanzó una estocada contra tu cabeza. Alzaste el brazo y recibiste todo el impacto.

La espada vibró y se desmigajó, como si la hubieran pulverizado. El espadachín retrocedió con alarma.

Los demás guardias se lanzaron al ataque. Sus espadas se deshacían y quebraban contra tu cuerpo: ninguna se salvó.

Cuando comprendieron que tenías -¿cómo podían haberlo imaginado?- un poder secreto, retrocedieron. Entonces viste que desde un balcón te apuntaban con el morro de una máquina.

-Antes de ser aniquilado -dijo el Supremo, mirando de soslayo el balcón-, dime qué clase de truco es éste.

-Prueba primero tu propio truco -sugeriste. Para apresurar el asunto, avanzaste hacia el Supremo. No habías avanzado dos pasos cuando la máquina del balcón entró en acción. Una andanada de proyectiles beta voló aullando hacia ti, sólo para caer a tus pies.

Al final el Supremo pareció impresionado.

-¿Quién eres? ¿De dónde vienes?

-Eso deseaba decirte -dijiste-. Mis palabras deben llegar a todos los tuyos; cuando termina una gran historia, termina de modo apropiado si todos saben el porqué; un hombre que perece sin razón constituye una burla de todo aquello que representa. Vengo de un mundo nuevo que está más allá de esta galaxia... nuevo porque allí aún continúa el proceso de creación. Nuevas galaxias se están formando en la insondable noche, surgiendo en los márgenes del vacío. Mi planeta es nuevo, y yo soy el primer hombre que lo habita. No tiene nombre.

-¿Entonces todo lo que dijiste en Owlenj era verdad? -dijo Soldadura

-Por cierto -respondiste. No te molestaste en aclararle cómo habías aprendido a pilotar la nave de Aullador. En cambio, te volviste hacia Prim-. ¿Recuerdas nuestra conversación acerca de la evolución? Tú sostenías que el hombre era el producto final.

Prim asintió.

-El hombre es el fruto más apto de la evolución... en esta galaxia -le dijiste. Miraste al Supremo, a Soldadura, a Un Ojo. Sin sonreír, dijiste-: Aquí sois la más alta floración de la evolución. Pensad en la cantidad de experimentos que realizó la naturaleza antes de llegar a vosotros. Comenzó con aminoácidos, luego amebas, una simple célula... Entonces era como un niño en la escuela, pero luego aprendió. Entended que uso analogías sin suscribir a la falacia patética. Muchos de sus experimentos, aun los tardíos, como las células errantes y conscientes, son fracasos; el hombre, en general, es su mayor triunfo hasta ahora.

»En la nueva galaxia de donde vengo, comienza con el hombre. Yo soy la forma de vida primigenia y más primitiva de mi galaxia... ¡la nueva ameba!

Contaste que en ti se habían hecho cambios radicales; eras, en verdad, otra especie. Tu sistema de eliminación de excrementos estaba fundamentalmente alterado. Tus procesos digestivos estaban modificados. Genéticamente, no sólo las viejas características eran transferibles de una generación a la otra; genes ambulatorios y lingüísticos aseguraban que esas sencillas aptitudes humanas también fueran hereditarias. La base psicológica de tu mente estaba mejorada; muchas emociones fortuitas del hombre se habían eliminado por completo. Pero tenías un grado de altruismo e identificación con las cosas que superaba la capacidad del hombre.

El Supremo escuchó en silencio.

-Como primero de tu especie... ¿cómo puedes saber tanto sobre ti mismo?

Sonreíste. Parecía una pregunta sencilla.

-Porque todas las mejoras son sólo una modificación del criterio utilizado en el diseño del hombre. Además tengo un don invalorable: no sólo soy consciente de mis actos psicológicos, mis pensamientos, si queréis, sino de mis actos fisiológicos. Puedo controlar el funcionamiento de cada enzima, examinar cada glóbulo. Estoy integrado en un grado que es imposible para vosotros. Por ejemplo, las enfermedades no pueden afectarme; las reconozco y las contengo en cuanto se originan. En un momento de crisis no me paralizo ni me dejo llevar por reflejos automáticos; conociéndome a mí mismo, soy literalmente mi propio amo. Aunque vosotros habéis dominado vuestro entorno, nunca os habéis dominado a vosotros mismos.

8

El Supremo bajó de su estrado.

-Había bastante para preocuparse antes de tu llegada -dijo-. Aunque he vivido cinco siglos, soy de nuevo como un niño. ¡Vaya, debes sentirte un superhombre en Yinnisfar!

Él tono era irritante y burlón.

-¿No me has entendido? -respondiste-. En mi mundo, soy como una ameba. ¿Debo sentirme orgulloso de eso? En cuanto a mi sucesor...

El Supremo alzó una mano manicurada.

-Lo admito -dijo-. Eres adecuadamente humilde en lo concerniente a tu propio poder.

-¿De qué sirve toda esta cháchara? -preguntó Un Ojo. Había escuchado en silencio junto a Soldadura y Prim, mientras tramaba en vano planes para escapar. Ahora hablaba con burlona altanería-. Tú nos trajiste aquí, y puedes llevarnos de vuelta. No esperemos más. Llévanos de regreso a Owlenj, si eres tal superhombre.

Negaste con la cabeza.

-Te aseguro que en Owlenj no estarás mejor -le dijiste-. Lamento que tuvierais que participar en esto, pero para vosotros no ha sida peor que ocultaron en las ruinas de una ciudad. Y no soy un superhombre...

-¡Conque no! -exclamó airadamente Un Ojo. Se volvió hacia el Supremo-. Dice que no es un superhombre. Pero bebió veneno suficiente para liquidar un ejército, esquivó esas espadas, como has visto, soportó una andanada sin mosquearse...

-¡Escuchadme! -interrumpiste-. Esas cosas respondían a otro principio. ¡Presenciad esto!

Caminaste hacia una pared. Estaba hecha de sólidos bloques de mármol, bruñido y escogido por sus delicados dibujos. Apoyaste una mano con los dedos extendidos y empujaste; cuando retiraste la mano, cinco cortos túneles habían atravesado el mármol.

Era una, demostración sencilla. Quedaron debidamente impresionados.

Te enjugaste las manos y volviste hacia ellos, pero se alejaban de ti, los labios pálidos.

-Pero no soy más fuerte que vosotros -les dijiste-. La única diferencia es que vengo de un mundo recién creado, recién acuñado por los inexorables procesos de la creación continua. Y vosotros venís de un mundo viejo. Pensad en vuestra galaxia. ¿Qué edad tiene? No lo sabéis con exactitud, pero sabéis que es increíblemente vieja. Lo cierto es que se está desgastando, como todo se desgasta con el tiempo. Nada está destinado a durar. Preguntaos de qué está hecho todo. Un tejido de energía que crece y se transforma en materia. Ese tejido de energía se está erosionando desde el principio del tiempo. Toda la materia, que está compuesta por él, se ha gastado con él. Las grandes baterías mágicas de vuestra galaxia se están volviendo lentas, y así todos los protones y neutrones pierden su polaridad. Sus cargas han menguado, no pueden combinarse como antes. El acero no tiene la fuerza que antaño poseía el papel, la madera es agua.

Prim interrumpió.

-¡Tratas de engañarnos! -dijo con voz trémula-. Sólo tú puedes perforar el mármol con un dedo, o ser inmune a venenos, espadas y proyectiles. ¡Nosotros moriríamos! ¿Nos tomas por tontos?

-No -respondiste-. Vosotros moriríais, como dices. Estáis compuestos de los mismos núcleos exhaustos que todo lo demás; por eso no pudisteis detectar este proceso hace mucho tiempo. Yo soy inmune a vuestras armas porque los materiales de los que estoy hecho son nuevos. Soy el único factor nuevo en una galaxia agotada.

Hiciste una pausa y te acercaste al Supremo, que había palidecido.

-Ese monstruo famélico que hemos dejado suelto en el espacio... sólo apresura el proceso de agotamiento, ¿verdad? -preguntó.

-Sí. El tejido está rasgado, la brecha se ensancha para abrazar vuestro universo insular.

El Supremo cerró los ojos. Cuando los abrió de nuevo, clavó la mirada en ti con la fijeza de un ave.

-Nuestros venenos no te afectan -dijo-. Pero te las apañas para vivir entre nosotros. ¿Cómo puede alimentarte nuestra comida?

-Traje mi provisión de calorías cuando abandoné mi mundo. Estaba preparado. Incluso traje concentrados de oxígeno.

Entonces le describiste al Supremo el efecto que tu aire puro había surtido sobre Aullador, el vendedor de cintas: lo había bombardeado como una radiación invisible. Y le dijiste cuán útil había sido la biblioteca de cintas de Aullador.

-Un oportunista -dijo el Supremo-. Mis felicitaciones.

Se estiró el labio y por un instante adoptó un aire divertido.

-¿Tienes un momento libre, si esta pregunta aún tiene sentido? Quizá los demás nos excusen.

Algo había cambiado en sus modales. Se te acercó con un gesto brusco y se dirigió hacia una puerta. ¿Qué hiciste? Echaste una última ojeada a ese desolado grupo cuya

función en la vida había cesado abruptamente, te despediste de Un Ojo con un burlón saludo militar, y lo seguiste.

El Supremo atravesó un corredor a un paso que desmentía su anterior languidez. Abrió otra puerta, y ambos salisteis a un balcón que daba sobre la altiva ciudad de Nion. Soplaba un viento fresco; las nubes cubrían el sol poniente. El gran panorama de avenidas y ríos estaba extrañamente desierto, desde las distantes torres hasta las aceras de una explanada cercana. Nada se movía excepto una cortina, en la ventana de una mansión.

-¿Cuánto hubiera durado este proceso de agotamiento si no lo hubiéramos acelerado? -preguntó el Supremo con aire displicente, apoyándose en la baranda y mirando hacia abajo.

-Debe de haberse agravado durante siglos -le dijiste-. Pudo haber continuado durante siglos más...

Sentías cierto afecto por él, y por los otros hombres, por todos ellos, al margen de que fueran honestos o tramposos, de que amaran u odiaran. Todas sus locuras y limitaciones estaban perdonadas; eran primitivos que venían de la oscuridad y se disipaban en la oscuridad, con un atisbo de conciencia que los hacía conmovedores.

El Supremo aspiró el aire nocturno.

-¡Está terminando! Ahora llega la hora de aventurarse en la muerte.

Inhaló otra bocanada de viento oscuro.

-Y tú tienes una butaca en primera fila, amigo mío. En verdad será un gran espectáculo. Pero debes regresar antes que nuestras naves se desintegren. No serán capaces de llevarte por mucho tiempo más.

-Todos deben saber lo que sucede -murmuraste-. Es imperativo.

-No lo olvidaré.

El Supremo se volvió para enfrentarte.

-¿Qué impulso te trajo aquí? ¿Nostalgia? ¿Curiosidad? ¿Piedad? ¿Qué sientes por estas sombras que somos nosotros?

¿Qué inesperada debilidad sofocó las palabras en tu garganta? ¿Por qué desviaste la cara para que él no viera tus ojos?

-Quería que el hombre fuera consciente de lo que está sucediendo -dijiste al fin-. Eso se le debía. Yo... nosotros lo debíamos. Vosotros sois... nuestros padres. Nosotros somos vuestros herederos...

El supremo te tocó suavemente y preguntó con voz firme:

-¿Qué debo decir a las gentes de la galaxia?

Miraste la ciudad erizada de luces, el cielo nocturno. No encontraste ningún consuelo allí ni en ti mismo.

-Vuelve a explicarles qué es una galaxia -dijiste-. Con toda crudeza, pues son valientes. Explícales una vez más que hay galaxias como granos de arena, y que cada galaxia es un laboratorio cósmico para los ciegos experimentos de la naturaleza. Explícales cuán poco significan las vidas individuales en comparación con los objetivos desconocidos de la raza. Diles... diles que este laboratorio se está cerrando. Han inaugurado uno más nuevo, con equipo más moderno, en el vecindario.

-Así lo haré -dijo el Supremo, y su cara era una sombra mientras caía la noche sobre la vieja ciudad y las estrellas.

Nosotros, que ya te hemos sucedido, consignamos estas escenas para honrarte, tal como una vez tú honraste al hombre. REQUIÉSCAT IN PACE.